

Sudamérica Futuro

China global,
transición
energética y
posdesarrollo

Bruno Fornillo



CLACSO

COLECCIÓN CHICO MENDES
SUDAMÉRICA FUTURO
CHINA GLOBAL, TRANSICIÓN ENERGÉTICA Y
POSDESARROLLO

Sudamérica Futuro China global, transición energética y posdesarrollo

Bruno Fornillo

Colección
Chico Mendes



Buenos Aires, 2016

A Emilio, mi hijo

“¡Nosotros estamos sobre la cima extrema de los siglos!
¿Por qué deberíamos mirarnos las espaldas, si queremos derribar las misteriosas puertas de lo imposible? El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Nosotros vivimos ya en el absoluto, pues hemos creado la eterna velocidad omnipresente”

Filippo Marinetti, *Manifiesto Futurista*, Le Figaro, 20 de febrero de 1909

Sudamérica Futuro China global, transición energética y posdesarrollo /
Fornillo, Bruno - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo;
CLACSO, 2016.

190p. ; 20 x 14 cm. - (Chico Mendes)

ISBN 978-987-1497-78-2

1. Geopolítica. 2. Energía 3. Posdesarrollo.
CDD 327.1

Diseño de tapa e interior: Alejandra Andreone

Corrección: Julieta Santos

Editorial El Colectivo

www.editorialelcolectivo.com

FB: Editorial el Colectivo

contacto.elcolectivo@gmail.com



Copyleft



Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Índice

A modo de inicio: condiciones de la transición	15
China en la confrontación global del Pacífico (Integrar el sudeste asiático, inhibir el “giro estratégico” estadounidense y atraer al Sur global)	23
I China, el eje ruso y la integración del sudeste asiático	25
II Estados Unidos: “Giro hacia el Pacífico”.....	32
III Militarización oceánica	37
IV El Imperio del medio: centro de acumulación y “alianza intercivilizacional”.....	48
V Sudamérica en el juego de las tensiones globales.....	52
Recursos naturales estratégicos y posdesarrollo en América del Sur	57
I Geopolítica de un nombre: el control de naturaleza a escala mundial	60
II Commodities, materias primas y recursos naturales estratégicos	66
III El caso del litio en el Cono Sur	76
IV Recurso estratégico e industria energética como vía al posdesarrollo	81

Transición energética. Matriz básica y fuentes renovables ...	89
I Energía-mundo y perfil sudamericano	93
II Cuadro de situación: Los casos de Argentina y Brasil	98
III Planificación y entorno energético	104
IV Proyecciones a futuro	109
V Transiciones: modificar la matriz y el sistema energético	115
Geopolítica(s) sudamericanas (1944-2016)	121
I Estadocentrismo, formulaciones iniciales e incidencia militar	126
II Del anti (y sub) imperialismo al terrorismo de Estado	135
III Geopolítica crítica: integración, proyección nacional y socioambientalismo	143
IV Nuevos desafíos: “Hambre de espacio”	151
Epílogo: Caos sistémico, Geopolítica del Sur y Buen Vivir	157
Bibliografía	171
Agradecimientos	191

A modo de inicio: condiciones de la transición

Vivimos en un mundo en transición geopolítica y ecológica, abierto a ensayar nuevos rumbos para evitar sus consecuencias más funestas. Esta gran mutación está pendiente de las consecuencias entrópicas desatadas por el cambio ambiental global, atada al límite estructural de los combustibles fósiles y signada por la reemergencia China; tópicos centrales del escrito que aquí acercamos. En efecto, el cambio climático; la contaminación de la tierra, la atmósfera y el agua; el acoso sobre el entorno natural –deforestación, derretimiento de hielos, degradación de los suelos–; el quiebre de los ecosistemas, la extinción de especies, el agotamiento de recursos naturales estratégicos, son tan solo algunos efectos negativos del cambio ambiental global. Sumidos en un curso de desarrollo irrefrenable, la entropía destructora del capital, las sinergias que despierta y su tipo de metabolismo, generan profundos peligros ecológicos que ponen en entredicho la reproducción de la biosfera, es decir, trazan una línea suspensiva en la existencia de los seres vivos y su entorno. Detrás de esta locomotora sin freno se encuentra la tracción incansable de la energía fósil. Desde hace 300 años nuestra civilización –y occidente en primer lugar– se ha sumido en un desarrollo descomunal asentado sobre un patrón energético fósil al que le queda aproximadamente medio siglo de vida. En el año 2013, el Consejo Mundial de Energía estimó que las reservas totales

de petróleo y gas se agotarán en 53 años a la tasa de consumo actual, añadiendo que nada indica que va a disminuir sino lo contrario. Restan recursos no convencionales y menos de 100 años de carbón, pero no igualan los “beneficios” que brinda la extracción directa del “oro negro” (CME, 2013). La savia fósil de nuestra sociedad moderna, por tanto, va mermando permanentemente.

Sobre esta superficie “física” emerge, imponente, la nueva Asia. Desde que la República Popular China “se abrió al mundo” a fines de los años 70 de la mano de Deng Xiaoping –tras cinco siglos de metódico aislacionismo–, desplegó un proceso de crecimiento desconocido en la historia contemporánea a una tasa interrumpida del 10% anual, para alcanzar hoy el sitio de mayor economía del planeta. El ascenso chino inaugura un deliberado pluricentrismo global en un entorno competitivo de escasez, de talante interimperial. La mixtura de estas derivas consignadas, de visibilidad más o menos reciente, son las condiciones básicas que estructuran lo que suele llamarse una “crisis civilizacional”, correlato de la definitiva expansión global del capital; y se vinculan de un modo singular con el tiempo, al dilatar hoy los interrogantes por venir.

Si estas problemáticas de escala nos resultan de especial interés es porque impactan de una manera decisiva sobre el recorrido que traza América del Sur, y gran parte de este trabajo procura ver los modos en cómo ellas se emplazan en nuestra región. Los ciclos políticos no dejan de ser particularmente intensos y variados aquí. A la larga noche neoliberal le siguió una reacción de gran magnitud, con sociedades en movimiento protagonistas casi exclusivas del ciclo de protestas, y sobre ella sobrevino una serie de gobiernos progresistas que tradujeron con diferente grado de fidelidad esa ebullición política primera. Los vientos de cambio que soplaron sobre la región han generado una serie de políticas inclusivas, ampliado los márgenes de protección social, disminuido los índices de pobreza, y tensaron –por momentos– la relación con grandes grupos económicos, con organismos internacionales y fortalecieron las instancias de integración regional. Sin embargo, en un mapa de mundialización asimétrica, estas iniciativas han convivido con escollos

para sortear el papel dependiente y neocolonial, dinámicas económicas que no dejaban de reprimarizarse y dificultades para alumbrar vías alternativas al desarrollo. Ante esta realidad, que ciertamente no es idéntica en cada país, nuestra actualidad no para de anunciar tiempos por lo demás inciertos, dado que la restauración conservadora que se avecina no hará más que agudizar los problemas propios del perfil subordinado de la región. Siendo así, entremedio de las tensiones locales y globales consideramos que es preciso evocar a la imaginación política para elaborar nuevas formas de proyectar el porvenir regional. Más aún, se torna necesario traer a colación una serie de tópicos que serán determinantes cualquiera fuese el escenario sobre el que se despliegue nuestra vida en común.

La especial atención que le prestamos a la emergencia China obedeció a una serie de causas: nos convocaba pensar cómo este país-continente va conformando su espacio de potencia global en franca tensión con la supremacía atlántica, y especialmente el lugar reservado allí a Sudamérica. A diferencia de los tiempos en los que la revolución cultural maoísta se veía a sí misma como el centro revolucionario mundial, sobre ella bascula hoy un inusitado crecimiento sin tensiones ideológicas mayúsculas con el resto de occidente, con quien se yergue, en todo caso, una disputa por el poder global; problema que es analizado en el primer capítulo. En sí, sostenemos que el eje de acumulación radicado en China se completa y estabiliza en el vínculo que traza con Rusia y con el resto del sudeste asiático, y que esa “arquitectura” comienza a robustecerse para intentar sortear los riesgos de entablar una confrontación con Estados Unidos. Abordar el tablero en el que se juega la posición que aspira ocupar China en el concierto de las naciones permite prestar especial atención a los lazos con nuestra región, ya que el “Imperio del medio” se recuesta en el “Sur global” con el objetivo de acrecentar su irradiación sin fronteras. Asumimos que es imposible comprender el devenir próximo de América del Sur, y las oportunidades y escollos que se le presentan, sin una mirada amplia sobre las tensiones geopolíticas que surcan el Océano Pacífico, más allá de la evidente desigualdad del vínculo sino-sudamericano. Claro

está, conocemos la injerencia norteamericana que incansablemente se derrama una y otra vez sobre nuestras costas, pero se abre el juego a una disputa interimperial que aunque en nada suscite escenarios más prometedores, conlleva al menos la ventaja de ser nuevo. Sea como fuere, la irrupción asiática rediseña el campo general sobre el cual pensar nuestros dilemas.

Entre ellos, América del Sur no se libra de la histórica reducción a las bondades doradas de su acervo natural, que tradicionalmente suele considerarse desgajado de toda connotación que no se ajuste a su participación casi mecánica en el circuito económico. Frente a esta visión persistente, aparece la necesidad de asociar los “frutos de la tierra” a una consideración más integral que contemple el lugar que ocupan en un nuevo contexto, puesto que son significativos en un arco variable de dimensiones que van desde la salud pública, pasan por el bienestar colectivo, y llegan hasta esferas de carácter militar; y a ello se aboca el segundo capítulo. Ya no es posible concebir los recursos naturales como lo hemos hecho hasta aquí, bien lo atestiguan las estrategias de diverso tenor de los Estados de los países centrales con el objeto de asegurarse el aprovisionamiento, así como la nueva forma en como los denominan, que incide en la construcción de imaginarios y políticas respecto de la naturaleza. A raíz de esta situación, discutimos diferentes definiciones en juego para nombrar los recursos: renovables y no renovables, materias primas, *commodities*, capital natural, recursos naturales estratégicos, críticos, multicríticos, esenciales, bienes comunes y demás. En el nombre que se les asigna se inscriben proyectos en tensión referidos al uso que debe dárseles para el desarrollo nacional y de América del Sur. A su turno, por fuera de un punto de vista unidimensional e inmaculado de la naturaleza, resultaba necesario relacionarla con patrones político-tecnológicos, incluso ecotécnicos, como puede ilustrar el caso del litio, puesto que los bienes naturales tendrían que articularse a un perfil de desarrollo renovado antes que ser un mero índice del crecimiento del Producto Bruto Interno geográfico.

Bajo esta lógica, el tercer capítulo busca describir la situación energética de Sudamérica, particularmente de Argentina

y Brasil, a la luz de las oportunidades de desplegar una matriz alternativa, renovable y sustentable, con vistas a democratizar el sistema. Nos preguntamos, por tanto, hasta qué punto los países del subcontinente asumen la posibilidad de incorporar los lineamientos propios de una “transición energética”, es decir, el pasaje hacia sociedades energéticamente autosostenibles. El modo como se dirime la “cuestión energética” es central en las economías de nuestros países en una magnitud mayor de lo que usualmente se considera, pero gran parte de los análisis sobre la temática adolecen de un perfil técnico u economicista, desestimando los factores políticos vinculados a la igualdad y la descentralización. En este sentido, la dinámica energética resulta una punta de lanza privilegiada para proyectar maneras alternativas de construir el desarrollo, además de que posee consecuencias palpables en el tratamiento de los riesgos ecológicos. Abordar escenarios alternativos en este terreno no implica asumir una perspectiva *green friendly* o propia de un *wishful thinking*: los países centrales se preparan para los desafíos por venir, tejiendo una industria energética verde de gran alcance para abastecerse a sí mismos y para exportar, construyendo hoy su propio desarrollo endógeno y nuestra inserción subordinada de mañana.

Sobre estas temáticas sobrevolaba constante una serie de dilemas propios del pensamiento geopolítico; la importancia de su trayectoria en el pasado regional alimentó el entusiasmo por seguir las vertientes sobre las que se fue forjando. El último capítulo brinda los resultados de esa pesquisa, soportada en una serie de fuentes sobre la problemática que han sido prácticamente inexploradas hasta aquí. Nuestra hipótesis es que la “disciplina” geopolítica supo adquirir una influencia muy significativa en la orientación central de la política de Estado en más de un país sudamericano, importancia que no ha tenido por correlato un análisis abarcativo. A causa de ello, brindamos un panorama general de su pujante consolidación durante la segunda posguerra mundial, sus posteriores derivas centrales focalizando en algunos países, y repasamos sus perspectivas actuales, dominadas por la

expansión de una “geopolítica crítica”. Si en un principio la disciplina estuvo estrechamente adosada al *establishment* militar, luego se ha pluralizado en múltiples vertientes, casi todas relevantes. Además, el devenir de esta corriente de ideas en la región es mucho más nutrido de lo que cabría esperar y esa misma densidad llama a recrear un nueva Geopolítica del Sur, a tono con los debates actuales.

Hemos procurado ensayar un cuadro general de problemáticas que se reflejan en cada capítulo (emergencia China; energía, recursos naturales estratégicos y posdesarrollo; pensamiento geopolítico), pero evidentemente cada una de ellas requerirá un acercamiento pormenorizado, tarea que hemos realizado para el caso de la energía del litio¹. En otros términos, lo aquí desplegado se asemeja a una hoja de ruta compuesta por diversas situaciones de escala que juzgamos importantes y a las que es preciso seguirles la huella. Aunque se muestran recortadas y no necesariamente encadenadas entre sí, indudablemente comparten un plafón que las unifica: la dimensión sudamericana y sus márgenes de autonomía en el nuevo mundo; la vinculación entre naturaleza y tecnología; la necesaria articulación entre geopolítica, ambiente y política; la reflexión acerca de las alternativas al desarrollo; la apelación a la igualdad colectiva; la búsqueda por diagramar estrategias a futuro. Este último punto es particularmente esquivo y su presencia en el título merece unas palabras: nuestro escrito aborda temas actuales pero que abren a situaciones dilatadas en el tiempo, que operan en el corto, mediano y largo plazo, reclamando esa proyección temporal; tan solo un ejemplo de ello es que las decisiones que se toman hoy en el terreno de la infraestructura energética la condicionan por décadas. Pero sobre todo se trata, independientemente de la realidad fáctica de unos diagnósticos realizados con el mayor rigor posible, de articular “horizontes de expectativas”, para

1 Hago alusión al libro *Geopolítica del litio. Industria, ciencia y energía en Argentina* (2015). Consigno que los textos aquí reunidos han tenido una primera publicación parcial en las revistas especializadas *Cuadernos de Economía Crítica* (2016), *Estudios Sociales del Estado* (2015), *Realidad Económica* (2014) y *Nueva sociedad*. (2014)

decirlo al modo de Koselleck. Con ello nos referimos a que cada problemática contiene una suerte de horizonte (aquella línea tras de la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia) solidario a ciertas expectativas que anclan en el presente y se dirigen hacia el futuro, apuntan a lo que se puede entrever, descubrir y esperar activamente (Koselleck, 1993: 338). Si para Koselleck el horizonte de expectativas universal de la modernidad es idéntico al progreso y la aceleración, hoy esa misma perspectiva parece bordear el ocaso. Así, la motivación se alimenta de diseñar escenarios posibles –casi siempre esquivos– pero, fundamentalmente, de afirmar que las condiciones actuales obligan a proyectar el tipo de sociedad a edificar. Al finalizar, en el epílogo, procuramos combinar algunas dimensiones presentadas a la luz del contexto global, tratando de inquirir en qué medida el futuro se ha convertido en objeto de pensamiento en diálogo con la política. Buscamos, a su vez, proponer algunas conclusiones tentativas en relación a la necesidad de crear alternativas al desarrollo o escenarios de transición.

Unas pocas palabras acerca del armazón general sobre el que se soporta el escrito y respecto del recorte geográfico. Aunque cada uno de los tópicos abordados ha requerido adentrarse en un *corpus* específico, en conjunto la investigación se asienta en fuentes secundarias, documentos de Estado, de instituciones internacionales y estadísticas de los más diversos organismos. Una estada en el Instituto Iberoamericano de Berlín durante tres meses del año 2013 facilitó gran parte del acervo bibliográfico, muy especialmente para abordar la historicidad de la geopolítica sudamericana, reconstrucción que hubiese sido más ardua sin acceder a ese vasto fondo documental. Por otro lado, el hecho de recortar la figura sudamericana como objeto espacial del trabajo –área que Brasil asume influenciar– responde a que América Central y el Caribe han sido históricamente una zona de “frontera imperial” que guarda una lógica propia (Bosch, 1985), y a que incluir México obligaba a prestar atención a ese complejo y gran país así como al taxativo papel de Estados Unidos en el norte, empresa que si bien incumbe también excede los contornos del

presente trabajo. Siendo así, nos abocamos a la isla gigante que tienen como límite en el extremo sur a la Antártida, en el este al archipiélago Trinidad y Martín Vaz —a 1200 kilómetros del continente—, en el oeste las islas Galápagos ecuatorianas y en el norte al archipiélago Colombiano de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Más sencillamente: América del Sur, con especial énfasis en algunos países.

Antes de comenzar, se torna necesaria una breve apreciación de índole teórico-política. En este último tiempo, no sólo hemos transitado una polarización aguda en el campo político general, también al interior de las ciencias sociales críticas entre quienes amparaban las políticas de estado neodesarrollistas de los gobiernos progresistas frente a aquellos que sostenían que, en realidad, éstas fomentaban el neoextractivismo y la concentración del capital; dicho en términos muy simples. Por mi parte, inmerso en un arco político-ideológico de geometría variable, encontraba descripciones, problemas y argumentos sinceramente válidos en varias miradas, con desigual intensidad según el tema y el país. Siendo así, la idea fue pensar algunos tópicos que permitiesen vislumbrar formas diferentes de entrever algunas líneas de desarrollo o, mejor dicho, de posdesarrollo, en un intento de situarse más allá de esta controversia, considerando que a todos nos embarga la dificultad para trazar las directrices concretas de un nuevo sendero. Hubiese querido, por esta vía, conjugar bajo un denominador común tanto las narrativas críticas que asumen la necesidad de modificar el perfil extractivista, como aquellas que entienden que es preciso torcer la dependencia que sufrimos otorgando mayor densidad nacional a nuestra modernización periférica. Esta posición, que amaina juicios unidireccionales sin apelar a un cándido consensualismo, puede que no esquite la refracción, pero ojalá contribuya a incorporar nuevos horizontes a los ya existentes. Al día de hoy, las políticas visiblemente regresivas que se presentan en más de un país del subcontinente, que sintomáticamente vienen a indicar que no se llegó lo suficientemente lejos, quizás nos vuelvan a encontrar reunidos frente a un adversario común.

China en la confrontación global del Pacífico (Integrar el sudeste asiático, inhibir el “giro estratégico” estadounidense y atraer al Sur global)

Corría el año 1800, la dinastía Qing llevaba un siglo y medio asentada en China mientras gran parte del territorio indio discurría bajo el poder de la Confederación Maratha, que resistía el asedio mongol; entre ambas regiones daban cuenta del 49% de toda la producción mundial¹. Ningún país igualará nunca esa cifra. Esta capacidad de gestación era lo más natural que podía existir, desde el comienzo de la era cristiana la supremacía en la producción del globo corría por cuenta de los gigantes asiáticos. Solo al avanzar el siglo XIX sobrevendría la injerencia militar británica, que desbarrancó la cohesión del “Imperio del medio” y sumió a la India bajo el control de la Compañía Británica de las Indias Orientales. No es de extrañar, a la luz de estos guarismos, que la actual posición asiática sea vislumbrada como el renacimiento de una preeminencia global eclipsada tan solo dos centurias, lapso menor en el interrumpido flujo histórico de las civilizaciones. El siglo que se abre en el mapa geopolítico mundial se debate en medio de esta circularidad histórica: la nueva Asia, con el 67% de la población mundial y un volumen económico equivalente a la tercera parte global, podría representar la mitad del Producto Bruto Interno (PBI) del planeta más temprano que tarde.

1 Estadísticas de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, citado en Bolinaga (2013: 78).

Nada agregamos al mencionar que la potencialidad de las economías “emergentes” tiene por ámbito multilateral de expresión la reunión de los BRICS, esto es, la mixtura en el mapa mundial de los magmas continentales antes coloniales: el “extremo occidente” encabezado por Brasil; África y su país “moderno”, Sudáfrica; y el bloque asiático con sus colosos: China, India y Rusia. Empero, aquí no todo es igual. La principal articulación en su interior se da entre China, que crece en todas las direcciones, y Rusia, poder energético, militar y geográfico, complemento ideal de la República Popular. Entremedio -y por ello interesante- se instala India, de población incontable, vecino ambivalente de China, su PBI a paridad superó al de Japón en 2008, colocándose en el tercer lugar global. Como áreas colindantes, Brasil ha experimentado un crecimiento acelerado y desde su centralidad sudamericana comenzó a jugar un papel destacado en el concierto mundial, pese a que el entramado industrial brasileño no esconde un perfil primario exportador. Un papel análogo cumple África, abasteciendo de recursos naturales a las economías centrales.

Recientemente, el paisaje global parece haber mutado sustancialmente, de tensiones solapadas y sumisiones resignadas contemplamos ahora el despliegue de confrontaciones abiertas. El tiempo parece acelerarse y convocar a los actores globales a adoptar posiciones firmes porque la paridad es más notoria. China desairó a la propuesta estadounidense de conformar una suerte de G2 en el año 2009 porque entendía que traslucía un llamado a la subordinación; rápidamente, el país anglosajón hizo visible un afilado despliegue de tinte militarista. Hoy, el terreno económico y el militar vuelven a mixturarse fuertemente. Las tensiones en Siria, en Israel y Palestina, en Ucrania y Rusia -país que ha “plantado bandera” como hacía tiempo no lo hacía-, se explican por muy diversos motivos, pero su marco general se inscribe aquí (y de hecho son guerras localizadas pero no precisamente de baja intensidad). La novedad no es la multipolarización sino el abroquelamiento de países dentro de ella con un nivel de fricción significativo.

En este capítulo abordamos el tablero en el que se juega la posición que aspira ocupar China alrededor del globo y los obstáculos que se le presentan. Nuestro análisis se concentra en dar cuenta de ciertas estrategias efectivas que los grandes estados en pugna han desplegado para ganar “su” lugar, al analizar tres esferas interrelacionadas: el vínculo de China con su entrono asiático, la tensión creciente que se yergue con Estados Unidos, y su relación con el “tercer mundo”, especialmente con Sudamérica. Sostenemos, en términos centrales, que el eje de acumulación radicado en China se completa y estabiliza en el vínculo que traza con Rusia y con el sudeste asiático, y que esa arquitectura comienza a robustecerse para constituir una suerte de alianza “intercivilizacional” que logre sortear los riesgos abiertos por la confrontación decidida que la potencia imperial del siglo pasado trae consigo. Exponemos esta interacción geopolítica global, un hecho al que no suele prestarle atención la literatura de nuestra región, porque entendemos que de este modo puede pensarse más cabalmente la situación próxima de América del Sur.

I. China, el eje ruso y la integración del sudeste asiático

El “ascenso pacífico” chino –la estrategia declarada de convertirse en potencia global bajo el signo de la no confrontación– obedeció a la increíble capacidad de asumir la lógica madre de su principal competidor para alcanzarlo. ¿Existe algún país que haya comprendido más a fondo la lógica capitalista que la China de hoy? Quizás en este particular andar resida la clave última por la cual no será posible frenar su persistente avance, dado que a su modo ha pintado el mundo con el color de su enemigo. Una de las claves del poderío chino –y del intento de menguarlo–, se halla en la materialización de la hegemonía regional; es decir, en lograr estabilizar bajo su mando primeramente el Mar de China y el sudeste asiático –lo que considera su “círculo interno” o “zona de seguridad directa”–, además de reafirmar su presencia en los océanos Pacífico e Índico, base de sus rutas comerciales y de abastecimiento –su “círculo externo” o “zona de seguridad

estratégica”-. Si bien la República Popular viene desplegando una silenciosa política exterior de relativa agresividad hace tiempo, luego del reciente “giro estratégico” estadounidense hacia el Pacífico y del liderazgo de Xi Jinping encaminado a ponerse a la altura de su principal rival, las relaciones con su entorno de influencia natural pasaron a ser tan significativas como el crecimiento mismo. La política exterior China ha dejado de estar en las sombras y ejerce cada vez más abiertamente el lugar central que ocupa, desplegando iniciativas decididas para tener una presencia activa en los asuntos internacionales. A tono con ello, repasaremos los vínculos trabados con toda su región colindante, de norte a sur y de este a oeste.

Primeramente, tras consolidar sus fronteras terrestres, China ha logrado arraigarse en el contorno regional. En primer lugar, el eje más sólido está conformado por la relación sino-rusa; luego de un pasado no carente de conflictos, la complementariedad entre los países y la perspectiva conjunta en términos de proyecciones globales aúnan a ambas naciones². Más concretamente, el acercamiento entre la República Popular y su vecino del norte se basa en múltiples motivos: 1) comparten el objetivo internacional a largo plazo de ver menguar el poder unilateral de Estados Unidos a favor de uno multilateral, más aun desde que el último empieza a desplegar una política de contención activa tanto para uno como para otro, incluso en torno a los “extranjeros próximos” como Vietnam o Ucrania. En un punto, se necesitan mutuamente si quieren mantener sus ansias de destacarse en el concierto mundial, dado que solo así serían capaces de aminorar la

² Recordemos que durante el siglo XVIII, Rusia fue el primer país que el Imperio Chino reconoció como extranjero en igualdad de condiciones dado el temor real al avance zarista en la frontera norte. Las grandes tensiones con el “oso polar” han sido uno de los principales motivos por los cuales el maoísmo estableció un fuerte contacto con Estados Unidos desde principios de los años 70. Durante la década siguiente, a causa de la debilidad soviética, se recreó el vínculo de manera creciente hasta la actualidad. Entre múltiples diferendos fronterizos, no deja de alegrarse que Rusia tomó como propios 3 millones de km², pero los tratados firmados en 2004 y 2008 terminaron por delimitar claramente los límites sino-rusos.

preponderancia occidental. Hoy por hoy, la alianza no es solo de carácter defensivo: China envió un portaviones a Siria en septiembre del año 2015; 2) existe una complementariedad general pronunciada entre ambos países: el poder militar, la tecnología espacial y las reservas energéticas rusas son una bendición para China, capaz de poner disposición sus productos industriales o su respaldo de capital -para 2014 el intercambio económico no era inmenso, rondaba los cien mil millones USD, pero crece sin parar-. A futuro, incluso, el intento europeo por reducir la dependencia del gas ruso será compensado con la demanda China, para lo cual se construye más de un gasoducto; 3) colosos geográficos, comparten frontera y anclaje regional, lo cual puede solidificar un cierto entendimiento.

En suma, complementariedad económica, militar, política y geográfica se añan en la proyección global que trazan, convirtiéndose en una argamasa sólida. Paralelamente, tras la crisis ucraniana, el acercamiento de Rusia para con China se ha intensificado, “volcándose hacia el oriente”, y para China la apoyatura Rusa disipa o aminora categóricamente la salida militarista por parte de sus vecinos hostiles. Nótese que la diplomacia China reconoce 14 tipos de vínculos establecidos con sus países “amigos” (54 países y 3 organizaciones intergubernamentales), y Rusia es el único país que goza del status mayor: “Asociación de colaboración estratégica integral”.

Adosado a este eje se recuesta un área de influencia directa, el Asia central, propiciando una suerte de “integrismo *soft*”. El derrumbe de la Unión Soviética produjo un vacío político en la zona, donde las cinco ex repúblicas proclamaron la independencia, pero todas (Uzbekistán lo haría posteriormente) conformaron la Comunidad de Estados Independientes bajo el manto de Rusia en el mismo 1991. Luego de una serie de acercamientos previos, en 2001 se creó la Organización de Cooperación de Shangai (OCS) que aglutina a China, Rusia y los países de Asia Central (véase Mapa 1)³. La República

³ La OCS está compuesta por China, Kazajstán, Kirguistán, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán. Otros cuatro países se han incorporado en calidad de observadores (Irán, Mongolia, Pakistán e India, estos dos últimos se espera

Popular compra aquí insumos energéticos y constituye toda una malla de seguridad para sus abastecimientos que se remontan hasta Irán (aminorando el peso de su importante provisión marítima actual), mientras que revive el trazado de la antiquísima ruta de la seda marítima y terrestre surcando Eurasia, la central iniciativa: “Una franja, una ruta”. Los caminos que ligan China a Europa occidental son geoestratégicos en la medida en que apuntan a contrarrestar el área de libre comercio noratlántica, es decir, entre Estados Unidos y Europa. A su vez, no es menor el temor que padece China frente al radicalismo musulmán, incluso al interior de sus propias fronteras occidentales, y parte de sus fuerzas militares y políticas de control se dirigen a contener este punto. En cierta medida –paradoja que aun trae consigo el corto y rojo siglo XX– se traza entre Rusia y China un eje de poder global con la suficiente fuerza como para tensar la primacía occidental de cuño estadounidense.

Hacia el sudeste se yerguen los vínculos más intensos, ambivalentes y complejos; justamente por ello esta es una zona de disputa de primer orden. De manera evidente, existen serios problemas acerca de la soberanía efectiva de China. En principio con la “provincia rebelde” de Taiwán, asiento del nacionalismo derrotado por el maoísmo en 1949, territorio al que reclama de manera directa y sin titubeos⁴. Con Taiwán, China posee un déficit comercial muy amplio, 89 mil millones USD en 2014, parte de una política continental para lograr

que se incorporen como miembros plenos en 2016), y dos como “socios de diálogo”, Belarús y Sri Lanka. Además, asisten regularmente como invitados Afganistán y Turkmenistán. Los patrones sobre los que descansan las posiciones de cada uno de estos países no necesariamente son unívocos, China propicia la “estrecha vecindad”, Rusia el “eurasianismo” y los países de Asia central tienden a apostar por el “multivectorialismo” (Roch, 2011).

4 Los nacionalistas derrotados, comandados por Chang Kai-shek, se refugiaron en Taiwán y crearon la República de China. Protegidos por Estados Unidos, el Kuomintang mantuvo el “estado de guerra” hasta 1987 y nunca se declaró independiente por autoproclamarse gobierno legítimo de China continental. En 2005, China promulga la Ley anti-secesión que la obliga a intervenir militarmente si Taiwán declara la independencia.

por esta vía una suerte de reunificación *de facto*⁵. Asimismo, también existen agudas diferencias en torno a la soberanía de islas, atolones y territorios mínimos en el Mar de China, sobre lo que luego profundizaremos.

Ahora bien, todos los países del sudeste asiático han establecido una integración en torno a la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia (ANSA), que hacia fines del siglo XX dejó de ser un espacio de contención del comunismo para devenir en promotor de la cooperación económica (véase Mapa 1)⁶. China es su principal socio comercial y ha iniciado en 2010 una serie de acuerdos sucesivos hasta pactar un área de libre comercio absoluto para 2025, que eventualmente sería la más grande del mundo, ya que se suman 570 millones de personas a las que ya cuenta el “Imperio del medio”. Los intercambios de ANSA con China no han parado de crecer: con un volumen de 350 mil millones de dólares en 2013 representó el 14% su comercio (le sigue la UE con 9,8%; Japón con 9,5%; y, EEUU con 8.3%), con un saldo de 45 mil millones USD a favor del gigante asiático⁷. No sólo se estrechan los lazos comerciales, también los financieros, los niveles de inversión chinos, la integración física, la construcción de infraestructura general y los esfuerzos por resolver los diferendos territoriales, claves en la aparición de riesgos “sorpresivos” a la seguridad (Cesarín, 2014). Con China como núcleo, sobre la base de un imparable comercio intra e inter-industrial e inversión regional, la ANSA constituye el engranaje clave de la “Fábrica Asia” (el comercio intra-regional de partes y piezas industriales en el Asia oriental y sur-oriental es del 68%, mayor que el de la Unión Europea) (Rosales y Kuwayama, 2012). La cantidad de acuerdos de libre comercio en el área de Asia Pacífico pasaron de 70 en 2002 a 257 en 2013, y seis de los diez mayores destinos de la inversión China entre 2005 y junio de 2014 fueron países miembros

5 Trademap (Estadísticas).

6 La ANSA está integrada por Brunei, Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia, Vietnam, Laos, Myanmar y Camboya. La excepción en el sudeste es Timor oriental.

7 ANSA (Estadísticas).

del Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico (FCEAP), en una muy activa “diplomacia de vecindad” (Ríos, 2014). En este sentido, como apunta la administración norteamericana: “Las dependencias del mercado chino de muchos países de Asia Oriental y una profunda integración de China en el suministro y las cadenas de fabricación regionales le permiten apalancar los intereses de seguridad nacional” (EEUU-CHINA Review Commission, 2014: 22). Queda claro, pues, que por sobre los diferendos político-territoriales y soportado en su poderío económico, China expande su esfera de influencia en la periferia próxima.

Seguidamente, el mayor intercambio comercial de China –por encima del que traba con Estados Unidos– se da con Japón y Corea del Sur, con un total de 586 mil millones USD en 2013 (17% del comercio exterior total de China), con un déficit para el “Gran Dragón” de 12 mil millones con Japón y de 91 mil millones con Corea del Sur, que además es su principal país proveedor⁸. Pero no todo termina aquí, sino que el “Imperio del sol” fue el principal inversor extranjero directo en China en 2012, con 7.300 millones USD (solo superado por las Islas Vírgenes, con 7.800 millones, donde va a parar la plata –santa o no– de los mismos chinos), y la República de Corea contribuye con 3.300 millones⁹. A la luz de estos números tan abultados –donde nótese la desventaja que padece China en la balanza comercial–, existe la chance de que se desate una rivalidad, pero también que se constituya un polo de desarrollo mancomunado. En este sentido, la interdependencia comercial y financiera entre estos gigantes ha venido aumentado de modo considerable, denotando un gran intercambio interindustrial entre las tres naciones, una mutua “integración tecnológica” y una fuerte descentralización de la actividades de Corea del Sur y Japón a China, beneficiándose de los bajos costos de la mano de obra y produciendo para la exportación y el mercado interno. Ciertamente, pese a la competencia que pueden entablar

8 Trademap (Estadísticas).

9 Oficina Nacional de Estadísticas de China

entre ellos, habría sobradas chances de que devengan un foco de desarrollo integrado (y China se recuesta sobre Corea para forzar a Japón, ambos países de perfil económico similar) (Zubieta, 2011). Por lo pronto, en temas de seguridad, aunque el recelo histórico entre China y Japón dificulta un entendimiento (y al país nipón le hubiese agradado ser el pivote de una integración de los países de la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia), con Corea del Sur la sintonía es mayor. Ante este panorama cerrado, las relaciones entre Beijing, Tokio y Seúl pueden florecer, como se vislumbró en la V Cumbre Trilateral anual, celebrada en Seúl en noviembre de 2015, donde acercaron posturas para crear un “Mercado Común” en Asia: “Una cooperación más fuerte entre China, Japón y la República de Corea contribuye a la paz, la estabilidad y la prosperidad de la región”, expresa el Libro Blanco de los tres países (Xinhua, 2012; Tobon García, 2012: 13).

Por último, uno de los vínculos más complejos e interesantes de China es el que establece con India. La relación sino-india no está en lo más mínimo exenta de tensiones; de hecho, casi a lo largo de todas sus fronteras poseen diferendos territoriales, teniendo por telón de fondo la guerra de 1962 en la zona del Himalaya, cuando el maoísmo victorioso hizo respetar las antiguas fronteras imperiales. Hacia el sur, el establecimiento de bases militares de China, el “collar de perlas”, con el propósito de tener bajo control el flujo de transporte del Mar Índico, despierta el resquemor vecino, que por su posición y amplias costas considera al Índico su área de influencia directa. Un reparo igual o más intenso le genera al nacionalismo indio el estrecho lazo entre China y Pakistán. Sin embargo, más allá de estos elementos de índole nacional-militar y bilateral, existen otros que promueven el acercamiento: 2.581.216.800 de habitantes conjuntos conforman cerca del 40% de la población mundial, la compartida pertenencia a los BRICS incentiva la multipolarización, atienden frentes análogos en las distintas cumbres climáticas y se ligan en tópicos como la reforma de las instituciones financieras “occidentales” o en el sistema de Naciones Unidas para dar más peso a los países “emergentes” (Haro y Cornejo, 2011). En paralelo, China

es el principal socio comercial de India y los intercambios económicos entre los dos países no pararon de crecer desde el inicio del siglo XXI (pasando de 3.000 millones de dólares en el año 2000 a 100.000 millones de dólares en el año 2014)¹⁰. El papel de India es medular y hoy usufructúa tanto de las propuestas estadounidenses como de las chinas, mientras busca tejer un vínculo más estrecho con el sudeste asiático, así como también lo hace Japón. Si la India se inclinase hacia sus vecinos asiáticos, el anillo enhebrado por su emergencia tenaz, que pasa por la irrupción del “Gran Dragón” y culmina en la recuperación Rusa, conformaría un gran acontecimiento geopolítico en la era que se fue abriendo paso tras el fin del mundo bipolar. Esta Unión Euroasiática, que Moscú supo calificar de “triángulo estratégico” y fogonea recurrentemente, vendría a suspender la hegemonía atlántica que tenía a Norteamérica y Europa como garantes privilegiados del orden mundial, pero esta “Casa Común Asiática” aun no se ha consumado.

II. Estados Unidos: “Giro hacia el Pacífico”

Ante este paisaje expansivo del “Gran Dragón”, Estados Unidos ha variado sustancialmente su política exterior, hoy redireccionada a desarrollar una política de contención en tanto objetivo internacional de primer orden. En los hechos, Washington realizó “un giro estratégico a la región [del Pacífico que] se inscribe lógicamente en nuestro esfuerzo global general para asegurar y mantener el liderazgo de Estados Unidos”, así lo denomina la administración gubernamental basada en un clarísimo y fundante texto de 2011 de la entonces Secretaria de Estado, Hillary Clinton¹¹. El *Pivot to Asia* se compone de tres procesos interrelacionados de escala global: uno pone el acento en el aislamiento

10 Oficina Nacional de Estadísticas de China.

11 La elección del término giro estratégico es, a toda luces, poco sutil: era un concepto medular en los escritos del padre de la geopolítica británica, Halford Mackinder, quien sostenía que Rusia, y posteriormente China, eran potencias pivote cuya posición geográfica implicaba retos extraordinarios para los anglosajones, y una vez finalizada la segunda guerra mundial, para la hegemonía estadounidense (Clinton, 2011: 2).

económico, otro en la amenaza militar y un tercero en el plano político-cultural (este último, que llama a respetar los derechos humanos y la democracia, es un soporte ideológico estadounidense al que no le prestaremos especial atención).

En términos geoeconómicos, Estados Unidos busca crear un área de libre comercio de grandísima escala bajo su égida que mantenga a raya la participación del gigante asiático y de los BRICS en general. Más específicamente, son bloques económicos que buscarían crearse y fusionarse: el TTIP (Transatlantic Trade and Investment Partnership, Alianza Transatlántica de Comercio e Inversión), que uniría a EEUU y la Unión Europea y el TPP (Trans-Pacific Partnership, Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica) que uniría a los países de la cuenca del Pacífico (ANSEA, Japón y Corea, entre ellos), menos China, socavando la pertinencia de la propia Organización Mundial de Comercio. Respecto del primer bloque (TTIP), la potencia imperial clásica afirma su ligazón con Europa esperando sostener conjuntamente la primacía “atlántica”. Más allá de los problemas que puedan surgir, el TTIP es el área comercial menos complicada de acordar: desde el fin de la segunda guerra mundial existe un entendimiento asumido, constituye el bloque económico global más amplio, representa alrededor del 45% del producto bruto mundial, un tercio del comercio internacional y 800 millones de personas de alto poder adquisitivo. No casualmente se suele hablar de este bloque como una “OTAN de la economía”, dada la mancomunidad integral: implica desde la seguridad y la defensa, pasando por la propiedad intelectual, hasta el tipo de régimen político y valores político-culturales a pregonar (Van Ham, 2013). Empero, a las empresas europeas les va a resultar difícil competir con sus pares estadounidenses, debiendo volverse más competitivas, hecho imposible sin desmantelar lo que resta del estado social. Más significativo para nuestro problema, el alcance del libre comercio en verdad ya es fuerte entre las economías “atlánticas” y además Europa padece una recesión que no poco debe un respiro a la demanda asiática.

Ahora bien, en torno a Asia-Pacífico, Estados Unidos impulsa el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica,

que negocia con Japón, Corea y la ANSA, en busca de acrecentar sus debilitadas bases de poder en el continente oriental. Aunque Washington ha estado influyendo en la ANSA desde 1997, actualmente también tentó a India para incidir en la puja por neutralizar la naciente cooperación entre la ANSA y China. Hacia el hemisferio sur, la Alianza para el Pacífico en Sudamérica supone la reconstrucción posible del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) bajo la égida estadounidense, con vistas a horadar la integración y la primacía regional que busca entretejer Brasil (incluso la Argentina se ha tornado “observadora” de la Alianza, poniendo en vilo la existencia misma del Mercado Común del Sur (MERCOSUR). Juntos, el TPP y el TTIP abarcarán más del 60% del PIB global, excluyendo a China. Esta mega-negociación, claro está, sería una respuesta estratégica de occidente que procura aliviar los efectos del desplazamiento del flujo de capitales, industria, tecnología y comercio hacia el litoral asiático del Océano Pacífico.

Para el problema que estamos tratando, a fines de 2014 se dieron una seguidilla de encuentros multilaterales de carácter crucial (la reunión de la ANSA, en Myanmar; la XXII cumbre del Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico, en Pekín y el encuentro del G20, en Australia), por eso le prestaremos especial atención a este momento. El punto determinante es que el FCEAP, creado en 1989 –un día antes de la caída del muro de Berlín– aprobó la iniciativa de China de establecer la zona de libre comercio de Asia-Pacífico, tal como venía sosteniéndose junto a la ANSA desde hace tiempo, pero más ambiciosa en sí porque incumbe a los 21 países de toda la cuenca de Asia-Pacífico; Rusia y Estados Unidos entre ellos. Escenificando su poder, China firmó un tratado de libre comercio con Corea del Sur –recordemos el cuantioso superávit coreano–, selló el compromiso de compra de gas ruso y descongeló las relaciones con Japón, mientras Estados Unidos intercambiaba en su embajada pequinésa con los 12 líderes del TTP sin arribar a ningún resultado. Internamente, las principales dificultades del TTP provenían del alto nivel de exigencia de sus cláusulas, forjadas para que China no pudiese cumplirlas (limitación de empresas estatales, control de Internet, rígida defensa de la

propiedad intelectual, etcétera) que incluso generaron reticencias en el principal aliado, Japón (por la liberalización del mercado automotor y agrícola, por ejemplo). Sin embargo, el peso de China en la ANSA logró inclinar la balanza por la existencia de una zona de libre comercio en Asia-Pacífico que la contenga, dando por tierra el ambicioso proyecto de Estados Unidos¹². El FCEAP cuenta además con tres naciones latinoamericanas –México, Chile y Perú–, que mantienen crecientes vínculos económicos con la República Popular, hasta tal punto que han adherido a la iniciativa pese a la influencia sustantiva que sobre ellos ejerce la política exterior de Washington. Digamos entonces que el mismo conglomerado que Estados Unidos proponía para sostener su influencia sobre el epicentro del Pacífico se vio arrastrado por la contrapropuesta china, la cual ha logrado encarrilar de un golpe a los países de la cuenca del Pacífico como un todo.

En definitiva, China crece y asienta un proyecto integral para la región asiática y su océano central, proponiendo un “Asia autogobernada”. Tal como apunta Xulio Ríos, la revitalización de la Ruta de la Seda (terrestre y marítima), los corredores económicos de Pakistán y de Bangladesh-India-Myanmar, el tratado de libre comercio con Seúl y, fundamentalmente, los acuerdos con los países de ANSEA, conforman una espiral de iniciativas de integración que se completan con la propuesta del Área de Libre Comercio para toda Asia-Pacífico (Ríos, 2014). China no sólo inhibe la estrategia más realista de Estados Unidos para aislarla, sino que también la transforma en un canal de su propia expansión. La economía global, a fuerza de mundialización, está imbricada como nunca antes, de modo que no es posible reinventar un neocolonialismo que ofrezca un mercado cautivo como el que Europa usufructuaba antes de la primera guerra mundial. Más allá de que subsiste una fuerte incertidumbre acerca del sistema de alianzas, vecindades y cercanías que se tejen entre los países, y el tablero de juego con sus contrincantes claramente

12 El TTP se ha iniciado erráticamente en febrero de 2016 con la firma de doce países, aguarda ratificaciones parlamentarias, pero nada indica que vaya a contar con la fuerza como para lograr el objetivo de aislar económicamente a China.

definidos no está dispuesto definitivamente, lo cierto es que una fortísima interdependencia impide apostar a polaridades netas¹³. De hecho, aquí no solo estamos hablando de países sino de corporaciones globales, aunque lo notorio del caso chino es la propiedad estatal de las firmas de mayor tamaño.

Por último, vale mencionar una particularidad remarcable entre las dos potencias en competencia y quizás una clave no menor del gran escenario actual. En tanto contendientes que se miran cada vez con mayor recelo, su tipo de entrelazamiento es inédito: tienen el principal vínculo comercial bilateral del mundo, el cual superó los 500 mil millones de dólares anuales en 2013. La balanza comercial es deficitaria para Estados Unidos en cerca de 318 mil millones U\$D anuales y, como contraparte, China financia al país del norte comprándole deuda pública, de modo que la comunión es comercial y financiera. La ambivalencia de la situación reside en que si Estados Unidos devaluase su moneda mediante cualquier mecanismo, también perderían valor los papeles poseídos por su acreedor, pero la ganancia tendría un costo: la moneda norteamericana también caería. Entre tanto, China ha venido desprendiéndose de la tenencia de bonos en dólares (amén de que estamos hablando del país que cuenta con más reservas –4 billones U\$D– frente al más endeudado). Otro dato significativo: el año 2014 ha sido el primero en que las inversiones chinas en Norteamérica han sido mayores que al revés; no obstante, hay un punto en el que Washington todavía lleva las riendas: los intercambios mundiales se hacen en su moneda y controla las instituciones financieras globales (como el FMI y el Banco Mundial) pese a que el gigante asiático busca, con la perseverancia habitual, remodelar el marco económico institucional-global –con el Banco del Desarrollo de los BRICS, por caso– e ir desplazando al dólar en sus intercambios. Este intento no es irrisorio, en el año 2015 el yuan se incorporó a la canasta de monedas del FMI

13 Un dato elocuente al respecto: la provincia de Guangdong representó el 28% de las exportaciones Chinas en 2008, por un monto similar a las exportaciones totales de Corea del Sur (405.000 millones U\$D), del cual el 63% provino de empresas extranjeras (Rosales y Kuwayama, 2012).

y en vías de atar el uso de su signo monetario a su extensa red de comercio internacional, con Rusia y con Japón –entre otros casos–, el flujo comercial ya se pacta en monedas nacionales. No por casualidad, además de discordia, se habla de cooperación entre las dos mayores potencias (Oviedo, 2014). En definitiva, mientras las avanzadas militaristas se concentraron en Medio Oriente durante los años 90, y más aún tras el atentado sufrido en 2001 en New York, China arribó a un lugar que parecía desmesurado, creciendo a tasas imposibles. Hoy, cuando aquella estrategia de ocupación del foco petrolero muestra más sombras que luces, sucede que el “Gran Dragón” amenaza disputar la supremacía. Sin embargo, en capacidad bélica es la única esfera donde Estados Unidos –por poco tiempo, seguramente– no tiene parangón.

III. Militarización oceánica

A través del Océano Índico y Pacífico, China traza las rutas comerciales por las que fluyen el petróleo, las materias primas y los productos manufacturados, provenientes y dirigidos a todas partes del globo. El Mar del Pacífico Norte es un área de flujo comercial que representa tanto el traslado interminable de mercancías como la avanzada de un teatro de operaciones que opone a China y su mar –“su” Taiwán– frente a las reticencias de Estados Unidos y sus principales aliados. Evidentemente, el *hegemon* imperial del siglo XX –sostiene David Harvey– posee dos vías para salir de su crisis: o bien solidifica un nuevo estado de bienestar (algo que no está del todo ausente en la historia del país), o bien intensifica la militarización con el objetivo de continuar siendo primera potencia (Harvey, 2005). Por extraño que parezca, no desecha la segunda opción, comandando una alianza de los países occidentales; fundamentalmente a la desorientada Europa neoliberal (destina aproximadamente 618 mil millones U\$D anuales en defensa, le sigue China con 171 mil, aunque esta última crece de manera más acelerada)¹⁴.

14 Estadísticas Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) (www.sipri.org)

La soberanía difusa de los mares facilita la penetración militarista. Hacia el Océano Índico, China ha desarrollado una ofensiva sostenida, enhebrando lo que suele denominarse el “collar de perlas”, caratulado así por los propios estadounidenses¹⁵. Sobre el litoral subsasiático fue posicionando una serie de bases militares con el objetivo de proteger la salida hacia el oeste, debido al vital suministro de recursos desde África y porque constituye la base del aprovisionamiento energético, amén de obtener una posición naval privilegiada en la zona del sudeste y sur asiáticos. Suele mencionarse que ese “collar” es análogo al que iba a establecer Estados Unidos, pero que se lo impidió su concentración de esfuerzos en Medio Oriente. Hacia el Índico, China realizó un impresionante despliegue de vasos comunicantes soportado en el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (creado en octubre de 2014), en base a una agresiva política de inversiones que liga sus provincias del sur con la antigua “región” de Indochina, cuyos países se encuentran en el eslabón 12 de 14 en la tipología de vinculación catalogados como “Asociación de cooperación estratégica integral”: Vietnam, Laos, Tailandia, Camboya, Myanmar –y en este último desarrolla un puerto de profundidad para tener salida al Índico–. Actualmente, la línea de fuerza central de la “irradiación” asiática China pasa por Indochina para extenderse a todo el sudeste asiático –ANSA– (atrayendo a Corea, presionando a Japón y desligando a India) para finalmente arribar fuerte a la cuencas Pacífico y del Índico; tal es la vía estratégica madre de China. El Océano Índico, además de ser un corredor marítimo vital para flujos de energía y comercio, es el corazón de un hipotético eje económico “sur-sur” entre China, África y América Latina¹⁶.

15 En enero de 2005 fue enviado al Secretario de Defensa de EEUU, Donald Rumsfeld, un informe interno clasificado con el título “Futuros de la energía en Asia”. El “Informe Marshall” acuñó el término de la estrategia del “collar de perlas” para describir lo que llamó la creciente amenaza militar oriental a los intereses estratégicos de EEUU en el espacio asiático. Véase: “China Builds up Strategic Sea Lanes”, *The Washington Times*, 17/01/2005.

16 A tono con su política de no declarar preeminencia, China plantea sus

En efecto, una de las razones fundamentales para controlar el tránsito que discurre sobre el Océano Índico reside en que las principales fuentes de suministro chinas provienen de allí, sean materias primas o insumos energéticos (recibe petróleo de siete países, al menos).

Con el propósito de asegurar suministros claves, en el siglo XXI China ha incrementado sustancialmente su presencia en África, proyectándose como potencia global en disputa con las tradicionales en un continente que no se encontraba “absolutamente asediado”. A diferencia del patrón colonial que las economías atlánticas desplegaron en la era moderna, China troca el abastecimiento por un fuerte nivel de cooperación bilateral, realizando cuantiosas inversiones en “desarrollo” e infraestructura (autopistas, centrales hidroeléctricas, viviendas sociales, represas, oleoductos, aeropuertos, etcétera), al punto que la balanza comercial, aunque claramente inter-industrial (entre materias primas y productos terminados), es relativamente equilibrada. A raíz de ello, se ha caratulado que China establece una “acumulación integradora” bajo un perfil de largo plazo y llevada adelante por empresas del Estado, a diferencia de la lógica económica occidental (Kwan Lee, 2014). Además de ser un mercado presente y potencial de dimensiones, otro elemento significativo en el vínculo sólido con África reside en la descentralización de las industrias asiáticas, con una población de 1000 millones de habitantes los salarios comienzan a ser competitivos respecto de la misma China. Por caso, existen 200 empresas deslocalizadas en Sudán y allí se ha erigido la principal represa africana (Peña, 2015). Ha comenzado la era en que las industrias más intensas en términos ambientales, energéticos y laborales se trasladan al eje del sur, que creará que cumple el “sueño de la industrialización”.

relaciones con África o América Latina como “sur-sur”, entre países en desarrollo. No hace falta argüir que se trata de “retórica”, puesto que la paridad no es tal, lo cual se enmarca en el “espíritu” de su política exterior: “lenguaje idealista y práctica realista” (Oviedo, 2005: 52).

Países miembros de la Cooperación de Shangái *

Estados miembros

* India y Pakistán miembros a partir de 2016.

Países de la Asociación de Naciones del sudeste Asiático (ANSA)

Cercanos a China

Cercanos a Estados Unidos

En tensión entre China y Estados Unidos

Otros

Cercanos a China

Cercanos a Estados Unidos

En tensión entre China y Estados Unidos

Otros

Cercanos a China

Cercanos a Estados Unidos

En tensión entre China y Estados Unidos

Bases militares navales de China

Bases militares de Estados Unidos

Trazado del Collar de Perlas

Rutas de abastecimiento de energía



* Es importante aclarar que el mapa presentado a continuación busca facilitar la comprensión, más que apuntalar la precisión. Los países no suelen tener un patrón de relación unívoco sino más bien cambiante, aspecto que el mapa es incapaz de expresar con claridad. Ilustrativo de ello es que en China se suele creer en “el rebelde Vietnam, la cambiante Myanmar, la discolpa –y amiga de Estados Unidos- Filipinas, o las desconfiadas Malasia e Indonesia” (Cesarín, 2014: 39).

En el período 1998-2006 las exportaciones del continente africano hacia China aumentaron en más de un 2126%, mientras los intercambios con Estados Unidos se multiplicaron solamente por cuatro y por dos con Europa. En 2009, China se convirtió en el mayor socio comercial de África. Mientras que en 2011 el comercio de África con Estados Unidos alcanzó los 94.300 millones U\$D, el comercio con China alcanzó los 127.300 millones U\$D (en el año 2000 apenas rondaba los 9.000 millones U\$D)¹⁷. De las exportaciones que se dan desde África hacia China, un 70% son petróleo y gas natural, el 15% son minerales y metales y un 10% manufacturas, pero ese 30% es variado: madera, mineral de hierro, algodón, diamantes, tabaco, manganeso, e incluso la República Popular directamente propicia una política de compra de tierras para cultivarlas. Al mismo tiempo, China exporta hacia África equipamiento para el transporte y las comunicaciones, además de maquinaria y productos electrónicos (Franco, 2011). No es, pues, anormal que Estados

17 Ministerio de Comercio de la República Popular China (Estadísticas).

Unidos haya intensificado fuertemente su presencia militar en el continente, antes que una huella “reducida” o “difusa”, despliega una “ofensiva combinada”; en los hechos, entre 2012 y 2013 realizó operaciones militares en no menos de 49 países (Winer y Melfi, 2014). En sintonía, otro tanto vale para la re-militarización que encaran los países neo-coloniales, con Francia e Inglaterra en primer lugar, la invasión que comandaron a la Libia de Kadhafi en 2011 o a Malí por parte de Francia un año después (alegando “terrorismo” y no el oro o el uranio que utilizan las centrales nucleares galas), son sus ejemplos evidentes. En África, entonces, la disputa inter-imperial posee un perfil cruento, tanto como el de los más publicitados.

El Mar de China es en un teatro de operaciones en el que se juega una parte de la consolidación regional del gigante asiático, incluso porque en esta extensión de agua experimenta una de sus mayores fragilidades. Sobre el Mar de China la República Popular se ha vuelto muy activa ya que las grandes rutas de suministro y comercio pasan por él, a causa de que posee disputas territoriales con múltiples países (potenciales aliados de EEUU) y fundamentalmente con la “provincia rebelde” de Taiwán. En efecto, sosteniendo un tráfico comercial gigante, viendo emerger *middle powers*, raptos de piratería, zonas reclamadas por más de dos países, conteniendo a Taiwán, este mar es un tablero líquido donde China juega parte de su vínculo exterior y, en este sentido, requiere tanto un control sostenido como evitar la escalada militarista.

A diferencia de su poder de tierra, el “Imperio del medio” no posee una armada a tono con sus ambiciones aunque se encuentra desplegándola rápidamente: botó su primer portaviones en busca de efectivizar una estrategia de dominio naval regional, es decir, ser una potencia de aguas profundas. La Estrategia Militar China de mayo de 2015, su primer libro blanco de tono más ofensivo, reza: “La mentalidad tradicional de que la tierra es más importante que el mar debe ser abandonada” (China’s Military Strategy, 2015). Más aún, las fuerzas armadas chinas están desarrollando una política

hacia los cuatro *global commons*, es decir, intentan garantizar su capacidad para influir en los mares, los cielos, el espacio exterior –desde donde se apoyan las actividades de los otros dos– y el ciberespacio (Gómez, 2011).

Hacia el sur del Mar de China existe una fuerte controversia sobre quién ejerce la soberanía de muchas de sus islas y atolones, que además contienen reservas de petróleo y gas, lo cual depara conflictos acerca de la delimitación de la “zona económica exclusiva” de cada país¹⁸. La República Popular está últimamente militarizando el área, creando islas –literalmente– donde antes había agua, y la mayoría de las veces fija solamente una agenda de negociación bilateral, país a país. Por caso, es un escenario de diputas con Vietnam y Filipinas, los cuales extendieron su vinculación con Estados Unidos, país que ve con buenos ojos asistir a potenciales aliados, con mayor razón si incumbe al despliegue militar en una zona que supo declarar parte de sus “intereses vitales”¹⁹. En paralelo, no son menores las discordias que depara el Mar de China hacia el este. Con una extensión cuatro veces menor y con problemas centrados entre Estados, las cuatro esquinas del mar se reparten entre las cuatro potencias de la región Asia-Pacífico (China, Japón, Corea del Sur y Taiwán). Los roces entre ellos son continuos, dándose hasta la peculiar situación de que Taiwán disputa con Japón islas (las Senkaku) que China considera propias por suponerlas parte de la secesionista Taiwán (ver Mapa 2).

18 El Mar de China Meridional abarca las aguas de diez países: China, Taiwán, Filipinas, Vietnam, Camboya, Malasia, Brunei, Singapur, Tailandia e Indonesia.

19 Un caso saliente es el de Vietnam, tradicionalmente reticente a la dominación China. La influencia estadounidense en el país se ha vuelto decisiva desde que se abrió a la liberalización económica. En 2011 el ejército norteamericano comenzó la cooperación con Vietnam, incluyendo ejercicios militares “pacíficos” conjuntos. En 2014 las tensiones han sido significativas dada la instalación de una plataforma petrolera China en un área considerada en disputa. Por su parte, China pugna por consolidar la Conferencia sobre Interacción y Medidas de Construcción de la Confianza en Asia. Reunida en Shangai en mayo de 2014, representa una plataforma propiamente asiática para gestionar los contenciosos regionales.

Filipinas, que es uno de los puntos militares más estratégicos del Océano Pacífico. En Corea del Sur, Washington ha firmado un acuerdo para establecer nuevas unidades de combate en Pyeongtaek, que albergará 45.000 militares norteamericanos en una ciudad a 300 kilómetros de la costa china de la península de Shandong. En este sentido, existe un intento de Washington de “globalizar la OTAN”. La nueva estrategia de seguridad norteamericana pone el acento, entonces, en el reforzamiento de su alianza con Japón, Corea del Sur, Taiwán e, hipotéticamente, con el aporte de India e Indonesia; además de Australia, Filipinas y Tailandia en los márgenes interiores.

Otro intento suplementario de Estados Unidos consiste en atemperar el poder del “Gran Dragón” recostándose en el segundo país más poblado del planeta. En términos político-militares, India posee diferendos fronterizos en el norte con China –que además controla parte neurálgica de la provisión de agua desde los glaciares del Himalaya–, al tiempo que teme la presencia naval China en el Océano Índico, área que considera de su propia influencia. El imperio del norte estimula a que Nueva Delhi extienda su influencia hacia el oeste –Asia central– y hacia el sudeste asiático, siendo bisagra entre el Índico y el Pacífico, forzando a China a la reclusión. En 2011, el ejército estadounidense realizó más de 50 actividades militares significativas con India, posicionándola como su socio privilegiado en el siglo XXI. La tradición india brinda el espejo más apropiado para soportar el perfil ideológico-político sobre el cual se construye la posición estadounidense: es la democracia más grande del mundo. Naturalmente, allí puede anclar un discurso que loa los valores de la democracia representativa, el liberalismo político, el cuidado de los derechos humanos y el combate al terrorismo (Southerland *et al*, 2014).

A nivel militar, con esa nueva fuerza Estados Unidos se propone cercar a China, Corea del Norte y Rusia, tanto por el este y el oeste como por el sur, pero en términos más bien típicos de una “guerra clásica”. Este escenario no es insólito, todo lo contrario, pero sí causa perplejidad. Nada indica que China quiera percipiarlo. Hay quien supo describir la situación con

relativa justeza: “Mantener un estado de alta tensión con Rusia o con China individualmente no resultaría un problema mayúsculo para Washington, pero hacerlo con los dos a la vez atentaría contra la razón” (Hardy, 2014: 1). A primera vista, tendría la característica de lo que suele llamarse “guerras limitadas”, es decir, la posesión de arsenal atómico en una contienda interestatal reduce ampliamente las chances de un enfrentamiento directo o de una escalada. Pero otro punto importante de la situación reside en que Estados Unidos ha venido librando en el último tiempo “guerras difusas”, esto es, hacia fuerzas no estatales, no profesionales, en espacios difuminados, sin inicio ni fin formal, donde el Estado pierde si no gana y el “No Estado” gana si no pierde (Nievas, 2006). Nada de esto podría hacerse con China, con quien debería entablarse una “guerra nítida”, a la antigua usanza, o de otro estilo aún no inventado.

Siendo realistas, pese al poder militar-financiero de Estados Unidos y su conquistador “destino manifiesto”, prácticamente no hay chances de este escenario: habría que fraguar un motivo para acosar realmente a China, y el imperio estadounidense no puede prolongar su “dominación sin hegemonía” indefinidamente. A diferencia, la República Popular “promueve una nueva arquitectura de seguridad en Asia liderada por los países asiáticos con China en el rol de líder principal”, marginando a Estados Unidos, tal como atestiguan los propios documentos oficiales de Washington (EEUU-CHINA Review Commission, 2014: 21). Por último, habría que reconocer que, en verdad, las disputas en el Mar de China no son más que tempestades en un vaso de agua. En el fondo estas “fronteras” descriptas no son fundamentales (hoy las fronteras “fluyen”), de lo que se trata es de afirmar rotundamente la presencia y el control chino sobre el área, estableciendo una malla de seguridad, incluso permitiendo que amanezcan rispideces menores. En otros términos: el “Gran Dragón” encara una “prevención ofensiva” como parte de una “estrategia de defensa general”, como tantas veces

se practicó durante el gobierno de Mao²⁰. Empero, es claro que China deberá saber enfriar las pasiones soberanistas en sus “mares cercanos”, a riesgo de que surjan escenarios de conflicto.

Finalmente, hay un último punto nuclear que es preciso traer a colación: el desarrollo irrefrenable de China no es gratuito para sí misma. El crecimiento vertiginoso de los últimos 30 años derivó en que haya contaminado el 70% de sus ríos, casi la totalidad de sus napas de agua, padece lluvia ácida, tormentas de arena que sacuden sus ciudades multitudinarias, erosión sistemática de las tierras de cultivo, deforestación (tan aguda que llevó al Partido Comunista Chino a prohibir talar un solo árbol más en todo el país), contaminación del aire que impide la visión e invade los pulmones (es el principal emisor de CO² del planeta) y un cúmulo poblacional recostado excesivamente sobre el este litoraleño del país (Trápaga, 2013). Realidad acuciante que, en un par de años, impulsó al “Gran Dragón” a convertirse en el principal generador de energía eólica del mundo y en el principal productor de paneles solares. Sin embargo, la situación ambiental padecida es otra de las causas que llevan a que la sustentabilidad fuerte de las economías sea un valor cada vez máspreciado al tiempo que los países dominantes se interesan profundamente por externalizar sus costos: la madera se compra ahora en África o en Brasil y la soja, repleta de agua y de potasio, se produce en la fertilidad sudamericana. De no incorporar patrones ecológicos más firmes o externalizar los costos ambientales, China se estaría tornando insustentable para sí misma. Siendo así, una cuarta estrategia de Estados Unidos resulta notoria en el mundo actual: “Washington estaba tentando a China para que ésta explote masivamente las vetas de gas no convencional dentro de su territorio –afirma William Engdahl–. No por buena voluntad de Estados Unidos hacia China. De hecho, se trata de otra arma principal en la destrucción de China: la guerra ambiental” (Engdahl, 2012: s/d).

20 Sobre las estrategias de la época maoísta, véase: Kissinger (2012).

IV. El Imperio del medio: centro de acumulación y “alianza intercivilizacional”

Dibujando el mapa de este modo, descartamos otras posibilidades latentes pero que consideramos recortan la singular pujanza china. En primer lugar, obviamente no nos inclinamos por la tesis que sostiene la persistencia de la hegemonía estadounidense, país que comandaría una alianza con la añeja Europa neoliberal, símbolo de la estabilidad de occidente. A favor, es cierto que entre las economías “atlánticas” en conjunto conservan un brecha tecnológica todavía inalcanzada por sus potenciales competidores (aunque China presentó 300 mil patentes de alta tecnología más que Estados Unidos en 2014 –WIPO, 2015–, que su presencia militar –cada vez más abierta– se extiende alrededor del globo –nada iguala en este rubro a las más de 1000 bases estadounidenses repartidas en cada rincón–, pero un panorama que solo contase este predominio desconocería el carácter multipolar de hecho del comercio mundial. Claro está, China –ya ingresada a la Organización Mundial de Comercio– se ha convertido en el principal importador y exportador del mundo (superando a Japón y Alemania), su PBI ha venido creciendo un promedio del 10% anual en los últimos 30 años para establecerse sólidamente como la principal economía del planeta²¹. Posee, además, numerosas corporaciones globales y es una gran potencia inversora: cuenta con 18.000 empresas en más de 170 países, y como inversor exterior saltó del 33° lugar en 2000 al 3° en 2012²². Más aún, el gigante asiático guarda un margen de crecimiento no aprovechado al interior de sus fronteras (en infraestructura, comunicaciones, transporte, etcétera), un programado vuelco hacia el mercado interno (decisivo para aminorar su dependencia de los mercados centrales), su camino hacia la “equiparación

21 Medida en paridad de poder adquisitivo, que en los hechos es el indicador más certero a la hora de comparar economías nacionales.

22 “China global investment tracker interactive map”, *The Eritage foundation* (www.heritage.org). Entre las firmas globales figuran Huawei, Cosco, ZTE, ICBC, Lenovo, Haier y las petroleras Cnpc, Sinopec y Cnooc.

tecnológica” no encuentra obstáculos serios, su crecimiento se sostiene sobre la economía real, realiza una agresiva política de flujos salientes de inversión con el objetivo de asegurarse recursos que considera vitales, gracias a una tasa de ahorro y capacidad de inversión de las mayores del globo. Hoy por hoy, el gobierno de Xi Jinping apuesta a una nueva etapa económica que permita adentrarse en el “sueño chino” de la modernización, apuntando a la calidad del crecimiento con especial atención a las dimensiones ambiental, social y tecnológica, como requisitos para pasar del *made in China* al *created by China*²³. El XIII Plan quinquenal (2016-2020) postula el concepto de “cinco desarrollos”: innovación, coordinación, ambiente, apertura y desarrollo compartido, haciendo de la innovación tecnológica la clave del crecimiento del futuro (el porcentaje de inversión en I&D pasó de 0,95% del PBI en 2001 a 1,76% en 2010 y se espera sea 2,5% en 2020, análogo al de las economías “avanzadas”) (Roborgh, 2011; Rios, 2015; Martínez, 2015).

En segundo lugar, hay quienes postulan que el eje del poder mundial no se asienta en occidente sino que lentamente se ha ido trasladado hacia el Pacífico Norte. Esta visión es decididamente más equilibrada que la anterior. Ciertamente, así como Braudel supo revolucionar la historiografía al hacer del Mediterráneo el centro de las dinámicas económico-sociales de occidente en la modernidad temprana –hecho que ya había consignado Ratzel, hay que decirlo–; así como la consolidación británica trasladó ese centro al atlántico, y la preeminencia estadounidense no hizo más que confirmarlo;

23 Aclaremos que si bien el mando centralizado de la política China la lleva a adoptar direccionamientos casi unívocos, en su interior no dejan de existir diferentes tendencias entre los sectores más propensos a la apertura al mercado mundial y el estímulo a las exportaciones y los más favorables a alentar un desarrollo interno, o entre los que propician una mayor participación del mercado en la economía interna y aquellos que buscan limitarlo, etcétera. No nos interesa aquí discutir el carácter del sistema Chino, si acaso es socialismo con características chinas, capitalismo de Estado, capitalismo burocrático y demás, pero lo mencionamos porque es una cuestión de suma importancia que no constituye, esta vez, nuestro objeto. (véase: Arrighi, 2007; Hernández, 2016).

hoy surgiría un nuevo espacio de “intercambio” neurálgico: el Pacífico norte, signado por la “disputa y la concordia”. No descartamos esta mirada, solo que a la hora de hablar del asiento más dinámico de la acumulación, del conflicto entre actores en la política internacional, de las bases desde los cuales se disputa el poder global, antes que al espacio liso y líquido del mar debemos remitirnos a estados-nación concretos, e incluso al almacén socio-económico de estructura que los soporta. En otros términos, por más que el mar deba ser visto como una suerte de *hinterland* sobre el cual se traban relaciones de fuerza, y así lo hemos descrito, no nos deja ver el tipo concreto de relaciones sociales articuladas a un determinado modo de producción.

En este sentido, es indudable que China ha logrado un sostenido crecimiento económico e industrial, soportado todo en la población infinita (lo cual no es más que el despliegue empírico de las ideas de un hombre, Marx: “sobreexplotación de la fuerza de trabajo”, “tiempo de trabajo socialmente necesario” y “desarrollo de las fuerzas productivas”). La dinámica de acumulación China –bajo una intrincada gestión del capital que entrecruza intereses de Estado con patrones privados de propiedad– es base, soporte y motor de la idea madre de modernización que condiciona la política interna y externa del “Gran Dragón”. En sus miles de años de historia, complacida de registrar su escritura actual 4000 años atrás, la República Popular China se guía por un profundo sinocentrismo, siempre segura de sus fuerzas. Si acaso esa apelación a la autosuficiencia fue desvirtuada únicamente por el decimonónico “siglo de humillación”, la revolución maoísta no escatimó esfuerzos para reencontrarse con la inevitable centralidad. Para el presente siglo, el Partido Comunista Chino trazó dos objetivos: ser una sociedad moderadamente próspera en el año 2021, centenario del Partido, y lograr un país socialista moderno, fuerte, armonioso y culturalmente avanzado para el año 2049, centenario de la revolución.

Muy posiblemente, sea la primera vez en la historia que una potencia emergente no cristaliza su avance a partir de una lucha frontal sino que se adosa a su competidor hasta el punto

de volverse mutuamente dependientes. China no representa un peligro para la seguridad interna de Estados Unidos, sí para su supremacía. En concreto, en marzo de 2015 el Jefe del Comando Sur del Ejército de Estados Unidos exponía ante el Senado que: “Al igual que nosotros hemos girado hacia el Pacífico, China ha pivotado hacia el hemisferio occidental” (Southern Command, 2015: 2). En una imagen, sería como la hierba que crece lenta y persistentemente entremedio de un edificio abandonado; al principio el pasto es la nada misma frente a la mole de cemento, pero va tomando cada poro hasta dar la impresión de que devora todo con su verde. Si por un lado contemplamos el “ascenso pacífico” chino (hoy trocado por la idea de “desarrollo pacífico”) y su irremediable trabajo con el tiempo, por otro puede que la crispación vaya subiendo el tono al punto tal de volver 100 años atrás. El siglo pasado nos dice que occidente es muy proclive a este paisaje oscuro, y no parecen primar las voces que abogan por una “comunidad del Pacífico” ni el abandono del keynesianismo militar. En este terreno, la participación del gigante asiático en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pero fundamentalmente la existencia del arsenal atómico, ridiculiza al tiempo que atempera cualquier opción que se incline por una guerra abierta, sin contar que el propio Estados Unidos reconoce la rapidez con la que China viene cerrando las brechas en tecnología militar²⁴. Por último, es innegable que la potencia bélica rusa tiene demasiadas razones para volcarse hacia su “socio oriental”. Cualquiera de estos derroteros comportan un desarrollo mundial desaforado, lo cual puede alumbrar una tercera figura: que el cambio climático termine por degradar a todos, aunque a unos más que a otros. Sea como fuese, hemos reseñado una serie de tensiones globales que bordean

24 El reporte anual de la U.S.-CHINA Economic and Security Review Commission de Estados Unidos es un documento que expresa el mensaje hacia el Congreso de un espacio creado para monitorear a fondo el devenir Chino y, al concluir el capítulo sobre “seguridad”, afirman: “Como resultado de la modernización militar completa y rápida de China, el equilibrio de poder regional entre China, por una parte, y los Estados Unidos y sus aliados y asociados por otra, se está desplazando en favor de China” (EEUU-CHINA Review Commission, 2014: 329).

lo bélico y enfrenta a bloques hostiles que se despliegan en todos los campos. La República Popular China encara una política mundial activa afianzando su centralidad en la “Casa Asiática” y recostándose en el “Sur global”, juega su intrincada disputa con Estados Unidos en un entorno inestable que incumbe a otros grandes actores, como Rusia, la Unión Europea, Japón y la India, e impone su camino de la mano de la expansión económica imperial. En sintonía, Daniel Oviedo nomina “alianza intercivilizacional” a esta imagen que China se hace de su extensión asiática en ligazón con los magmas continentales del hemisferio sur, como “entente internacional” diferente a occidente, en la puja por cambiar el sistema internacional (Oviedo, 2014). Con todo, no caben dudas que aun resta resolver qué lugar digno puede ocupar el eje del sur en esta visión armoniosa.

V. Sudamérica en el juego de las tensiones globales

La potencia asiática aparece en nuestra región subcontinental bajo una extendida presencia, recreando el influjo que supo ostentar a través del Pacífico hasta el siglo XVIII (Bonialian, 2011). A diferencia de Estados Unidos, cuya intensidad del lazo con esta parte del mundo es histórica desde que la definió parte de “su América”, la estrechez del vínculo con la República Popular se ha tornado determinante al despuntar nuestro siglo. Naturalmente, es sobre la esfera económica donde empezó a tender grandes vasos comunicantes y, desde allí, de manera indirecta, comienza a tallar sobre otras dimensiones, y así despliega su “poder blando”.

El “Imperio del medio” se ha convertido en el socio comercial más dinámico de la región bajo el propósito de asegurarse recursos naturales, abrir nuevos mercados y consolidar su influencia geopolítica. Desde inicios de siglo, la vinculación económica bilateral de China con América Latina creció exponencialmente, a un ritmo del 30% anual (los 12.600 U\$D del año 2000 se transformaron en 261.500 millones en 2013, multiplicándose por 20). El crecimiento de la región en la primera década del siglo no se explica sin China, que tiende a

consolidar una asimetría estructural. En efecto, el intercambio entre Sudamérica y el gigante asiático posee claramente un perfil interindustrial ya que se basa en las clásicas ventajas comparativas estáticas, proveyendo productos básicos y manufacturas de escasa elaboración y recibiendo bienes de capital e inversiones. El hemisferio sur abastece a China de recursos intensivos en trabajo, energía y costos ambientales de manera concentrada (petróleo, cobre chileno, hierro brasileño y soja, explican dos tercios de las exportaciones) y de perfil primario (el 88% de los envíos latinoamericanos son materias primas o manufacturas basadas en recursos naturales); es decir, Sudamérica “exporta naturaleza”, causa básica de la reprimarización económica de la región (Rosales y Kuwayama, 2012). A cambio, recibe productos manufacturados cada vez de mayor valor agregado, de alto y medio contenido tecnológico. Esta disparidad –tal como apunta Ariel Slipak–, corroe los intercambios interindustriales regionales que habían crecido con fuerza desde la creación del MERCOSUR, en particular entre Argentina y Brasil. La factoría del gigante asiático no solo desplaza a la *verde-amarella* en lo que consideraba su mercado vecino, también lo consigue en el mismo Brasil –en una lógica de “sustitución inversa”–, menoscabando además los intentos de eslabonamiento regional de las cadenas productivas (Slipak, 2014).

Desde la crisis del 2008 los países de la región han intensificado la adaptación del patrón exportador a las necesidades de bienes primarios de su socio oriental, al tiempo que China se dirigió a afianzar su presencia en esta parte del globo. En este sentido, participa en el circuito financiero para así consolidar la gestión de sus activos (la compra del Banco ICBC en Argentina es un ejemplo) e invierte en infraestructura y servicios complementarios (puertos oceánicos y fluviales, vías ferroviarias y corredores que facilitan las exportaciones). La inversión China se ha disparado fuertemente: desde el año 2010, el Eximbank oriental y el Banco de Desarrollo de China firmaron líneas crediticias con 12 países latinoamericanos para más de 60 proyectos de desarrollo e infraestructura. Últimamente, China estableció una serie de acuerdos de

cooperación e inversiones que intensifican fuertemente relaciones con sus “socios estratégicos integrales” –status 11 de 14– en la región (Argentina, Brasil y Venezuela), y han sido vistos como una apoyatura por los gobiernos progresistas.

Con el subcontinente, Beijing formuló alianzas en la ONU, la OMC, el FMI, el Banco Mundial, y recientemente en la Cumbre del G77 + China, realizada en Bolivia en junio de 2014. Por esta vía, hay dos hechos que sobresalen. La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) es la primera organización panamericana en la que participan todos los países al sur del río bravo y no deja de ser llamativo el ambicioso plan quinquenal de cooperación que suscribió el Foro China-CE-LAC rubricado bajo la declaración de Beijing a fines de 2014. Más sintomático aún, un dato clave: China piensa cortar el continente de nuevo haciendo un canal entre el Pacífico y el Atlántico en Nicaragua. El control del canal de Panamá es un símbolo del poder norteamericano y no poco debía a la teoría del poder naval de Alfred Mahan, orientada a hacer del Caribe un “mar cerrado”. Así las cosas, el subcontinente transita entre la “hiperinteracción económica” y la “influencia geopolítica” que propone China –lo que Oviedo denomina “hegemonismo introvertido” (Oviedo, 2014)–, la injerencia norteamericana renovada, la errática pero histórica presencia europea, el interés en materias primas de Rusia, Corea o Japón, convirtiéndose en otro escenario de tensión interimperial.

En este marco, el vínculo sino-latinoamericano ha despertado acercamientos elogiosos que lo han visto, en clave económica, como un contexto de oportunidades para desarrollarse de manera innovadora y competitiva (Rosales, 2010, 2011), o bien como la chance para conformar una relación estratégica sobre la base de la libertad de mercado (CEPAL, 2010); mientras que, en clave político-cultural, como un modo de menoscabar el predominio colonialista de occidente en favor de una “racionalidad otra” y un mundo pluri-centrado (Mignolo, 2013). Sin embargo, también se ha subrayado la reproducción de los patrones dependentistas clásicos, dado el predominio interindustrial del intercambio y el marcado interés de China por los bienes primarios y las fuentes energéticas de Sudamérica (Laufer, 2016;

REDLAT, 2010; Wu, 2007). Una realidad difícil de desconocer, al punto que hay quienes afirman que se estaría consolidando un “Consenso de Beijing” que estructuraría una neodependencia (Svampa y Slipak, 2015).

La controversia, entendemos, no se halla tanto en el diagnóstico sobre el vínculo que Sudamérica traza con el gigante asiático, evidentemente asimétrico, sino en qué hacer con él. En principio, a la luz del contexto global, queda claro que es imposible desentenderse del descomunal poder global de China, sea para acercarse dócilmente como si asistiéramos a una suerte de “cooperación sur-sur” o para creer que su peso menguaría el de Estados Unidos sin costo; o, por el contrario, para querer romper radicalmente con él. De un lado, el “Imperio del medio” encuentra aquí una región relativamente proclive a su status de potencia global y de un renovado orden global, socia en más de un organismo multilateral (causas adicionales al aval estadounidense para el influjo derechista regional en ciernes), un mercado de 400 millones de habitantes y también un reservorio de recursos naturales que se tornan cada vez más indispensables. Y más genéricamente, al recostarse en nuestro hemisferio, China puede blandir su discurso de “Sur global”, una suerte de “tercer mundo” renovado o magma “intercivilizatorio” distinto al de las potencias atlánticas. Pero, por otro lado, no es menos cierto que Sudamérica ocupa un lugar marginal en la disputa del Pacífico, está fuertemente desarticulada (hasta el mismo Brasil parece más abocado a blandir su status de potencia global antes que a intensificar la integración regional), padece con el gigante asiático negociaciones bilaterales y desiguales, no posee un peso industrial capaz de negociar en términos igualitarios y goza de manera desproporcionada de las rentas que ofrece la tradicional prodigalidad de su tierra.

Finalmente, la pujanza de la economía china, traducida en una desestructuración del entramado productivo regional y un acentuado empuje a la desigualdad de los intercambios, no solo obliga a una respuesta local sino, fundamentalmente, a decidir qué perfil de desarrollo el subcontinente es capaz de desplegar en el futuro, a riesgo de reprimarizar la economía, adentrarse en un obsoleto industrialismo o padecer la

más directa neo-colonización. En este sentido, la búsqueda de modernización, desarrollo, o ruptura de la dependencia, ha sido históricamente elaborada en la región bajo la óptica predominante del condicionamiento externo –del centro como “objeto privilegiado”–, mientras que hoy es preciso, antes que nada, prestar atención a las propias fuerzas y capacidades: una América del Sur autónoma debería diseñar una estrategia de relación con China que apunte a una inserción creativa en el concierto global a partir de un modelo de desarrollo autocentrado, sustentable, alternativo y de potencialidad local. A causa de que es sumamente difícil saber qué hacer con la “confrontación del Pacífico”, a pensar un recorrido posible de este interrogante se avocan los capítulos que siguen.

Recursos naturales estratégicos y posdesarrollo en América del Sur

El escenario global de los albores del siglo XXI impactó decisivamente en el lugar reservado históricamente a la naturaleza. Los profundos riesgos climático-ecológicos amenazan la cíclica reproducción de los ecosistemas, multiplican la posibilidad de escenarios inesperados y acrecientan la importancia de bienes tan básicos como el agua (en África, se espera que entre 75 y 250 millones de personas tengan dificultades para acceder al agua potable en 2020). A la par, la capitalización del acervo natural lo convierte en un activo financiero que no sólo se mercantiliza, sino que su consumo acelerado se encuentra al servicio de un nuevo campo de acumulación y valorización bajo una extendida “privatización de recursos”. Así, la senda del crecimiento adoptada a escala global, acarrea una competencia creciente y desigual por el acceso a los bienes básicos, que aumentan exponencialmente su demanda y “tecnificación”. La defensa de áreas de influencia y acceso a materias primas “exteriores”, especialmente en ciertos espacios claves (Oriente Medio, Asia Central y Ártico, África Occidental y América Latina), terminan por agudizar las tensiones entre grandes capitales y estados. No es de extrañar, vislumbrando este paisaje, que los “frutos de la tierra” sean arrojados a un nuevo “campo de batalla”, obligando a repensar la idea de recursos naturales y el lugar que ocupa en los modelos de desarrollo.

Bajo este pulso, los países sudamericanos se ven presionados para reinstaurar el clásico intercambio interindustrial: son mercados de productos de alto valor agregado mientras “exportan naturaleza”, clave en la externalización de los costos ambientales de los países centrales, de modo que padecemos una “deuda ecológica”, con saldo favorable (Martinez Alier, 2008). La región concentra una de las mayores reservas de tierras cultivables del mundo, alberga la mayor biodiversidad, posee una tercera parte de los recursos hídricos renovables, cuantiosos bosques, entre otros factores que la tornan vulnerable a la presencia de una política de extracción depredadora, puesto que sería como consumirse a sí misma. Palpablemente, existe un deterioro de las grandes ecoregiones sudamericanas debido a la práctica extractiva y, de manera vinculada, por la expansión de la frontera agrícola (20% de la biomasa de la amazonía se perdió y otro 20% está en camino), mutando el clima y el régimen hídrico. Sumida en un círculo vicioso, la deforestación es la principal causa de la pérdida de la biodiversidad y la responsable del 53% de las emisiones de CO² latinoamericanas. El hielo y los glaciares andinos están retrocediendo a un ritmo sostenido, y hoy exhiben entre un 20 y un 50% del tamaño que tenían en la década del 70 (Honty y Gudynas, 2014). Durante el año 2010, la tasa de agotamiento de los recursos naturales (la suma del agotamiento forestal neto, de la energía y de los minerales sobre el total de recursos) fue de 0,9% en promedio en los 47 países calificados por la ONU como de “Desarrollo humano muy alto”, mientras que en América del Sur alcanzó la marca de 7,48%¹.

A pesar de la bonanza en los precios de los *commodities* que duró aproximadamente una década hasta el año 2012, mejorando los términos del intercambio, la presión sobre la naturaleza regional no ha logrado redundar en una transformación del perfil productivo, más bien lo ha reforzado. Las exportaciones industriales totales de Brasil se redujeron del

1 Desagregados, los datos se computan de la siguiente manera: Argentina 4,9%, Bolivia 12,3%, Brasil 3,4%, Chile 12,4%, Colombia 7,8%, Ecuador 12,9%, Paraguay 0%, Perú 8,1%, Uruguay 0,6%, Venezuela 12,4% (Khalid, 2013).

56% en 2005 a 40% en 2010, mientras que la de los productos básicos aumentó de 30% a 46% entre los mismos años. Si en el año 2005 el superávit de la balanza comercial de la industria manufacturera brasileña era de 31,9 mil millones USD, a partir de 2008 surgió un déficit (6,2 millones) que aumentó considerablemente hasta alcanzar los 56 mil millones USD solo en el primer semestre 2014 (Salama, 2012)². Brasil sigue siendo uno de los países de mayor biocapacidad del mundo, pero entre los años 1961 y 2012 su índice ha pasado de 23 a 9 (hectáreas globales per cápita)³. Visto desde otra perspectiva: América Latina exporta 6 toneladas por cada una que importa y cada tonelada exportada es mucho más barata que la importada, acusando un déficit físico y comercial (Samaniego *et al*, 2014). Dicho en términos simples, el subcontinente es dueño de preciadas riquezas: agua, biodiversidad, alimentos, hidrocarburos, tierras raras, tierras fértiles, tierras “vacías”, etcétera. Por el lado negativo, la canasta exportadora está constituida básicamente por ellas.

Este capítulo, entonces, aborda el problema de la conceptualización de los recursos naturales y presta especial atención al modo en cómo podrían articularse con un entramado tecnológico-industrial. Primeramente, damos cuenta de manera breve del modo en que la enunciación estatal de los países dominantes y de organismos internacionales considera hoy por hoy a los bienes naturales. Resulta evidente que el objetivo de controlar el comercio de productos no elaborados corre por cuenta de corporaciones globales amparadas en la libre dinámica mercantil, pero nos interesa aquí la mirada que promueven gobiernos centrales y entidades políticas internacionales. Tras ello,

2 Ministério do Desenvolvimento, Indústria e Comércio Exterior (Estadísticas)

3 La biocapacidad mide la posibilidad de los ecosistemas de producir materiales biológicos útiles y absorber los materiales de desecho generados por los seres humanos, usando esquemas de administración y tecnologías de extracción actuales. La biocapacidad de un área se calcula multiplicando el área física actual por el factor de rendimiento y el factor de equivalencia apropiado y generalmente se expresa en hectáreas globales como unidad. Véase: www.footprintnetwork.org.

nos concentramos en discutir y ofrecer nuestra posición sobre el tipo de definición que los recursos merecen en el hemisferio sur, entre muchas otras en boga (renovables y no renovables, materias primas, *commodities*, capital natural, recursos naturales estratégicos, críticos, multicríticos, esenciales, bienes comunes, y demás)⁴. En una segunda parte, analizamos específicamente el caso del litio, porque ilustra como ninguno la necesidad de pensar en un modelo de posdesarrollo que acreciente la igualdad social, se sustente sobre un nuevo patrón económico y responda a los desafíos de una necesaria articulación entre ciencia, industria y política.

I. Geopolítica de un nombre: el control de naturaleza a escala mundial

En el último tiempo, los países dominantes han encarado una firme política exterior con el objetivo de reforzar la articulación de sus cadenas de valor, asegurarse suministros claves y protegerse de los costos asociados al cambio ambiental global. El vecino estadounidense posee a todas luces una política agresiva para contar con los recursos que consideran indispensables a su concepto de “seguridad nacional”. Por esta vía, el acecho norteamericano hacia el sur –cuenta con 47 bases militares en Latinoamérica– es tradicional y no requiere mayor dilucidación⁵. Concretamente, la Estrategia

4 Es preciso aclarar que aquí no prestaremos especial atención a tópicos referidos a los recursos naturales caros a la historia de las ciencias sociales latinoamericanas. No sondeamos el lugar de las materias primas al interior de la “teoría de la dependencia” ni de la “teoría del valor”, tampoco planteamos interrogantes en torno al problema de la “renta diferencial” de los recursos, ni abordamos la temática acerca de si los recursos son los causantes del “mal holandés” o de la “maldición de los recursos”, dado que finalmente impiden el desarrollo por el malgasto de sus rentas (acordamos que “el buen o mal desempeño de los países ricos en recursos naturales depende de la idoneidad de su política de desarrollo y no del hecho mismo de tener recursos naturales” -Ramos, 1999: 4-). Nos abocamos a realizar una problematización general acerca del “nombre” de los recursos, dado que de él también se segregan políticas.

5 La política de control hacia la región es abierta: han reactivado la IV flota del Comando Sur en 2008 –que opera sobre un espacio donde no existen

Nacional de Seguridad de Estados Unidos del año 2010 afirmaba: “Nuestras fuerzas armadas deben mantener su superioridad convencional [y] preservar el acceso a los bienes comunes”⁶. Se trata de una “estrategia multidimensional de dominación” propia de un pensamiento genérico que orienta la política de “seguridad nacional”, científica, comercial, las acciones “humanitarias”, la producción de propaganda y, ciertamente, la estrategia militar. Por primera vez, un documento fundante de la estrategia bélica estadounidense incorpora los lineamientos del cambio climático entre sus proyecciones de mediano y largo plazo (Brukmann, 2011 y Keucheyan, 2016). Actualmente, la novedad radica en que ha disminuido el poder real de Estados Unidos sobre la región –desde todos los puntos de vista– pese a lo cual no ha menguado correlativamente sino incentivado la vecindad militar (contando la dependencia que tiene de la importación de minerales no combustibles de América Latina). En sintonía, las instituciones internacionales como las Naciones Unidas, la Organización Mundial de Comercio (OMC) o el Banco Mundial –uno de los mayores promotores de la mercantilización de la tierra– hace tiempo que abogan por la “sustentabilidad” pero también por el “acceso abierto” y la “gobernanza mundial” de lo que también denominan “bienes y entornos comunes”, entre los que incluyen al agua, la biodiversidad y la tierra (pero no, sin mayores razones por su causa, al petróleo por ejemplo, hoy por hoy tan esencial como los anteriores). Por su parte, la OMC cataloga de “capital natural” a un activo que llamado así no deja de ser parte de la pura dinámica mercantil (Banco Mundial, 2006; Rockström, 2011; OMC, 2010). El hecho de que las instituciones multilaterales y organismos de crédito aboguen por la “propiedad privada colectiva”, reverso de su concepción de “bienes comunes”, es de vital importancia

conflictos bélicos de peso-. Para un descripción de la injerencia de tinte militarista véase: Luzzani, Telma (2012), *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*, Debate, Buenos Aires; y, Winer, Sonia (2015) *Doctrina de inSeguridad Mundial. Paraguay como laboratorio de Estados Unidos en la región*, Prometeo, Buenos Aires.

6 U.S. National Security Strategy (2010: 14 –citado en Bruckmann, 2011–).

puesto que ejercen una fuerte influencia sobre los marcos legales que rigen el mundo entero. Entretanto, la ONU se apresta a conformar brigadas de “cascos verdes”, listos para intervenir ante los disloques de la naturaleza en cualquier parte del planeta (Keucheyan, 2016). De esta forma, la acción de los estados-nación centrales se ve acompañada por los brazos institucionales globales.

Del otro lado del Atlántico, Europa ha puesto en marcha un ambicioso plan para desplegarse activamente sobre lo que denomina “recursos naturales críticos”, en vistas de que es extremadamente dependiente del suministro externo. La Comisión Europea –a través del informe *Materias primas críticas para la Unión Europea* del año 2010–, identificó 41 minerales y metales para los cuales propone un concepto de criticidad, es decir, que su falta repercutiría seriamente en toda la economía comunitaria. Se consideran, así, dos tipos de riesgos: “a) el `riesgo de suministro`, teniendo en cuenta la estabilidad político-económica de los países productores, el nivel de concentración de la producción, el potencial de sustitución y la tasa de reciclado, y b) el `riesgo país del medio ambiente`, la evaluación de los riesgos de las medidas que podrían ser tomadas por países con un débil funcionamiento ambiental para proteger el entorno y, de hacer así, poner en peligro el suministro de materias primas a la Unión Europea” (GT Ad-hoc, 2010: 5)⁷. La condición multidimensional de la

7 En el año 2010 el Reino Unido revisó las amenazas relacionadas con la escasez de los recursos naturales mundiales, Alemania dio a conocer su primera estrategia general y Francia creó un organismo especializado de los recursos críticos en febrero 2011, el *Comité pour les métaux stratégiques* (COMES). La construcción de una política específica para con los bienes naturales sobrepasa el papel de la comunidad, de los Estado-nación, e incluso a las corrientes ideológicas más conservadoras. En un reciente informe de la fundación *Heinrich Boll Stiftung*, ligada al partido verde alemán (*Die Grünen*), se llama la atención sobre la criticidad del suministro de ciertos recursos para la concreción de una “economía verde”. En este caso, se incluyen otras dimensiones que están ausentes en los planteos oficiales como el cuidado estricto del medio ambiente, de ahí que asuman una mirada que califican de “multicrítica”, pero no deja de alertarnos sobre la extensión de la voracidad de los recursos, de su palpable necesidad para, incluso, concretizar una economía atenta al ambiente. Véase: Federal

seguridad en relación con los recursos naturales supuso la elaboración de una perspectiva regional que le garantice la fuerza necesaria para contar con el abastecimiento. Claro está, esta concepción que refiere a los minerales es una visión que centra la atención exclusivamente en las necesidades de abastecimiento de la economía central y representa la punta de lanza de lo que constituye una visión integral para con todos los recursos naturales. De hecho, en Francia se habla de “seguridad natural”. En este sentido, las operaciones de intervención de Europa se pueden agrupar en tres grandes categorías: la primera es la gestión con los países exportadores para promover “igualdad de condiciones en el mercado mundial” (hoy existe una “diplomacia de las materias primas”), la segunda “incluye estrategias e instrumentos de seguridad de la unión” y la tercera “estrategias e instrumentos para combatir el cambio climático” (Garrett y Piccinni, 2012: 15). Indudablemente, el foco está puesto en la disponibilidad, de ahí la adjetivación de “críticas”, y en la “seguridad” de Europa –económica en palabras pero que excede esa dimensión porque el verdadero problema es la estabilidad y supremacía de los estados-nación que componen la Comunidad Europea–.

Por último, la descomunal emergencia de la región Asia-Pacífico y más específicamente de la República Popular China, en tanto nuevo *hegemon* de poder político y económico mundial, repercute de manera directa sobre el intercambio de materias primas. Una economía en auge, 1300 millones de habitantes, así como la rápida urbanización e industrialización deriva en que China sea uno de los principales impulsores de la demanda de energía, minerales, alimentos y recursos hídricos. China se ha convertido en un productor y, a la vez, en un consumidor de recursos naturales de grandísima escala (China e India absorben entre el 40 y el 50 de las materias primas metálicas del planeta). Las proyecciones de la Agencia Internacional de Energía brindan un dato que habla por sí mismo: el “Gran Dragón” duplicará el consumo de energía de

Ministry of Economics and Technology (2010), “The German government’s raw materials strategy”, Alemania y Bleischwitz, *et al*, 2012.

EEUU para 2035⁸. Así, se perfila como un importador neto de combustibles, materias primas y minerales, interesado en asegurarse la estabilidad de las fuentes de provisión y las rutas de transporte lleva adelante su propia diplomacia de recursos.

El gigante asiático es una aspiradora que consume casi todas las materias primas de modo insaciable, contando con respaldo como para realizar inversiones o compras directas (Trapanza, 2013), y es de esperar que asuma una importancia cada vez mayor su consumo de hierro (Brasil), cobre (Chile) y soja (Argentina), por lo menos en el horizonte temporal próximo, lo cual no traza una modificación con el actual patrón de inserción internacional de la región (Rossell Arce, 2013). Tal como asegura Ariel Slipak, en tanto principal productor mundial de manufacturas, la actual búsqueda de una producción de “alto contenido tecnológico y valor agregado” supone una necesidad de insumos que “lleva a China a tener desde 2008-2009 en adelante una agresiva política de flujos salientes de Inversión Extranjera Directa en pos de su aseguramiento. En este sentido (...) la vinculación con esta región reviste un carácter estratégico”. (Slipak, 2013: 124). Pero a la par, China se ha embarcado en una política nacionalista cuando se trata de sus propias reservas, estableciendo preferencia de provisión a empresas locales a partir de barreras arancelarias, o fijando cupos de exportación. Actualmente posee una de las diez mejores reservas en minerales como bauxita, mineral de hierro, cobre, oro, diamantes, carbón y casi la totalidad de tierras raras (Roborgh, 2011). En definitiva, los países dominantes se preocupan cada vez más por una modernización interna de sustentabilidad creciente, para lo cual trazan una “dependencia ambiental” o una “ecodependencia” más allá de sus fronteras.

Realizado este panorama genérico, nos interesa subrayar una serie de elementos clave. En primer lugar, si bien la principal apropiación de los recursos naturales corre por cuenta de actores mercantiles privados, existe una decidida promoción de las potencias dominantes para desregular los mercados con libre flujo de capitales y libertad empresarial, en tan-

8 Agencia Internacional de Energía (Estadísticas).

to maniobra política para favorecer el acceso irrestricto a los recursos y aprovechar el inmenso costo de las externalidades negativas sobre el entorno natural (la soja, por ejemplo, vale más que su precio ya que contiene muchísima agua, potasio, energía, etcétera). En segundo lugar, a contramano de lo que propician en términos globales, los países centrales tienden a elaborar una política decidida de protección de sus propias reservas y recursos, tal como realiza China con las tierras raras, poniéndose a resguardo de las consecuencias entrópicas de la naturaleza que ellos mismos gestan. En tercer lugar, la dinámica del mercado no es suficiente ya que no garantiza el suministro: la novedad es que las materias primas han dejado de quedar libradas a la eficacia del mercado para pasar a representar una “cuestión de Estado” o, más aún, como un problema de seguridad a ser asumido por bloques de poder que están produciendo una renovada concepción integral y categorías específicas (“bienes comunes”, “recursos naturales críticos”, “multicríticos”) para lograr un control directo de la oferta. En cuarto lugar, la necesidad que dispara el contexto global lleva al despliegue por parte de los países centrales de un abanico de estrategias nuevas: diplomáticas, presiones de organismos multilaterales, acuerdos comerciales (de libre cambio, de inversión, de cooperación, de construcción de infraestructura, etcétera), la utilización de tópicos ideológicos, la militarización lisa y llana. En este marco, América del Sur no solo debe enfrentar la libre explotación de las empresas, que en los hechos es el actor protagónico hoy por hoy, sino que los estados centrales han pasado a considerar los recursos parte del área de “interés nacional”, con más razón atendiendo a la articulación paulatina pero sostenida e intensa entre recursos, conflicto y militarización. Así, responder rápidamente a los cambios creados por el lugar cada vez más estratégico de la naturaleza es una necesidad global, de ahí la importancia de problematizar el nombre que posee en Sudamérica.

II. Commodities, materias primas y recursos naturales estratégicos

Desde hace siglos América Latina es considerada un reservorio plétórico de naturaleza virgen, podría incluso afirmarse que su historia colonial, bajo un influjo que aún persiste, estuvo signada por la sobre-extracción de materias primas. En efecto, más allá del color del poder político que gobernase cada uno de sus países, la tónica dominante en la división internacional del trabajo ha sido la de proveer productos no elaborados hacia los países desarrollados. El patrón de inserción sudamericano en la última década estuvo muy marcado por una fuerte dependencia de la extracción de recursos naturales. La consolidación de las actividades mineras, hidrocarbúricas, de agricultura intensiva, terminaron por diseñar un sendero de desarrollo escasamente diversificado bajo una elevada concentración del capital y subordinado a redes de valorización global. Con el paso del tiempo, comienzan a ser notorias las consecuencias deliberadamente peligrosas derivadas de la huella hídrica y ecológica, la contaminación ambiental, el disloque ecosistémico y la salud de la población general (Ganem *et al*, 2015). Se presenta constante la sombra del “principio Potosí”, esto es, esa imagen fatal del puente de plata hacia Europa levantado gracias al esfuerzo y los recursos emanados del corazón de América del Sur.

El sentido común corriente con el que se percibe la naturaleza no responde a este parámetro desolado y depredador, antes que nada porque atiende la vieja idea naturalista y reproductiva de “recursos renovables y no renovables”. La imagen, vale decir, resulta soportable porque es deudora de la antigua era de la inagotabilidad de la riqueza de la tierra. Ciertamente, hasta hace unos años este problema no aparecía en lo más mínimo como tal porque estaba dominado por la presunción cíclica, reproductiva, cerrada y autorregulable de los bienes naturales, que se postulaban infinitos con la misma seguridad inductiva de que mañana saldrá el sol. Así como el agua cae, luego se evapora gracias al calor y vuelve a caer a la tierra, las materias primas harían lo propio en

virtud de este proceso divino. En esta ecuación, si el oro valía más que el agua no era por simple estupidez humana –aunque la comporte– sino por razonable consideración de abundancia inagotable: de hecho, el nombre “técnico” era “recursos naturales inagotables”. Se trata de una realidad de tinte biologicista que ha caído en nuestra era. Digámoslo así: ya no podemos pensar a la antigua usanza, la finitud de los recursos vitales para la reproducción humana ha llegado para quedarse y, dado lo medular del problema, no existe estrategia seria de desarrollo que pueda desconsiderarla. Obviamente, la caída de la presunción infinita de los recursos se debe al despliegue voraz de la lógica del capital y su patrón de consumo, pero hay que mencionar que el “socialismo real” en ningún momento puso en juego esta premisa, al contrario, la Unión Soviética se desarrolló en gran parte gracias a la sobreexplotación de su acervo natural, hecho que prosigue sin freno en la actual Rusia.

Si en su acepción tradicional un recurso natural se define como “una determinada propiedad del medio que ha sido evaluada, esta es una acepción antropocéntrica (los recursos naturales se consideran en función de las capacidades humanas) y, evidentemente, histórica” (Urteaga, 1999: 441), adosado el prisma económico, los recursos eran una potencialidad o reserva que ofrecía la naturaleza para devenir en un bien, esto es, materias primas que gracias a un proceso productivo devenían en un producto elaborado o semielaborado. En este sentido, las materias primas eran el resultado de la explotación económica del recurso, eran ya un bien disponible para el mercado. Evidentemente, operaba aquí una taxonomía asociada al productivismo industrial. Si, por un lado, la división primera separaba los recursos naturales –aquellos donados abiertamente por la naturaleza– de los no-naturales; sobre ésta se yuxtaponía otra que los tipificaba materias primas propias de un proceso estrictamente económico de más largo aliento, en el que la incorporación de valor venía dada por la intervención de una actividad industrial que transformaba virtuosamente el puro orden de lo dado en un producto final y acabado: la mercancía X. Esta concepción, que aún

persevera en el sentido común, era solidaria a una división internacional del trabajo que discriminaba los países modernos de aquellos cuya función consistía en ser meros oferentes y subsidiarios de los primeros; confiaba en los bienes naturales como un don que emanaba desinteresada, constante y gratuitamente de la naturaleza, y sólo otorgaba valor a la materia prima, es decir, al recurso en su función económica, sin la cual carecía de existencia o de uso considerable.

No ajena a esta caracterización de índole estrictamente económica, pero operando en la situación actual y más *aggiornada* a la dinámica del mercado financiero, se encuentra la publicitada definición que hoy identifica a los recursos naturales como *commodities* o, en su acepción genérica, como “capital natural”. El sector financiero ha creado toda una batería de instrumentos para monetizar la naturaleza: bonos catástrofe, mercados de carbono, derivados de la naturaleza, hipotecas ambientales, entre otros productos financieros que se aprestan a generar ganancia de los riesgos que el capitalismo mismo desata (Keucheyan, 2016). Recientemente, Maristella Svampa sostuvo que un nuevo ciclo político económico había venido a instalarse en Latinoamérica, puesto que nos encontrábamos en medio del “consenso de los *commodities*”, considerados estos en términos amplios “como ‘productos indiferenciados cuyos precios se fijan internacionalmente’, o como ‘productos de fabricación, disponibilidad y demanda mundial, que tienen un rango de precios internacional y no requieren tecnología avanzada para su fabricación y procesamiento’”. Las lógicas territoriales de las corporaciones y las élites económicas se enmarcarían en un paradigma economicista, el de la producción de *commodities*, dirigiéndose a transformar los espacios donde se encuentran los bienes naturales en territorios eficientes y productivos, ampliando siempre la frontera de extracción (Svampa, 2013: 31). En este sentido, nos alejamos de la concepción clásica que equipara bienes naturales a materias primas. Empero, es peor aún puesto que estamos frente a un activo emparentado con la lógica financiera y que llama a aprovecharse rapazmente de su precio, explotando al máximo las “ventajas comparativas”

que ofrecen nuevas o viejas economías de enclave. El extendido ingreso de la lógica financiera al campo de la naturaleza es una de las mayores novedades recientes.

En el otro espectro del arco político, resulta preciso hacer una mención respecto de una extendida mirada que apunta a ver a los recursos naturales como “bienes comunes”. Este apelativo es sin dudas importante, dado que es sostenido por movimientos sociales y altermundistas; una idea-fuerza que nutre gran parte de los horizontes de expectativas y construcción de una economía ecológica o la chance de vislumbrar la consolidación de un ecosocialismo. En efecto, tal como menciona Giovanna Ricoveri en *Commons vs commodities*, ellos serían “la columna vertebral de un orden social alternativo” dado que se basarían en la cooperación más que en la competencia, su utilización sería colectiva (ni privada ni pública) y sostenible, promoviendo la democracia directa; “en resumen, que proporcionan bienes y servicios que no se convierten en mercancías que se intercambian en el mercado capitalista” (Ricoveri, 2011: 1). Siendo así, el valor de los bienes comunes consistiría precisamente en estar más allá de la cuantificación, puesto que exceden cualquier connotación utilitarista o mercantil y los embarga una dimensión común de la propiedad bajo una fuerte carga ético-política. Atendiendo a esta definición, la problematización de los recursos naturales en tanto bienes comunes requiere un análisis específico y amplio que excede el presente escrito. Hoy por hoy, permítasenos plantear una serie de interrogantes sobre su utilidad. En primer lugar, en términos operativos la noción de bienes comunes es tan abarcativa que sobrepasa la delimitación propia de los recursos naturales, puesto que una carretera asfaltada o un sistema de transporte también pueden serlo. En segundo lugar, en términos de precisión conceptual y en cierta relación con lo anterior, en rigor no existe bien que no sea común, justamente el capital opera ideológicamente borrando esta evidencia. En tercer lugar, en su apariencia general dentro del campo ideológico, hay ciertos bienes que naturalmente tienden a asociarse socialmente como comunes (el agua, el aire, paisajes, etcétera) pero hay

otros que más difícilmente puedan admitir resueltamente esta denominación, por ejemplo, un mineral como el litio es posible asociarlo rápidamente a su papel estratégico y, por tanto, a la necesidad de darle un tratamiento acorde, pero es más difícil que se conciba socialmente como un bien común. En cuarto lugar, ella parece habilitar que existan legítima y armónicamente bienes comunes de un lado y bienes privados del otro. Tal es así, y aquí radica realmente el peligro mayor, que los documentos de seguridad nacional de Estados Unidos o del Banco Mundial –como expusimos más arriba– caracterizan como “bienes comunes” aquellos que estarían al servicio de los intereses de las economías centrales; en este sentido, no hace falta siquiera enumerar la multitud de iniciativas de índole militar encaradas en nombre del interés general. De modo que el cuidado epistemológico con el que hay que manejarse en relación con la noción de bienes comunes es supremo. Dicho esto, no deja de ser cierto que entre la expansión irrefrenable del consumo y el despliegue automático del capital, la acción política contra-hegemónica no puede dejar de tener por horizonte el convertir los bienes en lo que en realidad son: un producto de la cooperación social y el trabajo común.

Llamar estratégicos a los recursos es, genealógicamente, una caracterización deudora de la tradición diplomático-militar que emergió con fuerza tras la Primera Guerra Mundial, la cual le asigna un valor excepcional a un recurso por tratarse de un problema propio de la “seguridad nacional”. La idea de recursos naturales como bienes estratégicos, señala Urteaga, cobró plena actualidad en los años que siguieron al conflicto bélico porque entorpeció el tráfico de materias primas, multiplicando los precios de la energía y los minerales. El giro proteccionista que le siguió y las rivalidades nacionales afianzaron la ecuación “recursos igual a poder”, mientras que la repentina crisis económica de los años treinta agudizó la autarquía y el nacionalismo, imponiéndose cuotas de importación, fijación de precios a las materias primas y nacionalización de compañías y sectores productivos. En aquellos años los recursos eran un símbolo

de la “soberanía nacional” (Urteaga, 1999). En este sentido, la denominación clásica de “estratégico” consideraba aquellos bienes que eran absolutamente básicos para el desarrollo y la independencia nacional, el petróleo fundamentalmente, pero también a los que permitían obtener rentas monopólicas y a los que orbitaban en torno a las necesidades prioritarias de índole técnico-militar (Chile declaró el litio como recurso estratégico hace muchos años, no porque aventurarse sería clave en el almacenamiento energético del siglo XXI sino porque lo era para el funcionamiento de la energía nuclear).

En la actualidad, asistimos a una reemergencia de la adjetivación de “estratégicos” para referirse a los recursos. Bajo ese halo denominativo, la caracterización contemporánea en realidad quiere reflejar la atención a las nuevas coordenadas del capitalismo mundial, que impone recategorizar algunos recursos que antes no merecían la más mínima atención o que podían considerarse como inagotables, siendo el agua un caso paradigmático (Abreu, 2010). Pero entendemos que ella ya no puede seguir conservando la clásica denominación anunciada exclusivamente desde el Estado a partir de una concepción que subraya sus aristas económico-militares como clave de la seguridad nacional y el desarrollo capitalista nacional. En paralelo, también de este lado del mundo ha resurgido de manera especular la percepción de que Sudamérica posee recursos estratégicos, denominación cada vez más en boga enunciada especialmente por los gobiernos progresistas, y que tiene como principal actor y lugar de concepción al Estado. Empero, resulta importante intentar clarificar una “zona gris”. Un síntoma de esta contradicción de estructura radica en la proliferación de imágenes contrapuestas, el reconocimiento de la necesidad de encarar un desarrollo “endógeno” para proteger la soberanía de las naciones, convive con la vía libre que gozan los capitales para explotar los recursos, con estructuras económicas basadas en la subsunción de la naturaleza al capital. Digamos entonces que esta contradicción es el síntoma de la ausencia de una política a futuro clara acerca de las estrategias de desarrollo,

soportada a su vez en una indefinición de lo que significan los recursos naturales en nuestra actualidad. En este punto es preciso aclarar que la UNASUR es una organización regional que ha intentado generar una política específica y activa hacia los recursos naturales estratégicos⁹.

Postulamos, entonces, que hoy por hoy es preciso realizar una torsión conceptual y asumir una noción más amplia e integral de recursos naturales estratégicos. Afirmamos que un recurso natural, para que sea estratégico, debe responder a las siguientes condiciones relativas a su valor de uso, por sí mismas suficientes: a) ser clave en el funcionamiento del modo de producción capitalista; b) y/o ser clave para el mantenimiento de la hegemonía regional y mundial; c) y/o ser clave para el despliegue de una economía verde o de posdesarrollo; y las siguientes condiciones relativas a su disponibilidad, de por sí necesarias: a) escaso –o relativamente escaso–; b) insustituible –o difícilmente sustituible–; y, c) desigualmente distribuido¹⁰. Seguidamente, un recurso estratégico impone de manera excluyente un protocolo de investigación-acción acerca de su situación actual y su proyección.

9 Véase: UNASUR (2015), *Estudio Prospectivo Sudamérica 2025*, Tomo 1, CEED-UNASUR, Buenos Aires.

10 Claro está, que una condición sea suficiente significa que basta que un recurso natural posea una de ellas para que sea estratégico, que sea necesaria supone que sólo si la posee puede catalogarse así. Asimismo, vale aclarar que hay recursos que pueden ser muy importantes para el desarrollo de las naciones o el consumo de la población, pero no son estratégicos sino esenciales; el aluminio, el hierro o el cemento se encuentran entre ellos, porque no son escasos ni insustituibles. Obviamente, un recurso natural estratégico reclama una mirada de escala global puesto que, entre otras cosas, puede serlo para un país y no para otro, o servir para alguna producción que lo requiere especialmente, convirtiéndolo en tal. Algunas de las características mencionadas en nuestra definición fueron postuladas por Gian Carlo Delgado, hemos agregado otras (Delgado Ramos, 2010).

Caracterización integral de recursos naturales estratégicos

<p>Temporalidad</p> <p>Dimensiones</p>	<p>Situación actual</p>	<p>Proyección</p>
<p>Económico-ambiental</p>	<ul style="list-style-type: none"> -Exploración, extracción, distribución, comercialización. -Actores económicos -Características ambientales -Criticidad (reservas, tasa de explotación y agotamiento, posibilidad de sustitución, proyección de consumo, importancia económica, etc.) 	<ul style="list-style-type: none"> -Potencial de desarrollo (valor en el mercado mundial, valor agregado, cadena de valor, cluster) -Potencial de posdesarrollo o economía verde y sustentabilidad fuerte. -Potencial de integración regional
<p>Sociopolítica-cultural</p>	<ul style="list-style-type: none"> -Actores socio-políticos (sociedad civil, sociedad política, local, nacional regional e internacional) -Connotaciones culturales -Marco legal 	<ul style="list-style-type: none"> -Política de articulación científica y tecnológica. -Democratización de acceso, gestión, disfrute y valorización cultural. -Producción de marcos legales.

Evidentemente, en la actualidad asistimos a una nueva “geografía de conflictos” (Klare, 2003, 2008) trazada por la existencia, explotación y transporte de los recursos naturales. Este panorama responde a la progresiva demanda mundial, a

las posibilidades de escasez significativa, al creciente valor en un patrón global de intercambios dinámico, al lugar que ocupan en la reproducción técnico-industrial –e incluso lo serán para los rubros tecnológicos más promisorios: biotecnología, nanotecnología, bioelectrónica y nuevos materiales–, al papel que cumplen en el ciclo reproductivo de los seres vivos y a su imbricación esencial con la defensa de la soberanía, entre otras causas propias de un planeta envuelto en un proceso de transición geopolítica y ecológica. Si tradicionalmente se asociaba los recursos estratégicos a una noción de “seguridad” que tenía entre sus exponentes al petróleo, gas, carbón, alimentos; hoy también debe considerarse la impronta ecológica y ambiental: reservorios de agua dulce, biodiversidad, aire limpio, bosques, “tierras raras”, litio, territorios “vacíos” y “semivacíos”, entre otros (hasta el viento tiene cada vez más valor). Mientras los primeros guardan la carga tradicional de tinte militarista en un contexto de perspectivas de desarrollo ilimitado, los últimos no sólo resultan necesarios para la reproducción y seguridad de un país, sino que atienden a los desafíos que impone el agotamiento de la energía fósil, la fisonomía de la nueva economía, la atención al bienestar de la población, así como a la gran transformación que reclama el cambio ambiental global. El abanico de recursos estratégicos se ha abierto de par en par para América del Sur y ya no son, por caso, sólo los recursos energéticos básicos, sino que buena parte de la dotación regional se ha vuelto vital para el mundo en un contexto de creciente interdependencia económica. Los minerales dominan la escena, pero en tanto síntoma de una creciente extensión: alimentos, tierras “vacías”, biodiversidad, bosques, agua. A su vez, responden tanto a la esfera económica como a la cultural o de la salud pública, de modo que su tratamiento también llama incluso a un enfoque multidisciplinario que recorra todos los ámbitos sociales, sea civil o del Estado; ya que la naturaleza habrá de verse como un patrimonio antes que como una simple materia prima.

Lógicamente, de nada sirve una definición en regla si no viene acompañada de una taxonomía certera, y de poco sirve una taxonomía precisa si no viene acompañada de una política

activa. Un recurso no es nada si no se tiene en cuenta su tipo de explotación, su inserción en el proceso social general, su papel en el ambiente natural, etcétera (tratar un recurso como simple *commodity* significa, precisamente, aislarlo en tanto mera mercancía cuando en verdad es un elemento de un sistema). Claro está, la adjetivación de estratégico debe tomar en consideración una multiescala acorde con una posición de enunciación también múltiple, ya que un recurso puede resultar estratégico tanto para la comunidad territorial que lo posee, como para estructuras de gobierno intermedias o provinciales, como para el Estado nacional, actores que, en el mejor de los casos, deben armonizar intereses (nuevamente, no lo harían si fuese un simple *commodity*, entonces cada cual buscaría sacar la mejor tajada, en un abanico desigual de capacidad de injerencia). Los recursos naturales son hoy tecnológicamente dinámicos, capaces de funcionar como base para el desarrollo, de modo que puede encararse una estrategia “aguas arriba” (hacia los inicios del proceso), “aguas abajo” (hacia el final) y también hacia los lados de las bases de recursos naturales, con otras cadenas laterales de valor, constituyéndose en redes dinámicas de producción e innovación (Perez, 2013). Esto no quiere decir que haya que desechar para siempre la tendencia decreciente en el precio relativo de los productos básicos ni asumir acríticamente un “dorado invertido” –creer en el valor inconmensurable de los recursos, una suerte de mito de la abundancia–, como tampoco que el propósito deba ser insertarse en una economía globalizada. Si los recursos son importantes es, justamente, porque lo son para el disfrute y el bienestar colectivo, siempre tras el horizonte de alcanzar la “equidad de recursos” (Martínez Alier, 2011).

Sumidos en un contexto en el que emergerán conflictos por el acceso, uso y explotación de los bienes naturales, se impone desplegar una proyección precisa, continua y previsible, que apunte a la gestión colectiva, a la industrialización, a solidificar una política científica y tecnológica que permita defender la pluri-soberanía de nuestro entorno vital. Debería, pues, afirmarse que los recursos naturales estratégicos son la

política activa que se haga con ellos, hasta tanto no será más que una bella definición idealista y un simple *commodity* en la práctica. Entremedio, sin una perspectiva de desarrollo que considere el carácter estratégico de los recursos, perdemos una oportunidad para utilizarlos de manera tal que permitan encarar un sostenido proyecto emancipador. En este sentido, es precisa una acción mancomunada de la región, puesto que el libre arbitrio de una puede volver obsoleto el trabajo de la otra. Por el contrario, un subcontinente integrado posee una amplia capacidad de negociación en función de ser un gran exportador, lo cual llama a su intervención en el mercado mundial para incidir en la formación de precios, en la presión por contar con tecnología; en suma, en función de elaborar proyectos que permitan sortear el destino sombrío que cae sobre el intercambio desigual.

La criticidad de los recursos es un valor relativo para Sudamérica, resulta mucho más imperioso conocer de qué modo pueden insertarse en una dinámica actual y futura de industrialización, de desarrollo real y sustentabilidad fuerte. En términos polares: si Europa acusa una política exterior de reaseguro de suministros, América del Sur debería desplegar una política autocentrada que garantice el bienestar social, la agregación local de valor y la viabilidad ecológica. Además de considerar su situación actual en tanto recurso, es imprescindible dar cuenta de su proyección. Como veremos para el caso del litio, la identificación del carácter estratégico requiere incorporar lineamientos técnicos e industriales que permitan pensarlo al interior de un modelo de posdesarrollo. Los recursos estratégicos trazan vecindades cada vez más intensas con el despliegue de nuevas fronteras tecnológicas locales y nuestra región debe prestarle especial atención a este vínculo “orgánico”.

III. El caso del litio en el Cono Sur

Sudamérica guarda en los salares del altiplano cantidades abundantes de litio, materia prima básica para la confección de los reservorios de energía y para las baterías de tracción

que serán medulares en una sociedad pos-fósil. Un teléfono celular, una *notebook*, una *tablet*, se desplazan gracias a la acumulación energética de las baterías Ion-litio y sin ellas un satélite no entraría en órbita o una nave espacial no sobreviviría. Naturalmente, millones de autos quemando combustible fósil alrededor del planeta podrían ser reemplazados por vehículos eléctricos o híbridos. La diferencia de precio entre la materia prima pura y la batería es significativa: una tonelada de carbonato de litio cuesta alrededor de 6.000 U\$D mientras que una batería de auto, que utiliza alrededor de 10 Kg., entre 10.000 y 20.000 U\$D. Pero la potencialidad del litio no termina aquí: la transición hacia un sistema energético sustentable requerirá interminables acumuladores de energía. Una sociedad basada en fuentes alternativas deberá contar con módulos de almacenamiento descentralizados, con sistemas de movilidad pública y eléctrica, con redes inteligentes que calculen la energía que utiliza, almacena y produce un hogar, y para todo ello también servirán las baterías de litio. En otras palabras, las baterías de litio tienen un papel medular que cumplir en el recambio profundo de paradigma que encara la transición energética¹¹.

El caso paradigmático de un recurso natural estratégico es el de las “tierras raras”, imprescindibles en la tecnología de punta, de cantidades módicas y controladas casi en un 100% por China. Por un lado, no hay dudas de que el litio es clave para el funcionamiento del modo de producción capitalista, el mantenimiento de la hegemonía regional y mundial, y el despliegue de una economía verde o de posdesarrollo. Por otro

11 En el presente escrito hemos procurado exponer una serie de ideas centrales que incumben a la “cuestión litio” en Sudamérica. De interesarse por un despliegue más específico y pormenorizado puede consultarse la obra colectiva producida por el Grupo de Estudios en Geopolítica y Bienes Naturales (IELAC-UBA): Fornillo, Bruno (coord) (2015a) *Geopolítica del litio. Industria, ciencia y energía en Argentina*, El Colectivo-CLACSO, Buenos Aires. Disponible en: www.clacso.org.ar. Para una discusión acerca del carácter del litio como Recurso Natural Estratégico y de la potencial “renta” de la materia prima, véase: Fornillo, Bruno (2015b) “El Mito del litio y el Modelo de Desarrollo” en: *Realidad Económica*, Número 295, IADE, Buenos Aires. Disponible en www.iade.org.ar.

lado, el litio no es escaso pues se esparce de un modo muy generoso, es el 27° mineral más abundante del planeta y se encuentra adosado a otros 150 minerales; hay litio en el mar –230 millones de toneladas en océanos frente a 14 millones en tierra–, es decir, el 70% de todo el planeta contiene litio. Sin embargo, más allá de que no sea escaso, existe la posibilidad de que esté concentrado en un puñado de países que entonces podrían controlarlo. Sin embargo, el litio está distribuido desigualmente (hay en Brasil, China, Rusia, EEUU –el doble que en la Argentina–, Australia, entre muchos otros), de modo que los países y bloques regionales dominantes poseen reservas e incluso Corea ya experimenta cómo extraerlo del mar. Cada país con costa marítima tiene acceso potencial a reservas de litio, por lo cual es uno de los minerales más “desigualmente distribuidos” del mundo. Hay minerales estratégicos en los acumuladores igualmente difíciles de conseguir que el litio: cuando la Unión Europea midió la criticidad de los minerales, el litio poseía un riesgo de 0,7 y el cobalto de 1,1 en un registro ascendente que va de 0 a 5, y este último es tan necesario como el litio (GT Ad-hoc, 2010). En definitiva, el nivel estratégico del litio está en estrecha consonancia con su proyección técnica, industrial y energética.

La abundante posesión del litio en los países de la puna (65% de las reservas mundiales) despierta la ilusión de ejercer una influencia significativa en el mercado de la materia prima así como de producir las complejas baterías de Ion-litio. Acorde con este anhelo, pulularon las visiones de que aquí se gesta la “Arabia Saudita del litio”, asegurando a unos pocos países –Argentina, Bolivia, Chile– ser los privilegiados poseedores del “oro blanco” o del “petróleo del siglo XXI”. Realicemos un breve repaso de las explotaciones de litio activas en el Cono Sur, es decir, del eslabón inicial de la cadena. Por ahora, el interés de Chile radica en exportar la materia prima en su estado primario, buscando controlar el precio y el mercado (son el principal exportador del mundo de carbonato de litio, seguidos por Australia y luego Argentina) y no muestra intención de realizar la batería ni tampoco de construir una suerte de “OPEP del litio” u “OPROLI” (Organización de los Países

Productores de Litio). En este sentido, Chile está más cerca del libre mercado que propicia la Alianza para el Pacífico que de los perfiles protectores más comunes en el MERCOSUR.

En el caso Argentino, desde 1998 se encuentra radicada FMC Corporation en la provincia de Catamarca, que exporta 17.000 toneladas anuales de carbonato de litio; y en el año 2014 entró en producción el Salar de Olaroz, propiedad de la empresa minera australiana Orocobre y de la empresa estatal de la provincia de Jujuy JEMSE, que posee un 8,5% de la explotación. En torno a la explotación de los salares, la Argentina se rige por el privatista “código de minería” y no duda en ponderar con buenos ojos la iniciativa de empresas extranjeras (vale mencionar, sí, que al menos la provincia de Jujuy ha sabido declarar al litio Recurso Natural Estratégico). No dejemos de mencionar que en los casos de Argentina y Chile, la participación de comunidades originarias son prácticamente nulas, pese a que los salares se encuentran en pueblos altiplánicos capaces de contar su tiempo en milenios.

Por último, lo que acontece en Bolivia es bastante más interesante, puesto que el gobierno plurinacional ha decidido mantener un férreo control sobre la mitad de las reservas mundiales de litio en salmuera hasta lograr confeccionar la batería. Hoy por hoy, para lograrlo se encuentra investigando sus propios modos de extraer litio, tarea que no le está resultando del todo fácil dado que es técnicamente más difícil que en los países vecinos por su menor concentración general y por las frecuentes precipitaciones que retrasan la concentración por evaporación. Siendo así, la planta piloto anunciada que produciría litio y potasio no entró aún en operaciones. El plan de negocios del litio en Bolivia supone un control del Estado en toda la cadena, sólo asociándose en la etapa de producción de baterías con empresas extranjeras. Claro está, todo lo que contribuya a niveles de mayor integración sudamericana será un buen augurio, pero la clave de la energía del litio para combatir el cambio ambiental global y atisbar nuevas vías de desarrollo no está solamente en el simple control de la materia prima, sino ante todo en avanzar en la fabricación de las baterías.

El sustrato del valor de la batería se encuentra en escalar en la capacidad científico-tecnológica-industrial capaz de producirla. Sobresale, por tanto, la capacidad del “conocimiento”, herramienta fundamental del “trabajo vivo”, puesto que entremedio del litio y la batería hay una cantidad descomunal de innovación científico-técnico-industrial que la hace posible. La ganancia se halla en lograr baterías más flexibles, livianas, seguras, pequeñas, potentes, duraderas y, sobre todo, posibles. Si la tecnología del litio no se consolida y predominan las de hidrógeno por ejemplo, igualmente servirá haberse concentrado en el campo de la investigación-producción de baterías, porque se cimienta el conocimiento técnico-industrial que requiere la maduración de cualquier desarrollo, sea de litio o no, con capacidad de adaptación cualitativa y cuantitativamente muy amplias. Cuando un país se proyecta en el horizonte de una tecnología de este calibre no sólo se posiciona en ella, sino que también permanece abierto a todas las técnicas productivas por venir, abriendo una frontera virtualmente interminable. El campo de conocimiento de las baterías permite apuntalar una robusta agregación de valor y concebir una soberanía en materia de ciencia, tecnología e innovación.

Sólo generar las baterías en la región podría representar un paso muy grande: se contaría con el desarrollo, se estaría en el mercado, encaminaría a la independencia tecnológica, se consolidaría el sentido de los recursos hacia la investigación y, una vez que la industria “despegue”, las posibilidades se abrirían. En sí, el valor adosado de las actividades que dinamiza la industria de la batería son mayores que los que pueda llegar a producir la minería primaria, otorgando una densidad nacional cualitativa y cuantitativa a nivel industrial-productivo. Más aún: colabora en completar los cuadros vacantes de la matriz insumo-producto para ser un país con crecimiento industrial autosostenido. Es decir, se trata de una soberanía económica y productiva, pero no se trata solo de ello, bajo una perspectiva únicamente industrialista, las baterías de ion-litio permiten dar un paso más.

Las células de energía están en el corazón de la transición energética encaminada a incorporar el vector renovable en el sistema energético. Estamos hablando de una transformación energética pasible de alojar la producción ciudadana de energía, gestada autónomamente por unidades particulares, comunidades, etcétera, y para eso se requerirán baterías de litio que regulen las redes de energía y gestionen lo que consume, produce y almacena un hogar, por ejemplo. Estas redes podrían transformar el sistema energético, es decir, modificar la actual concentración de la producción en grandes compañías y democratizar el sistema. Es por ello que el mercado de las baterías de almacenamiento se proyecta tan amplio como el de las baterías de automóviles. Esta transición energética conlleva una transformación de la infraestructura energética, la creación de trabajo, la modificación del sistema de transporte, la estructuración de una economía de posdesarrollo. Aquí, las baterías de litio sí podrían formar parte central de un sistema energético completamente renovado que reemplace la combustión fósil, estructura que deberá cumplir un papel relativamente similar al “motor” que representa el petróleo. Estamos hablando de una proyección vinculada a la soberanía energética, la soberanía ambiental y ecológica. En resumen, es gracias a las baterías de litio que se abre la posibilidad de participar del patrón tecnológico-industrial naciente, del vector energético sustentable próximo, y de un mercado potencial muy significativo, para así combatir el cambio climático y contribuir a modelos creativos de posdesarrollo.

IV. Recurso estratégico e industria energética como vía al posdesarrollo

Si los problemas a los que se enfrenta una estrategia conjunta en el Cono Sur respecto a la comercialización del recurso no son menores, tampoco los son los que se yerguen sobre las chances de una industria del litio abocada a la fabricación de baterías. En términos generales, no existe en el planeta una batería de litio absolutamente probada que sea capaz de posibilitar una *performance* análoga a la que brin-

dan los combustibles fósiles, al punto de que sea posible reemplazarlos sin más. Y esto debido a que las actuales tienen una potencia menor que la combustión fósil, una autonomía máxima discreta (entre 100 y 250 km), requieren un tiempo de carga holgado, son bastante grandes y pesadas, y corren el riesgo para nada inocuo de incendiarse. A causa de ello, los países centrales están destinando amplias sumas de capital a paliar estos defectos. Realizar una batería de litio requiere de múltiples pasos, de los cuales la región apenas ha llevado adelante el más básico: contar con carbonato de litio, y en cierta medida ha llevado adelante el último. Más específicamente: de la nada a la batería existen, al menos, cuatro pasos básicos: 1) contar con los elementos “químicos”, el litio entre ellos es estratégico; 2) el procesamiento de esos químicos, lo que podríamos llamar el pasaje del “carbonato de litio a los compuestos”, esto es, contar con las sales, entre otros elementos químicos que se precisan para la emulsión que contiene la batería; 3) producir los elementos “físicos” de los acumuladores, el “corazón” de la batería. Se requiere, por ejemplo, realizar las celdas, lo cual demanda “insumos estratégicos” como los separadores, de muy difícil composición; 4) el ensamblado final de la batería. Como mencionamos, nuestra región está en condiciones de llevar adelante en términos industriales el primero y el último, pero no los medulares y más difíciles¹².

12 Ciertamente, de realizar los pasos críticos y nucleares de la batería (los puntos 2 y 3) se contaría con una batería producida en la región, pero para dar al menos uno de ellos se necesita a) maquinaria muy sofisticada y capacidad técnica; b) conocimiento científico y utilización, creación o “ingeniería reversa” de patentes, que los países centrales cuidan con celo –un empresario chino le confesó a un científico argentino “Nosotros nunca les vamos a dar las licencias para fabricar las baterías”–; c) claro está, se necesita capital para invertir –aunque la sumas no son astronómicas–. No obstante, la realización del proceso no culmina con la feliz presencia de la batería. Suponiendo que una buena ecuación pueda permitir fabricarla localmente, hay que crear las condiciones de un mercado dispuesto a adquirirlas. De superar todos estos obstáculos se habría consolidado la industria de la producción de baterías en Sudamérica. Es evidente que los problemas no son menores, aunque eso no quita que sea, por lejos, el escenario más interesante.

Pese a contar con la mayor cantidad de reservas probadas y económicamente rentables, Argentina, Bolivia y Chile tienen todavía un trayecto por recorrer. En este sentido, es necesario brindar un mínimo panorama de las políticas públicas desplegadas en los tres países del Cono Sur en torno al pasaje del “litio a las baterías”. Ya dijimos que Chile no muestra especial interés en confeccionar baterías, es un país de tradición minera y lo cierto es que no posee actualmente capacidad técnica de peso, por ello prefiere comprarlas al bajo precio que le ofrece su mercado desregulado, al margen de que no cuenta con una gran demanda. Así, su negativa a realizar una estrategia fuerte de agregado de valor es correlativa a las políticas neoliberales del país andino. Chile lleva adelante una experiencia sencilla: no proponerse un agregado de valor sustancial. Sin embargo, la entrada fuerte en producción de Argentina y Australia, y los escándalos de corrupción asociados a las empresas transnacionales ligadas a la extracción, han llevado a que comience a advertir que esta estrategia debe convivir con otra dirigida a ascender en la cadena productiva y a un mayor control estatal de la explotación litífera¹³.

Bolivia sí se ha propuesto alcanzar la confección de acumuladores de energía. La estrategia de industrialización se ha inclinado cada vez más hacia la articulación con socios extranjeros pero de manera errática. La asociación con la coreana Kores-Posco en el año 2012 parecía provechosa puesto que es una de las mayores empresas de producción de baterías y se mostraba dispuesta a realizar una importante transferencia tecnológica. Sin embargo, esta “sociedad” se encuentra en riesgo por un problema de patentes y diferencias respecto al control del recurso, motivo por el cual la empresa tendrá una presencia extractiva mayor en Argentina, particularmente en el Salar Cauchari-Olaroz. Entre tanto, Bolivia ha comprado una planta piloto de

13 Durante el año 2015 se formó una “Comisión Nacional del Litio”, que produjo un informe en el que recomendaba al poder ejecutivo que el Estado tenga una presencia mayor en las tenencias de litio, aún asociándose con empresas privadas, y que apunte las cadenas de valor (Comisión Nacional del Litio, 2015).

producción de acumuladores a una empresa China -Linyi Gelon New Battery Materials Co- y realizado un convenio con Holanda, que le proveerá formación y un laboratorio “llave en mano”¹⁴. El problema con el que se topan estos intentos reside en una suerte de “fetichismo de la fábrica”, debido a que no es suficiente con ella sin el “entorno comercial” y el “entorno científico-técnico” en el que debe inscribirse para operar con eficacia. A la postre, entre las desafíos a superar por parte del país andino-amazónico se encuentran la ausencia de capacidad técnica local, de suficiente capital, de mercado para las baterías, todo lo cual no desmerece el destino que se ha trazado: la alternativa contraria a ser mero productor de materias primas, proyecto que desde el lejano Potosí se ha probado sucesivas veces en el país con resultados siempre evidentes.

Por su parte, la industrialización del litio ha sido un objetivo importante del Estado nacional en la Argentina. En torno al año 2011 se constituyó una comisión interministerial que ofició de articuladora entre una serie de científicos que se dedicaban a la investigación de las baterías de litio, una empresa interesada en producirlas (Pla-ka) y un mercado potencial en la provisión de baterías para el programa “Conectar Igualdad”, que distribuía computadoras en las escuelas medias del país. Lamentablemente, esta apuesta –de múltiples vericuetos que resulta ocioso describir aquí– no llegó a buen puerto, fundamentalmente porque no se logró abastecer a las empresas proveedoras de las computadoras. Tras este traspie inicial entró en juego la empresa YPF Tecnología, constituida por la petrolera recientemente nacionalizada YPF y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. El conjunto de

14 El acuerdo establecido con Holanda supone que la Universidad Técnica de Delft capacitará a profesionales bolivianos que trabajarán en un laboratorio para el desarrollo de baterías; la empresa holandesa BTI -Energy Innovators- será la encargada de diseñar y construir la fábrica; el Da Vinci Laboratory Solutions apoyará en la organización del laboratorio; la consultora Boon coordinará los esfuerzos de los diferentes socios. Se dice que Bolivia pagará 45 millones de dólares por el laboratorio, la fábrica y la asistencia técnica.

científicos que más saben de la producción de baterías han mudado sus investigaciones a esta nueva empresa. Empero, más allá de los loables intentos del ala científica, se mantiene pendiente asumir una política de Estado planificada, coordinada, interdisciplinaria y consensuada que permita superar los obstáculos recurrentes con los que se han topado las tentativas existentes. En el despliegue de una política pública activa reside una clave central, porque en Argentina se cuenta con empresas de experiencia en el rubro del ensamblaje de baterías; “producción” de artefactos eléctricos demandantes de acumuladores (netbooks, celulares, etcétera); rubros promisorios (baterías de litio para bicicletas, motos, autos, molinos eólicos, paneles solares, etcétera); un entramado científico en funcionamiento; un área política que puede coligarse para alcanzar objetivos. En suma, existen ciertas condiciones estructurales de un entorno científico, económico y político que puede alojar las chances de realizar las baterías.

A nivel global, a la hora de la agregación de valor del litio, talla en producción, tecnología e innovación el sudeste asiático, EEUU y pocos países europeos, cada vez más cercados por la competencia de “oriente”. Los países dominantes, así como sus empresas insignia, no poseen ningún interés en descentralizar procesos productivos, tecnología y conocimiento de punta. Más bien sucede todo lo contrario, realizan grandes esfuerzos por impedir la pérdida de control de estos procesos productivos ya que el grueso de las ganancias proviene de la innovación, es decir, de aquellas mercancías situadas en la frontera tecnológica que les permite “copar” porciones de mercado (Miguez y Sztulwark 2012). ¿Pueden acaso calcularse las ganancias extraordinarias que depararía un auto eléctrico pasible de ser vendido a un precio competitivo comparado con un auto regular? A raíz de esta situación, lo único que descentralizan es tecnología obsoleta o en vías de serlo. No es por la vía de la “seducción” a los gigantes globales que tendremos en el hemisferio sur baterías, o partes de ella. Aunque es posible que sea preciso realizar algún tipo de vinculación para “completar” un proceso local y en este punto aparecen

diversas opciones, donde China se perfila como el país más receptivo. Igualmente, una cosa es una producción en manos de una empresa transnacional y otra un proceso tecnológico de fuerte raigambre local, por ello hay que prestarle una atención prioritaria a la “frontera tecnológica local”, es decir, considerar las necesidades, condiciones, problemas y proyecciones de nuestro propio entorno.

En este marco, resulta preciso hablar del “Litio en Sudamérica” ya que, en el mejor de los casos, cada país hace sus mejores intentos; Argentina, por ejemplo, podría llegar a fabricar baterías de litio, pero el mercado local no es tan amplio y le sería muy difícil competir a nivel internacional. Potencialmente, a la hora de pensar en la posibilidad de generar un entramado mercantil que soporte la demanda de baterías y un entorno científico-técnico que acompañe, sería deseable trazar una estrategia regional que incluya a Brasil, enarbolando una política de carácter subcontinental. Aunque este escenario es a largo plazo, por esta vía es posible pensar en un mercado potencial de baterías suficientemente amplio, en más estados, con más recursos, en una plataforma industrial exportadora todavía fuerte, en la oportunidad de dividir y acoplar procesos de fabricación; en suma, existiría la chance de pensar en una economía de escala en la fabricación que permita dinamizar el mercado regional. Al igual que en otros rubros, la integración se presenta como una de las vías más dignas que pueden encararse.

Digamos, finalmente, que las baterías de litio se inscriben en el interior de la transición hacia un nuevo paradigma energético que deberá ser sustentable, renovable y eficiente, y quizás ningún recurso da cuenta como el litio del recorrido que habría que encarar para con todo el campo energético. Ciertamente, en esta transición poseen un lugar privilegiado todas aquellas fuentes primarias alternativas como la energía eólica, la solar, la hidráulica, entre tantas otras, que también podrían ser objeto de una sinergia virtuosa que articule política, ciencia e industria. En efecto, este impulso debería representar la fuente de crecimiento de una nueva industria capaz de generar múltiples encadenamientos, incorporar

nuevas innovaciones y tecnologías, y sentar las bases de un crecimiento energético regional endógeno. Pero no se trata solamente de un “desarrollo sustentable”, de un capitalismo verde o de un cambio centrado solamente en la modificación de la matriz; estas oportunidades adquirirán pleno sentido al interior de una política destinada a descentralizar, desconcentrar y democratizar la totalidad del sistema energético. De ser así, el cúmulo de desafíos que trae consigo la “cuestión energética” bien puede ser la punta de lanza para motorizar alternativas al desarrollo, trazando una ruta hacia el posdesarrollo, dada la importancia medular que tiene la irrigación energética en nuestras sociedades, problemática que abordamos holgadamente en el próximo capítulo.

Transición energética. Matriz básica y fuentes renovables

Durante los 250 años que transcurren desde fines del siglo XIX hasta mediados de nuestra centuria, se habrá vivido en un pequeño “oasis” en la historia humana. Los países en verdad extraen el petróleo, no lo producen, porque fue pródigamente generado por la gran fuente madre: el sol. La leña –describe Honty– es efecto de la fotosíntesis de las plantas y los árboles; los combustibles fósiles (petróleo, gas, carbón) son la descomposición de animales y plantas que acumularon energía solar durante millones de años; el viento cambia su velocidad por las diferencias de presión vinculadas al frío y al calor; y la fuerza del agua es efecto de la reproducción equilibrada de los ecosistemas. Las excepciones son la geotermia (energía que proviene del centro de la tierra), la energía mareomotriz (ligada a la gravitación que ejerce la luna) y la nuclear (“contenida” en minerales, especialmente el uranio). La energía se transforma y la humanidad ha estado aprovechando en este breve lapso de tiempo el “capital solar” acumulado durante millones de años, lo cual podrá durar, aproximadamente, medio siglo más (Honty, 2013). Siendo así, una parte neurálgica de la civilización contemporánea –tal cual ha sido experimentada en términos histórico-sociales– está presta a alcanzar su límite.

Entre tanto, un nuevo orden energético mundial se fue instalado: aumento de la demanda de las economías de Asia-Pacífico, consecuencias ecológicas de su explotación

(el combustible fósil representa el 56% de las emisiones de gases de efecto invernadero del planeta), restricciones sobre el otrora “fácil acceso” (por “contracción de recursos”, concentración de la oferta y baja en la tasa de retorno energético), son apenas algunas de las coordenadas del imprevisible escenario actual¹. En una dimensión nuclear del conflicto desatado por la multipolarización del poder global se encuentra la extensión del dominio sobre las fuentes de energía y la carrera por las innovaciones en tecnología energética que faciliten mayores márgenes de maniobra. La violencia en Medio Oriente, las disputas en el Mar de China, el conflicto en Ucrania, la vinculación entre Rusia y China, la explotación de combustible no convencional en Estados Unidos, los reclamos de soberanía en el Ártico, la reinjerencia colonial europea en África, representan una enumeración incompleta de la sed que desatan los recursos que acompañan el empuje de las fuerzas productivas².

1 La “tasa de retorno” es la energía que se necesita para obtener energía. Aunque existen diferencias en cuanto a su número exacto, por cada unidad utilizada para extraer petróleo se producen 100 unidades de energía hasta 1970, los hidrocarburos no convencionales generan 10, la hidroeléctrica entre 50 y 250, la eólica entre 5 y 80, la solar entre 3 y 9 (Elliott, 2003). Otros elementos a tener en cuenta en el nuevo “(des)orden” energético mundial son: a) la aparición de nuevos actores y la modificación del rol de los viejos (consolidación de las *National Oil Companies*, transnacionalización de las empresas, intervención de los gobiernos); b) continua expansión de la demanda energética mundial; c) intensificación de “zonas calientes” o estratégicas; d) cambios en el patrón de flujos debido al surgimiento de nuevas rutas marítimas mundiales; e) aumento de tensión entre productores y consumidores; f) volatilidad de los precios; y, g) búsqueda de fuentes alternativas, lo cual también aumenta la importancia de la variable tecnológica (Servín, 2012).

2 A modo ilustrativo, los niveles de producción mundiales medidos en quadrillon de BTU (*British Thermal Unit*) durante el año 2010 fueron los siguientes: Asia y Oceanía 153,92039, Norte América 101,92857, Eurasia 70,25267, Medio Oriente 69,84142, Europa 45,37886, África 43,25518, América Central y Sudamérica 30,39229. Con el propósito de alivianar la lectura, dado que la temática energética requiere exponer un número significativo de datos, hemos optado por no referenciar la fuente para casi la totalidad de las cifras que parten de documentos oficiales, los cuales sí hemos consignado en el apartado bibliográfico.

Paralelamente, la “ecuación energética” se constituyó en una problemática global porque ese mismo modelo soportado en el consumo de combustibles fósiles finitos no solo acusa un límite cercano sino también peligroso (Klare, 2008). Además de acortarse la disponibilidad del recurso, en un escenario global de “continuidad de políticas” para el año 2035 la temperatura del planeta habrá aumentado 6 grados, cuyas consecuencias serían deliberadamente negativas. Solamente una reducción de la demanda, el consumo de un tercio de las reservas probadas de combustibles fósiles, una caída acelerada y sostenida de la intensidad energética (cantidad de energía que se precisa para producir x puntos del PBI) y un decaimiento de la emisión de CO² (la mitad de las del año 1990 para 2050), permitiría esperar un escenario en el que la temperatura aumentase “apenas” los 2 grados tolerables en la reproducción natural de los ecosistemas (AIE, 2011). La situación de la energía, atezada por presiones simultáneas, alumbró sobre la geopolítica global de hoy y es una causa central del cambio ambiental global, así como una palanca clave de su solución.

Dentro de las economías de los países de América del Sur, la “cuestión energética” ocupa un lugar totalmente medular, mucho más destacado de lo que usualmente se considera. Un país como Venezuela es un gigante exportador de petróleo y posee una de las mayores reservas del planeta; Ecuador y Colombia también viven del petróleo (que representa más del 50% de sus exportaciones)³; Brasil acaba de descubrir cuantiosas reservas de “oro negro” en las capas pre-sal del Mar Atlántico y, aunque tenga dificultades para extraerlas, sus sueños de grandeza descansan en ellas; Paraguay es un gran exportador de energía hidroeléctrica a sus vecinos (es su segundo producto -23%-); la Argentina atraviesa una crisis de difícil resolución, dado que cuenta con amplios reservorios de combustibles no convencionales, con costos y riesgos ecológicos muy altos, al tiempo que su balanza energética comenzó a ser altamente deficitaria; Bolivia tiene serias dificultades para abastecer regularmente a su población,

3 Trademap (Estadísticas).

pero la exportación de gas a sus mayores vecinos es su principal fuente de divisas; solo Uruguay y Chile son grandes importadores al carecer de generación propia de peso. Aunque no es sencillo dar por sentada una situación unívoca, y estando obligados a ser cautos con las generalizaciones, es evidente que el modo como se aborde la problemática energética incide de manera decisiva en el perfil económico y sociopolítico de la región.

En el mejor de los casos, históricamente la energía se consideraba en Sudamérica un insumo para el desarrollo general, la soberanía y la industrialización, por ello había que sostener de manera constante la oferta y asegurar su control. Hoy, el modo en cómo se aborde la “cuestión energética” no solo repercute en los márgenes de soberanía y en los alcances de la independencia económica, sino que puede abrir un vía para aprovechar el altísimo potencial en energías renovables, modificar los patrones de consumo, desarrollar nuevas industrias tecnológicas y acrecentar las esferas de igualdad, para así encaminarse hacia una transición energética que apunte modelos de posdesarrollo creativos y ecológicamente sustentables. En este sentido, no se trata simplemente de una disquisición técnica, meramente económica o restringida a medir su contribución al cambio climático, ya que las dimensiones ecológicas, socioeconómicas y políticas de la energía son vitales.

Este capítulo busca adentrarse en la siguiente pregunta: ¿De qué manera los países Sudamericanos encaran la actual transición energética, particularmente Argentina y Brasil? Para allanar su respuesta, brindamos primero un panorama general, luego damos cuenta del lugar actual de las energías renovables en la matriz energética general de ambos países, así como la potencialidad que contienen. En una segunda, repasamos más específicamente las políticas de Estado y otros actores significativos a la luz de las proyecciones futuras, para finalmente aportar algunas conclusiones, siempre subentendidos por el horizonte de una transformación profunda, esto es, el pasaje hacia sociedades equitativas y energéticamente autosostenibles.

I. Energía-mundo y perfil sudamericano

A nivel global, los países centrales poseen diferentes perspectivas respecto al modo en cómo se posicionan frente a la transición energética (*Energiewende*). El término nace a fines de los años setenta del siglo pasado como un intento de quienes se oponían a la energía nuclear germana de mostrar que era tan necesario como posible un mundo basado en las energías renovables, es decir, aquellas que se obtienen de fuentes naturales (viento, agua, biomasa -materia orgánica-, etcétera), que se regeneran en forma constante de manera natural, o que pueden considerarse inagotables a escala humana, únicas sustentables⁴. Estados Unidos, pese a contar con una gran cantidad y diversidad de fuentes alternativas, se concentra en el rumbo del negocio y la seguridad energética explotando sus combustibles no convencionales, Rusia es un pulmón energético tradicional y Francia sobresale en la energía nuclear (en el año 2013, el 74% del total de su generación eléctrica partía de sus 57 centrales)⁵. Dos son los países que en mayor medida se singularizan por el modo en cómo encaran la transición. Alemania cuenta con 25.000 rotores eólicos y 1.400.000 paneles solares que ofrecen en promedio el 30% de toda la energía eléctrica. Pero resulta muy interesante que ella es producida por la ciudadanía en más del 50% (los cuatro grandes consorcios sólo manejan el 7%) y genera 400.000

4 La taxonomía de las energías primarias -aquellas disponibles en la naturaleza antes de ser convertidas o transformadas- es la siguiente: 1) No renovables: tienen un stock finito en la naturaleza (petróleo, gas natural, carbón mineral y uranio); 2) Renovables: en tanto atributo de la fuente, es una forma de la energía que por su naturaleza fluye continuamente en la biosfera (eólica, solar, hidráulica, etcétera; que básicamente producen electricidad); 3) Limpias: fuentes que no producen efluentes líquidos o gaseosos contaminantes en su proceso de aprovechamiento (la nuclear o la hidráulica suelen ubicarse en esta categoría); 4) Alternativas: son aquellas que no están presentes en la matriz energética de un país, aunque tiende a referirse a las renovables y sustentables; 5) Sustentables: condición dependiente de su forma de apropiación. No todas las fuentes renovables son sustentables (por ejemplo: el proceso de recolección de la leña de bosques naturales debe garantizar el ciclo de reproducción). (Honty, 2013: 132-133)

5 Agencia Internacional de Energía (Estadísticas).

empleos. Asimismo, el plan de transición energética supone que el 80% de la electricidad que consuma en el año 2050 provendrá de fuentes renovables (Müller, s/d). Es verdad que Alemania no posee cantidades sustanciales de energías fósiles de peso (ni gas ni petróleo), que teme la dependencia del gas ruso y que su capacidad de capital y tecnología les facilita mucho estas iniciativas, pero lo cierto es que se trata de un país que a la crisis ecológica global le opone un proyecto societal igual de ambicioso. Por su parte, China –gran responsable del aumento del consumo mundial de energía– es una locomotora que funciona en buena parte aspirando petróleo y quemando carbón (barato, abundante y altamente contaminante). No casualmente, entre el 2005 y el 2014, el 45,5% de la inversión exterior del “Gran Dragón” fue destinada a proyectos energéticos⁶. Con todo, en los últimos años desplegó un ambicioso plan de renovación ya que destinó cuantiosos recursos para promover lo que denominan “energía limpia”, bajo el propósito de lograr una mayor independencia y soberanía energética, aminorar su dependencia de los combustibles fósiles, proteger el medioambiente, acceder a nueva tecnología y participar de su mercado (proyecta duplicar la exportación de “tecnología e industria verde” para el 2030 alcanzando los 400 mil millones de dólares –Martínez, 2015–). Los resultados son sorprendentes: tras concluir la represa hidroeléctrica más grande del planeta, China es hoy el principal generador de energía hidroeléctrica, geotérmica y eólica del mundo, el segundo en energía solar (tras Alemania en el año 2014, pero China creía a una tasa mucho mayor), además de ser el principal productor de paneles solares (en el año 2005 Japón controlaba el 50% del mercado y China el 8%, en el 2012 Japón el 8% y China el 60% –Waldau, 2013–) y tienen 25 centrales nucleares en construcción⁷. En suma, China se ha colocado decididamente en la vanguardia de la “energía limpia” y cualquier escenario de transición no puede dejar

6 “China global investment tracker interactive map” The Eritage foundation, (www.heritage.org)

7 Agencia Internacional de Energía (Estadísticas).

de contemplar que ha construido una industria energética, en buena parte en manos del Estado.

A la hora de focalizar en su “ecuación energética”, América del Sur se encuentra en una posición de estabilidad muy relativa. Conjuntamente, no carece de producción propia de peso –tal el caso de un gran consumidor como Japón–, y suele lograr que su producción satisfaga la tasa de consumo –aunque aún 30 millones de personas carecen de servicio–, pero su perfil es netamente exportador. En los hechos, la región exporta aproximadamente el 33% de su energía primaria, dentro de la cual el 40% es “oro negro”, pero indirectamente una cuantiosa cantidad incorporada en *commodities* y productos elaborados y semielaborados (Honty y Gudynas, 2014). A nivel interno, la matriz regional, al igual que el resto del mundo, se estructura en base a la explotación de combustibles fósiles para el consumo a gran escala –y de leña a nivel doméstico–, y las fuentes renovables ascienden a casi el 29% del suministro total de la energía primaria, cifra relativamente alta en comparación con la cuota del 5,7% de los países “desarrollados” de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, distancia que se explica en lo fundamental por la alta participación de la generación hidroeléctrica en la cuenca del plata (Canseco, 2010).

Las formas de propiedad y control de los hidrocarburos han sufrido una doble torsión en tiempos recientes. La década del 90 trajo consigo una ola privatizadora que supuso el ingreso de empresas privadas en la generación, transmisión y distribución de energía. Empero, si en los años neoliberales se acrecentó el papel de las empresas multinacionales en la apropiación de la renta sectorial, en el último tiempo, al compás de la paulatina consolidación de los gobiernos progresistas de la región, el papel del Estado ha sido cada vez más significativo. El Estado bolivariano aumentó su participación en la explotación hidrocarburiífera, Bolivia tomó el control de la explotación gasífera, Argentina de una de las principales empresas petroleras (la otrora estatal YPF) y el gobierno federal brasileño sigue manteniendo su égida sobre el gigante Petrobras, la empresa más grande de Sudamérica.

Este desplazamiento no quita que el área energética siga peligrosamente regida en lo fundamental por la maximización de utilidades antes que por su contribución al bienestar social, y que la estructura de propiedad siga estando concentrada y presente una proporción mayoritaria de capital privado. Vale mencionar, a su vez, que la participación de la sociedad civil en la generación de energía y en la toma de decisiones suele ser minúscula o inexistente.

En estos últimos años, el desorden energético global, el fuerte aumento en el consumo y en el precio del petróleo (hasta 2014), la minimización de riesgos y el gran potencial de “renovables”, han llevado a los países de la región a procurar diversificar la matriz energética, con el consiguiente desarrollo de fuentes alternativas pero sin cambiar radicalmente la estructura de producción y consumo existente ni en cantidad ni en calidad: la apuesta central continúa siendo concentrarse en las energías tradicionales (de hecho, la participación del gas en la composición total ha acusado un aumento sostenido del 5,1% anual –Servín, 2012–). En este sentido, todavía no se ha asumido un programa de transición que sea a un tiempo voz directa de la sociedad civil y política de Estado. Los países que más decididamente han encarado una política firme vinculada a una modificación progresiva de la matriz son aquellos que poseen una gran dependencia de las importaciones, es decir, Uruguay y Chile. El país trasandino –que padece una alta contaminación atmosférica en su ciudad capital– aumentó sustancialmente la proporción de energía eólica y solar en tiempos recientes (creció a una tasa del 270% en el bienio 2013/14) y tiene por objetivo que el 70% de su producción se origine en ambas para el 2050, sumando más de 40 GW adicionales⁸. Uruguay, por su parte, parecería

⁸ 1 GWh representa 1000 MWh y cada MWh abastece entre 600 y 1200 hogares. No nos resulta aquí relevante el término de medición tanto como las comparaciones entre variables; debido a ello es que, en términos generales, usamos a lo largo del escrito diferentes unidades de medición de energía. Igualmente, la mayoría de las veces utilizamos la medida de potencia megawatt (MG, sin incluirle la variable temporal). *Energía 2050. Política energética de Chile*, Ministerio de Energía, 2015.

encarar un interesante programa para producir energía a partir de molinos de viento, con el objetivo de que el 40% de su generación provenga de allí en el año 2016 y así ser uno de los países de mayor proporción de generación eólica en el mundo (a principios de 2016 ya producían 865 MW)⁹; aunque la polución radical y la ausencia de producción primaria fósil pudiesen ser sus causas concretas, estas iniciativas no dejan de ser prometedoras. Por el contrario, otros países se constituyen en productores energéticos tradicionales. Las represas binacionales de Paraguay lo sitúan como uno de los mayores generadores de energía eléctrica por habitante del mundo (9.000 kWh por habitante) y utiliza menos del 12% en el mercado local –con el cual abastece casi el 90% de su matriz eléctrica–, y el resto lo utilizan sus vecinos. Otros lo hacen tomando riesgos: la principal exportación de Colombia es el petróleo (28%) y exporta un millón de barriles por día (2,5 la potencia petrolera de Venezuela), pero a este ritmo tiene reservas para 6 años. No es igual Ecuador, ya que si también “vive” del petróleo –ocupa el 19^{avo} lugar en reservas, de modo que posee más que toda Europa junta–, la discusión sobre la modificación de la matriz está presente en la política gubernamental. Además, está en vías de aumentar la proporción de energía hidroeléctrica de modo sustancial, gracias a 8 nuevas centrales que le facilitan el 80% de su energía eléctrica en 2016, sumando 2.801 MW¹⁰. En definitiva, el paisaje Sudamericano es heterogéneo, existe una distribución desigual de recursos, las políticas difieren y la elección por transformar la matriz la tienden a tomar aquellos países que padecen una dependencia económica profunda de la importación de hidrocarburos.

En términos de integración regional, si bien se cuenta con conexiones reales entre los países que posibilitan el equilibrio y el normal abastecimiento de sus sistemas, al punto de que estamos frente a una dimensión desarrollada de la

9 *Programa de Energía Eólica*. Ministerio de Industria, Energía y Minería de Uruguay.

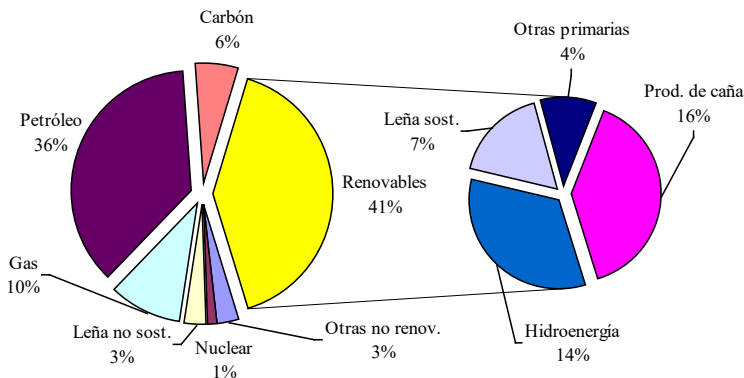
10 *Proyectos de Generación Eléctrica*. Ministerio de Electricidad y Energía Renovable de Ecuador.

integración, no alcanzan a plasmar una férrea y armónica articulación energética (Guzmán, 2008). Concretamente, el sistema eléctrico se encuentra comunicado en el MERCOSUR, es decir, Argentina, el Sur de Brasil, Paraguay y Uruguay; así como también existen conexiones entre Colombia y Ecuador, y entre Colombia y Venezuela. En paralelo, los gasoductos interconectan Bolivia con toda la costa brasileña y con la Argentina –y de allí con Chile– y también Venezuela con Colombia (CIER, 2014). Este hecho general es significativo en su doble dimensión: hay vasos comunicantes relativamente sólidos entre los países, sobretudo en el Cono Sur, pero aun no existe una decidida política energética común.

II Cuadro de situación: Los casos de Argentina y Brasil

Veamos en términos más específicos una serie de datos básicos de los casos de Argentina y Brasil. Actualmente, la matriz energética brasileña se compone del siguiente modo:

Oferta total por fuente en Brasil 2012 (Gráfico 1)



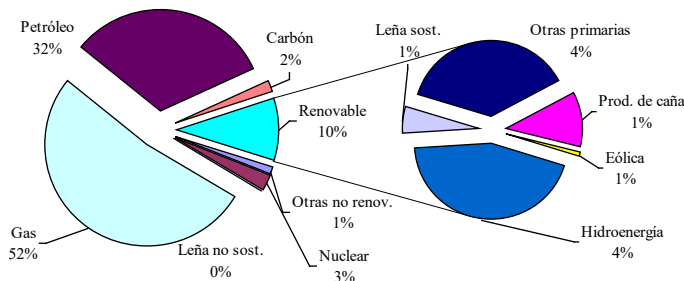
Fuente: elaboración propia en base a datos CEPAL

10° productor y 8° consumidor de energía del mundo, la mayor fuente energética primaria de Brasil es el petróleo, tal como puede colegirse en el Gráfico 1. No obstante, es evidente que las fuentes renovables son relevantes puesto que representan el

41% de la producción total de energía primaria, mientras que a nivel global constituyen sólo el 14%, de ahí que, comparativamente, el nivel de sus emisiones de CO² sea menor que en los países industrializados y que el promedio mundial (aclaremos, igual, que en términos *per cápita* el monto de emisiones del subcontinente es casi análogo al de los países centrales, fundamentalmente a causa de la deforestación). En Brasil, durante el siglo pasado, al suponer que no se contaba con reservas fósiles de peso, se buscaron opciones, lo cual ayuda a explicar el peso actual de las energías renovables: el uso de los derivados de la caña de azúcar –bioetanol entre ellos– representa el 16%, la energía hidroeléctrica el 14%, otras energías primarias –entre las que se encuentra la eólica– el 4% y la leña sostenible el 3% (la producción de electricidad a partir de la biomasa es particularmente representativa en Brasil –5,4 GWh–). En este paisaje las energías renovables han venido creciendo, puesto que en el año 2012 representaban el 41% y diez años antes eran el 34,8%, aunque en el año 1970 la proporción llegaba al 58%; época de auge de la hidroelectricidad (Araújo y Oliveira, s/d). En términos muy concretos, la política energética brasileña reciente se ha caracterizado por intentar aumentar la producción apuntalando a su vez la diversificación, centrándose fundamentalmente en grandes represas hidroeléctricas (no pocas en la amazonía), gas y energía nuclear, además del incólume petróleo.

La matriz de la Argentina, por su parte, se grafica como sigue:

Oferta total por fuente en Argentina 2012 (Gráfico 2)



Fuente: elaboración propia en base a datos CEPAL

Argentina, enmarcada en su matriz gasífera (es el mayor productor y consumidor de gas de la región), durante el año 2012 extrajo globalmente 77.239 mil toneladas equivalentes de petróleo y consumió 58.080 (aumentó el 50% en diez años). El 10% de la energía renovable proviene básicamente de grandes y medianas represas, solo Yaciretá y Salto Grande ofrecen al país cerca del 30% del total de hidroelectricidad (se trata de emprendimientos binacionales, con Paraguay la primera y Uruguay la segunda). Como dato alentador, en abril de 2011 se inauguró en Ullum, provincia de San Juan, la Planta Fotovoltaica Piloto San Juan I, y para fines de 2013 se producían 465 MWh de energía del viento, suficiente para abastecer a casi 550.000 hogares. Sin embargo, la producción de electricidad a partir de la energía eólica y solar aportan un porcentaje muy menor en la matriz y, desde el 2001 al 2011, la proporción de energía renovable ha permanecido relativamente constante en torno al 10%¹¹.

La presencia del Estado argentino en el campo energético ha tenido una direccionalidad en los últimos años¹². En líneas generales desde la estatización de YPF, pero también antes, la apuesta fundamental de la Argentina ha sido explotar los combustibles fósiles convencionales y no convencionales de petróleo y gas, recursos que en conjunto constituyen el 84% de la energía primaria. En paralelo, ha existido una tenue

11 CEPAL e INDEC (Estadísticas).

12 La problemática energética encontró una tenue respuesta del Estado luego de la hegemonía neoliberal (suspensión de la exportación de gas a Chile, creación de Energía Argentina S.A.) hasta que atenderla resultó acuciante, no solo debido a que se incrementaba el consumo a la par del crecimiento de la economía, sino a que las políticas arrastradas se caracterizaban por un deliberado *laissez faire* que permitía la expoliación lisa y llana de los recursos. En este sentido, el caso de YPF fue paradigmático dado que sólo maximizaba ganancias sin ninguna inversión, pulverizando el autoabastecimiento logrado desde el gobierno de Frondizi a inicios de los años 60. Ya para el año 2010 esa política tornaba peligrosamente inviable un país que supo enorgullecerse de haber alumbrado la primera empresa petrolera estatal del mundo, fundamentalmente porque la balanza comercial energética empezaba a mostrar un sostenido déficit, por entonces el Estado tomó el control de la mitad más uno de las acciones de YPF y se reapropió de una palanca central de la soberanía energética.

diversificación basada en la muy lenta instalación de energías alternativas (eólica, solar e hidroeléctrica), la reactivación del plan nuclear y el apoyo a la generación de biocombustibles. Comparado con el 2003, en cerca de diez años la Argentina ha aumentado casi el 50% su capacidad de producción de energía, pero ello se debe fundamentalmente a la producción de centrales térmicas a base de gas (en este tiempo se invirtió en el área de la energía cerca de 85.000 millones de pesos). Un ítem en el que se ha avanzado significativamente es en la conexión de la red eléctrica nacional, que pasó de tener un formato radial que culminaba en Buenos Aires a un modelo circular que anilla a las diferentes provincias y regiones. Adicionalmente, la extensión de la red hacia el sur permite que la producción de energía eléctrica de origen patagónico pueda volcarse más fácilmente al sistema integrado nacional (De Dicco, 2013).

Hechas estas apreciaciones acerca de la composición básica de las matrices energéticas de los dos países tratados, nos interesa dar cuenta del potencial estimado de las fuentes renovables, que recordemos producen principalmente energía eléctrica, la cual es apenas una parte de la matriz energética total. El siguiente cuadro representa el potencial para Argentina y Brasil.

Potencialidad en energías renovables (Cuadro 1)

	Potencialidad estimado de fuentes alternativas para generar electricidad MWh	
	Argentina	Brasil
Energía eólica	8000 (MW), 500 (GW)	25000 (MW), 143 (GW)
Peq. Centrales hidro. (PHC)	425-480	25913
Biomasa	430-1000	26540
Energía geotérmica	150-2000	360-3000
Solar FV	1800 (KWh/m2 año)	1095-2372

Fuente: De Martino Jannuzzi, Gilberto et al (2010) “Energías renovables para la generación de electricidad en América Latina: mercado, tecnología y perspectivas”, International Copper Association, Chile; Centro Regional de Energía Eólica (CREE), Chubut, Argentina (500 GW); y, Atlas de Potencial Eólico Brasileiro, 2001 (143 GW).

Tanto la Argentina como Brasil poseen un altísimo potencial para obtener electricidad de fuentes renovables y alternativas, no sólo de una fuente sino de una pluralidad de ellas, siendo algunas particularmente prometedoras: la energía solar, eólica, hidroeléctrica y en base a biomasa. Solo con desarrollar estas fuentes, que ya poseen estudios comprobados de potencial de gestación, la capacidad primaria podría aumentar de forma sustancial. Concretamente, la Argentina produce 45.000 MW en energía de grandes centrales hidroeléctricas aprovechando el 21% de sus capacidades, pero en este ítem el caso de Brasil es singular, dada la magnitud de su producción: 143.000 MW abastecen ampliamente el sistema de consumo, usufructuando el 51% de su potencial. La energía del agua representa el 62% de la cuota total de fuentes renovables de Sudamérica y el 71,38% de su capacidad eléctrica, siendo muy significativa en Brasil, Paraguay y Uruguay (Servín, 2012). Nuestra región cuenta con cerca del 23% del potencial hidroeléctrico mundial, dentro del cual utiliza aproximadamente el 24,6%, según datos del año 2011. La fuerza que proviene de estas mega usinas conlleva amplias inversiones y años de construcción, pero es de esperar que en el mediano plazo, al menguar las reservas de combustibles fósiles, se presente como una opción. Igualmente, no es posible desconocer que la hidroelectricidad a partir de grandes represas provoca cierta inseguridad en el suministro y compromete a los ecosistemas y a las poblaciones donde se erige (han causado grandes daños medioambientales en la selva amazónica, por ejemplo), debido a ello no es posible hablar de la energía del agua como una decididamente sustentable.

Otra fuente de energía renovable no necesariamente sustentable que sobresale en Argentina y Brasil son los biocombustibles, que pueden ser elaborados con una amplia gama de productos agrícolas y forestales. En este punto, para abastecer el mercado doméstico pero antes que nada para la exportación, fue promovida la generación biodiesel a partir de plantas oleaginosas como la soja, cultivo de crecimiento explosivo en las llanuras del Cono Sur, y el bioetanol a partir de cereales, como por ejemplo el sorgo dulce o caña de azúcar,

del cual Brasil es pionero. En términos numéricos, Brasil es el segundo productor de bioetanol del mundo y Argentina el segundo de biodiesel, ambos detrás de Estados Unidos. Los biocombustibles, es preciso subrayar, poseen impactos ambientales, sociales, y también corroen la seguridad alimentaria, siendo evidente el problema de destinar tierras a la energía sin haber paliado la insuficiencia de alimentos de la población (Duffey, 2011). En el rendimiento de la bioenergía, ítem en el que Brasil ha apostado fuertemente, queda tanto un trecho por aprovechar como por redirigir, ya que ambos países se asientan en economías agrícolas cuyos desechos, sobras y entornos ambientales tienen por correlato la capacidad de volcarse a la producción de energía. Sin embargo, resulta preciso que esté orientada por un parámetro de sustentabilidad fuerte antes que por la valoración de un mero producto de exportación.

A su turno, en el ámbito de las energías decididamente limpias y sustentables, existe un gran potencial para la generación solar dado que Brasil cuenta con intensidad y extensión amplia de radiación en su territorio y lo mismo ocurre en la Argentina, –particularmente en el norte del país, donde la intensidad del sol es muy alta–. En paralelo, la energía eólica es una fuente realmente promisoría en ambos países. La región de la Patagonia austral tiene un potencial eólico gigante, aunque el 70% del territorio argentino es aprovechable para usufructuar la energía que parte del viento. Del Cuadro 1 se desprende, a su vez, que las energías renovables bien podrían abastecer a las matrices de ambos países aminorando fuertemente la explotación de combustibles fósiles. El Centro Regional de Energía Eólica de Chubut estima que la capacidad teórica de generación de la región patagónica podría llegar a ser de 500 GW, constituyéndose en uno de los lugares del mundo más apropiados, si no el más, para la instalación de energía eólica (el Instituto Alemán de Energía Eólica estima para Brasil una capacidad semejante). Esta oportunidad aún no está aprovechada. Resulta evidente que no existen restricciones a la capacidad para obtener energía de la generosa naturaleza de América del Sur, de allí que los principales obstáculos a

la hora de encarar una renovada política energética haya que encontrarlos en la dimensión histórico-social.

III. Planificación y entorno energético.

En la actualidad, Argentina y Brasil transitan una serie de condiciones que son relevantes a la hora de evaluar el sinuoso camino que pudiese adoptar una eventual transición energética. El primer punto central reside en que ambos países han hallado importantes reservorios de combustibles fósiles. Las capas de pre-sal en el atlántico brasileño están repletas de petróleo (son el mayor descubrimiento de hidrocarburos del mundo en años recientes) y la Argentina posee la tercera reserva mundial de gas no-convencional, hechos que impactan sobre las chances de propiciar las energías renovables de modo diverso: allí se concentran las inversiones, desalientan la apuesta por nuevas fuentes y se espera que a futuro ofrezcan energía a bajo costo. Los recursos no convencionales podrían hacer más holgada la finitud temporal de medio siglo de las reservas mundiales de hidrocarburos, pero no contribuyen a la economía venidera, la tasa de retorno energético es muy menor, es más costoso que el convencional, de estructuras concentradas, todavía es incierta su eficiencia y auguran fuertes peligros ecológicos¹³. Este punto es clave, puesto que la existencia de un potencial tradicional enorme será en el futuro el principal escollo para el desarrollo de energías alternativas, salvo que se cree una política singular que logre paliar este efecto. En segundo lugar, los incentivos parecen ser disímiles: Brasil apostaría a las energías alternativas fundamentalmente porque las preocupaciones ambientales han calado hondo en su población, por un problema de seguridad energética nacional, y por los altos costos de la energía convencional, mientras que la Argentina lo haría por la máxima

13 Véase AAVV (2014) *20 mitos y realidades del Fracking*, Ed. El Colectivo- Fundación Rosa Luxemburgo, Buenos Aires; Observatorio Petrolero Sur (2015) *Alto valle perforado*, Jinete Insomne-OPS-HBS, Argentina y Bercovich, Alejandro; y, Rebossio, Alejandro (2015) *Vaca Muerta*, Planeta, Buenos Aires.

que asegura que siempre es buena la diversificación de fuentes y por el costo que ha comenzado a tener la energía tras la pérdida del autoabastecimiento (importó cerca de 13 mil millones U\$D durante 2013, siendo el principal factor de incidencia en el deterioro de la balanza comercial).

Las energías limpias se despliegan con naturalidad en el campo de la energía eléctrica, que en el futuro tendrá cada vez más peso. Un punto clave en la chance de efectivizar la transición es la articulación entre legislación vigente y políticas concretas, pero el impacto de los códigos sectoriales todavía es marginal. En el caso de Argentina, a través de la Ley 26.190/2006 se estableció que en el año 2016 el 8% de la generación eléctrica del país debía provenir de fuentes renovables (la electricidad representa aproximadamente el 14% de la matriz energética total). Sin embargo, a principios de 2016 es una realidad que la ley ha fracasado. En los papeles, se encuentran en diferentes etapas de construcción 4998 MWh de energía eólica, pero se han instalado apenas 465 MWh (Energy consulting service, 2014). Hacia 2016 una modificación de la ley espera paliar las deficiencias de financiamiento de la anterior (fundamentalmente a partir de un fondo abastecido gracias al dinero que la nueva energía renovable instalada evite de la importación de combustibles fósil), y a brindar un cúmulo de beneficios fiscales, aprovechando que la energía eólica, por caso, es de rápida instalación y permite ahorrar divisas. Sin embargo, al tiempo que toca tangencialmente la generación solar y en base a biomasa, facilita la importación de componentes y la gestión privada, sin apuntar a una participación social en la producción ni inducir de manera robusta la creación de una industria energética pública, sea eólica o solar¹⁴. Otro punto muy importante es que la “cuestión energética” suele abordarse bajo el supuesto de la necesidad de producción y no sobre la necesidad real del consumo: poco sentido tendrá si una parte sustancial de la energía limpia

14 Véase: Modificaciones a la Ley 26.190, “Régimen de Fomento Nacional para el Uso de Fuentes Renovables de Energía Destinada a la Producción de Energía Eléctrica”.

termina, por ejemplo, en las empresas extractivas: Minera La Alumbrera consume lo mismo que toda la provincia argentina de Catamarca.

En paralelo, Brasil posee una estructura legal y reguladora para la promoción de las fuentes renovables que le ha permitido expandir las nuevas fuentes. El PROINFA (*Programa de Incentivo às Fontes Alternativas de Energia Eléctrica*) tuvo un importante papel en la creación de un mercado de fuentes renovables y hoy en día las subastas específicas para fuentes alternativas constituyen el principal mecanismo para incentivarlas, ofreciéndoles una “tarifa-premio”. Por esta vía, hubo una expansión de la energía eólica, la biomasa y las pequeñas centrales hidroeléctricas en el Sistema Interconectado Nacional básicamente porque fueron contempladas por subastas específicas (Guevara Javier y Morales, 2010). Brasil ha comenzado a implantar lentamente energía solar y sobresale por el avance en poco tiempo de su cosecha eólica (entre 2011 y 2014 erigió 117 usinas, y a principios de 2016 sus 349 aerogeneradores le proporcionan 8,71 GW); no poco incentivadas por la sequía que en 2015 puso en riesgo el gigante suministro hidroeléctrico¹⁵. Adicionalmente, existen diversos proyectos de ley en trámite en el Congreso Nacional que ofrecen apoyo, incentivos económicos y hasta la creación de una Agencia Nacional de Energía Renovable. De este modo, el gobierno de Brasil intenta crear un marco jurídico e institucional que le de un cierto impulso a la aplicación y uso de energía renovable, pese a que aún sea marginal.

La segura instalación de energías alternativas debe gran parte al entorno político-societal que las fomenta o, por el contrario, las inhibe. Ambos países tienen en los gobiernos nacionales tanto aliados como retractores, pero lo que es seguro es que en ningún caso la elección de los gobiernos centrales consiste en desplegar las energías alternativas de manera firme. Por el contrario, la prioridad parece estar en una diversificación que contenga a alguna de ellas, esto es, la energía eólica, las pequeñas centrales hidroeléctricas

15 ABEeólica (Estadísticas).

y la biomasa gozan de relativo aval, no así otras energías alternativas, y relativamente la energía solar. En segundo lugar, resulta importante la existencia de empresas abocadas a la fabricación, instalación y mantenimiento de las energías a implantar. Para el desarrollo de la capacidad eólica, a principios del año 2012 se constituyó un cluster eólico en la Argentina que articuló a 62 firmas (donde sobresale IMPSA, INVAP, NRG Patagonia) de diverso tamaño distribuidas en 11 provincias y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, tornando evidente el potencial industrial del rubro. La ausencia de protección e impulso a este tejido industrial en los últimos años puede derivar en su paulatino desmembramiento en manos de competidores internacionales, empresas españolas, dinamarquesas, alemanas, norteamericanas y chinas, entre otras. Quizás no existen actores de tanto peso capaces de competir globalmente en otras industrias como en la solar aunque si en la biomasa, pero este entramado eólico ya reclama una atención, con más razón si consideramos que estamos ante una de las factorías virtuosas que puede ofrecer el capitalismo actual: innovación tecnológica, industria ecológica, transición energética (pese a lo cual sería preciso que el patrón tecnológico naciente, fuente de soberanía energética, esté en manos públicas). Más aún, hay algunos estudios, incluso, que afirman que la instalación cierta de la energía eólica en la Argentina sería rentable con un barril de petróleo a 40 dólares (Soares *et al*, 2009). De contarse las “externalidades” de la energía fósil y los subsidios que recibe, la fuerza que proporciona el viento es menos costosa. Adicionalmente, este entramado fomenta y se sostiene en una red de asociación sectorial de dimensiones suficientes: existen cámaras de energía renovables, de energías específicas, ONGs abocadas a fomentar las fuentes alternativas, etcétera. Incluso, la investigación sobre energías renovables, si bien no es suficiente tampoco es inexistente, tanto Argentina como Brasil cuentan con mapeos completos de potencialidad de generación. Sin embargo, el país *verde-amarelo* ha inaugurado en el año 2004 la *Empresa de*

Pesquisa Energética, cuyo objetivo consiste en analizar el área desde una magna institución estatal, sin par en la Argentina.

Trazado este panorama, quizás las mayores falencias se encuentran en la ausencia de financiamiento, en los intereses creados en torno a las fuentes tradicionales, y en la falta de empuje y creatividad política. Para Brasil, según el *Plan Nacional de Energía 2030*, se espera y calcula que el sector energético recibirá inversiones de casi 1 billón USD hasta 2019, y la industria eléctrica accederá a una inversión de cerca de 214 mil millones USD en la generación y transmisión de electricidad, lo que representa 22,5% del total, pero gran parte de este paquete estará destinado a la energía fósil. Paralelamente, hasta el año 2016 el Estado argentino había anunciado inversiones de 20.000 millones \$ en proyectos hidroeléctricos y 14.000 millones USD para construir la cuarta y quinta central nuclear, ambos fondeados por capital de la República Popular China, dada la ausencia de inversión local¹⁶. Sin embargo, ante los vaivenes de la política energética nacional y con el rumbo que imprime la nueva administración nacional, cuyo mandato vence en 2019, no augura buenos resultados. En principio, el paquete de medidas hacia el sector comporta el aumento de la tarifa eléctrica sin considerar mecanismos de redistribución y, en el caso de fomentar las energías renovables, propiciando el predominio de capitales privados con insuficiente atención a los proveedores locales, tal como sucede en el grueso de la nueva política energética. A esta situación se adosa que desde la reforma constitucional del 94 el control de las reservas energéticas quedaron en manos provinciales, dándose la particularidad de que algunas tienden a fomentar autónomamente la incorporación de nuevas fuentes, pero de manera atomizada y desarticulada: Chubut posee cierta dotación de generación eólica pero no deja de anunciar que cobrará un “impuesto al viento” debido a que se considera el “Kuwait de la energía eólica”¹⁷.

16 Entrevista a integrantes de la Secretaría de Energía (dado que un reglamento del Estado argentino limita las declaraciones públicas de los funcionarios, han preferido no brindar sus nombres).

17 Son palabras del Gobernador Martín Buzzi, Diario *El Chubut*,

En este contexto, resulta de vital importancia contar con itinerarios específicos de planificación energética que prevean a largo plazo el tipo de desarrollo a implementarse. Incluso, mientras cualquier inversión es costosa, los parámetros de la industria, la frontera de su tecnología y los términos de referencia mutan rápidamente, de modo que se requieren procesos de planificación permanente. En rigor, lo central es el objetivo real que poseen las planificaciones y no en tenerlas en sí, pero son un instrumento que permite proyectar, hacer pública la orientación de la matriz y enfrentar el coyunturalismo (Klas *et al*, 2010). En Brasil hay tres tipos de proyecciones oficiales: a largo, mediano y corto plazo. A mediano plazo cuentan con el *Plan Decenal de Energía*, actualizado anualmente con un horizonte de acción a 10 años, siendo la principal herramienta de planificación del Gobierno Federal. El estudio de largo plazo es el *Plan Nacional de Energía*, con un horizonte de 25 años (el primero se publicó en 2007 y el próximo se debía publicar en 2010 o 2011 con metas para el año 2035, pero aún no ha salido a la luz). Por el contrario, en el caso de Argentina no existen proyecciones oficiales ni una estrategia nacional de mediano y largo plazo conocida. Extrañamente, la Argentina carece de planificación pública, siendo prácticamente el único país de Sudamérica en esa situación¹⁸.

IV. Proyecciones a futuro

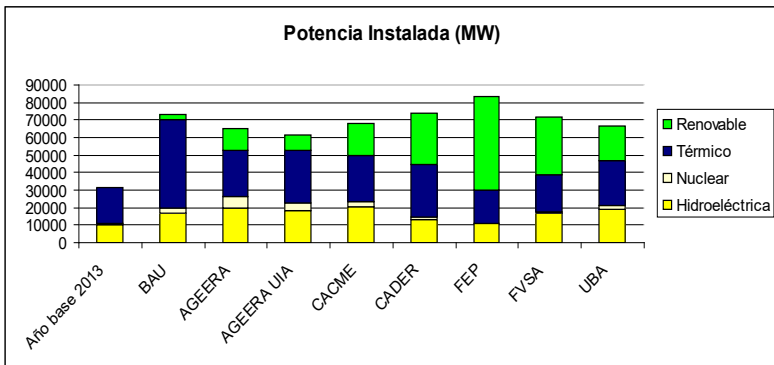
Naturalmente, en el universo de las energías alternativas el subcontinente posee un altísimo potencial: el agua, el viento y el sol desbordan los límites aprovechables de la generación. Ahora bien, a la hora de pensar en escenario futuros, entre la capacidad efectivamente instalada y el *quantum* total de lo que podría existir, contamos con una serie de estimaciones tanto para Argentina como para Brasil. Para el primero, las proyecciones provienen de organizaciones de la sociedad civil abocadas a la temática. La más importante

23/9/2015.

18 Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay poseen sus proyecciones (consignadas en el ítem “documentos” de la bibliografía general).

es “Escenarios energéticos Argentina 2035”, impulsado por Fundación Avina y otras instituciones, que trazaron una serie de variables sobre las que elaborar el escenario energético a futuro, haciendo especial referencia al sector eléctrico. Uno de sus resultados consiste en el diseño de la matriz eléctrica de “eficiencia” para el año 2035 a partir de un escenario común de “*bussines as usual*”, es decir, perpetuándose las tendencias actuales.

Potencia instalada 2035 según escenario actual (2013), proyección “as usual” (BAU) y de eficiencia energética según cada institución (Gráfico 3)



Notas: Asociación de Generadores de Energía Eléctrica de la República Argentina (AGEERA), Asociación de Generadores de Energía Eléctrica de la República Argentina – Unión Industrial Argentina (AGEERA-UIA), Comité Argentino del Consejo Mundial de Energía (CACME), Cámara Argentina de Energías Renovables (CADER), Foro de Ecología Política (FEP), Fundación Vida Silvestre (FVS), Grupo Ambiente y Energía de la Facultad de Ingeniería de la UBA (UBA). Fuente: AAVV (2015) *Plataforma escenarios energéticos. Argentina 2035*, Fundación AVINA, CEARE, FARN, ITBA, Buenos Aires.

De continuar las tendencias actuales (BAU), tendríamos de manera predominante una generación térmica en base a combustibles fósiles con escasa participación de renovables en la matriz, y solo en los escenarios más rupturistas esa participación declina. En todos los diseños a futuro la producción de energía deberá, cuando menos, duplicar la actual, lo cual requeriría una inversión promedio de 96 mil

millones USD. En la visión desagregada, el incremento de energía renovable recae en la generación hidráulica, solar, en base a biomasa y fuertemente sobre la energía eólica –de ahí que se postule la necesidad de ampliar la red de transmisión, particularmente de corriente continua desde la Patagonia al centro del país–. A su vez, en los casos en que se considera viable el aporte de gas y petróleo no convencional, se postula que no se accede a volúmenes significativo antes del año 2020, y todavía permanece la incertidumbre acerca de la potencialidad de esta fuente (AAVV, 2015). Otro de los escenarios a futuro que ha sido elaborado en la Argentina corresponde a la ONG Greenpeace, que presentó un cuadro dual entre lo que sería un escenario *as usual*, de referencia, y otro marcado por una revolución energética, esto es, conllevando una fuerte decisión política por dirigir la matriz energética hacia la adopción de energías renovables. En un escenario de referencia, la participación de las nuevas fuentes en la generación eléctrica sería del 26,6% para el 2030 y del 31,3% para el 2050, mientras que en uno marcado por una transformación considerable sería del 58,7% y del 77,8% respectivamente, siendo en este último caso particularmente importante la generación a partir de hidroelectricidad (56 TWh/2030 67/2050) de biomasa (17 TWh 2030 y 32 2050) y del viento (38,7 TWh 2030 y 94/2050) (Greenpeace, 2011).

En el caso de Brasil, las proyecciones son múltiples y se diagraman a continuación:

Proyecciones de energías renovables en Brasil (Cuadro 2)

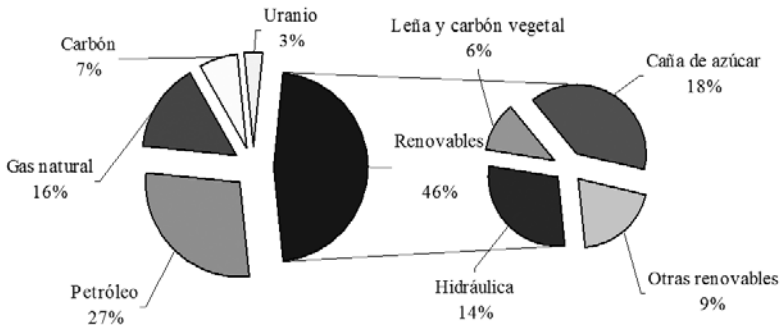
Mw	2015	2017	2019	2020	2025	2030	2040	2050
Solar FV						1000 ²		
						2000 ³		
Bio- ma- sa	3000 ²					29000 ²		
	3000 ³			4111 ⁶		30000 ³		
	7421 ⁵	4170 ⁴	8521 ⁵	13900 ⁷		6829 ⁶	27400 ⁷	40900 ⁷
	3106 ⁶					20700 ⁷		
Eóli- ca	1000 ³							
	1000 ²			6000 ⁷		4000 ²		
	1423 ⁴			7800 ⁸	16600 ⁸	15000 ⁷		
	4441 ⁵	1423 ⁴	6041 ⁵	6300 ⁹	10200 ⁹	5000 ³	44000 ⁷	116000 ⁷
	3000 ⁸							
2400 ⁹								
PCH	5566 ⁵	6066 ⁵	6966 ⁵	3330 ¹⁰		7769 ¹⁰		
	7734 ⁴	7734 ⁴						

Notas: 1 Greenpeace y ESTIA (2003); 2 Escenario de referencia (AIE, 2006); 3 Escenarios de políticas alternativas (IEA, 2006); 4 EPE (2009); 5 EPE y MME (2010); 6 Generación de energía eléctrica excedente a partir de la biomasa del sector alco-azucarero (EPE, 2007); 7 Escenarios de revolución energética (Greenpeace y EREC, 2007); 8 Escenario de referencia (IAEA et al, 2006); 9 Escenario Shift (IAEA et al, 2006); 10 EPE (2007). Fuente: De Martino Jannuzzi, et al (2010) *Energías renovables para la generación de electricidad en América Latina: mercado, tecnología y perspectivas*, International Copper Association, Chile

Para Brasil vale subrayar que no solo se cuenta con estimaciones realizadas por organizaciones de la sociedad civil u organismos internacionales de energía, sino que el mismo Estado diseña escenarios a futuro a partir de los planes estratégicos (subrayadas en el cuadro). Las tendencias que

estipula la planificación estatal, que conciernen a tres fuentes, otorgan a la energía eólica un crecimiento sostenido (de hecho, es posible confirmar que las expectativas más prometedoras tienden a cumplirse, los 8,7 GW actuales sobrepasan la marca más alta proyectada para el año 2020), la biomasa también se incrementaría y las pequeñas centrales hidroeléctricas mantendrían una suerte de generación estable. En estas tres fuentes, junto a la energía solar, es donde Brasil se muestra más promisorio. Ahora bien, estas proyecciones no significan que el lugar total reservado para las energías renovables sea mayor, bien lo atestigua el muy completo escrito *Matriz energética nacional 2030*, allí se anuncian los porcentajes de inversión desde el 2005 al 2030, que continúan centrados en energía fósil (petróleo y derivados 48,8%, gas 11,8%, caña de azúcar 3,7%, electricidad 35%) y se caracteriza la fisonomía de la matriz energética para entonces:

Brasil 2030. Proyección de energía primaria por fuente (Gráfico 4)



Fuente: EPE (2007) *Plano Nacional de Energía, 2030*

Tal como se puede colegir, para el 2030 descenderá la participación del petróleo tanto como aumentará la participación del gas, también lo hará el uranio y las energías renovables mantendrán su porcentaje general dentro de la matriz total. En su interior crecerá la participación de la caña de azúcar, pero la proporción de las fuentes renovables alternativas como la eólica o la solar no es muy significativa; esto

es, no reemplaza tendencialmente a las otras fuentes de suministro primario, todo lo cual no quita que el lugar de la energía limpia no siga siendo sustancial. En otras palabras: según la proyección, el consumo y la producción de energía aumentarán al doble en el año 2030 tomando como base el 2010, al compás de un crecimiento análogo del PBI, pero no varía sustancialmente el lugar que le cabe a cada fuente en la matriz energética. Siendo así, podría decirse que ninguno de los dos países sudamericanos se ve frente a frente con la transición energética. Un punto muy significativo en todas las proyecciones es que resulta prácticamente inexistente la intención de democratizar y desconcentrar el sistema, fomentando nuevos tipos de producción, gobierno y utilización de la energía. Sin embargo, hay que subrayar que Brasil posee una planificación y una institucionalidad mucho más pulida que la Argentina, y que ella promueve la utilización de fuentes renovables y sustentables cada vez con mayor intensidad, favoreciendo además la utilización de “tecnología nacional”.

Una mayor expansión de las energías alternativas en Argentina y Brasil, en un contexto en el que la generación eléctrica tenderá a ocupar un espacio cada vez más amplio, no sólo necesita un marco político que no las inhiba sino que proporcione un impulso adicional para su desarrollo. A su vez, es un terreno fértil para la inversión extranjera, ávida por las ganancias que le puede deparar, elemento que torna necesaria la realización de políticas estatales destinadas a fomentar el desarrollo limpio. Si Sudamérica apostase intensamente por las energías renovables podría, a su vez, alimentar una industria energética propia, gran demandante de tecnología, conocimiento y de mano de obra (supera tres veces la fósil), ofreciéndole un mercado. Se abriría entonces la oportunidad de desconcentrar y descentralizar el sistema para favorecer la propiedad pública o ciudadana. Esta apuesta sería un modo de ingresar con pie firme en un futuro socio-ecológico que no solo vendrá más temprano que tarde, sino que es un pilar de cualquier proyecto emancipador de nuestras sociedades. Se deduce, pues, que resulta prioritario darle lugar a la producción alternativa así como a las proyecciones estratégicas que

permitan consolidarla en el futuro cercano, es decir, asumir lineamientos propios de una transición.

V. Transiciones: modificar la matriz y el sistema energético

Descontando la energía que podría generar la fusión nuclear –semejante a la “combustión” que emana del sol– y a la luz del estado actual de la tecnología, nada en el porvenir podrá igualar la potencia que desata la quema de combustibles fósiles. Recientemente, un autor crítico de la geopolítica energética de los países dominantes –Michael Klare–, sostenía que la era del sol y el viento estaba más cerca de lo que se cree, y que los historiadores del futuro dirían que el año 2015 comenzó el abandono del patrón fósil. Las causas de esta tendencia las hallaba en el actual perfeccionamiento de la tecnología de la energía alternativa, la disminución de sus precios, la creciente determinación global a ponerle un freno al cambio climático, la ascendente presencia de la energía verde en el “mundo en desarrollo” y el cambio fuerte de la postura China sobre el crecimiento y el medio ambiente (Klare, 2015). Decrete el futuro o no la veracidad de semejante tendencia, lo cierto es que tarde o temprano habrá que adaptarse a una merma de energía y que existen las condiciones y el apremio por encarar la transición energética.

Los países de Sudamérica poseen absolutas posibilidades para optimizar la utilización de sus recursos energéticos: el sol, el viento, los cursos de agua, las mareas, el calor subterráneo, los residuos (agrícolas, industriales, urbanos) y los cultivos agrícolas podrían sustituir los recursos energéticos no sustentables predominantes en la actual matriz. Se cuenta, además, con una infraestructura de interconexión energética que posibilita solucionar crisis que se generan a escala nacional o local, pero que podrían hacer real la creación de una red eléctrica regional con un importante componente renovable. La diversidad territorial podría diversificar las fuentes, permitiendo que distintas zonas geográficas se complementen en función de sus posibilidades de producción y necesidades de consumo. Existe, por último, un margen

muy amplio de ahorro a nivel de eficiencia energética y de redireccionamiento del consumo. Lograr plasmar esta potencialidad requiere un sistema de integración sólido, que trascienda la lógica actual limitada a fomentar un mercado energético regional, para así encarar una articulación ambiental y social sustentable. Paradójicamente, antes que encarar una inserción creativa que permita adoptar las estrategias de posdesarrollo al mundo que está por venir, se realiza lo contrario, y las obras de la infraestructura energética que se realizan hoy condicionan a un país por los próximos cuarenta años. Además, se corre el riesgo de que en los próximos años la renovación la asuma parcialmente y de manera utilitaria gobiernos de talante conservador, o se implante sobre la base de tecnología externa que los países centrales hoy se preparan para abastecer, tal como vimos en el caso de China.

Las perspectivas regionales respecto al uso de fuentes y tecnologías limpias para la producción de energía para los próximos 20 años prevén un desarrollo de la energía eólica que, según estimaciones de Organización Latinoamericana de Energía, podría alcanzar cerca del 5% de participación en la matriz eléctrica para el año 2030 (Garcés, 2013). Si consideramos el enorme potencial hidroeléctrico con el que cuenta el subcontinente y los diferentes proyectos hidráulicos planificados, es factible un escenario en el que el componente total renovable de la matriz energética regional alcance hasta un 27% para entonces. A la luz de las proyecciones de la Agencia Internacional de Energía, en América Latina la proporción de renovables en la matriz energética de 2030 alcanzará al 30%, pero la explotación de combustibles fósiles crece a pasos más agigantados que la generación alternativa en la tasa de consumo. Frente a estas proyecciones, podría encararse la modificación de la matriz sobre la base de internalizar las externalidades del combustible fósil, reorientar los subsidios, apuntar a la cogeneración –aprovechamiento simultáneo de energía térmica y eléctrica–, garantizar el ciclo de la bioenergía –los biocombustibles, por ejemplo–, etcétera (Honty, 2013). En este sentido, se trata mucho menos de un problema de capital –comparación

de rentabilidad entre una y otra fuente— que de capacidad de gestión e inventiva política, e incluso estamos precisamente frente a un problema económico porque el intercambio de bienes futuros requerirá sinergias y metabolismos ecológicos sustentables.

Ahora bien, queda claro que más allá de modificar la matriz energética, hay otros componentes vinculados a una idea de transición fuerte que deben ser incorporados de manera directa a lo que se considera la “cuestión energética”. Justamente, la política energética como una política sectorial subordinada a las políticas de desarrollo en tanto crecimiento del PBI termina concibiendo a la energía como un mero apéndice de la reproducción del capital. Por el contrario, más que un capital, más que un simple asunto de seguridad nacional, antes que un bien en sí mismo o un ítem en la balanza comercial, se trata de un patrimonio, de un derecho, de un componente central en la redistribución y equidad social, de recursos estratégicos, de una dimensión de la autonomía política de la sociedad. A distancia de la financiarización de la naturaleza, que incluso estimulan no pocas economías verdes, la energía es un derecho de los seres vivos y se trata de desmercantiliarla (Bertinat, 2013). Habitados a concebir la energía como un insumo técnico del desarrollo, cualquiera fuese, debería vislumbrarse como un elemento más de la gestión igualitaria de los recursos comunes.

Todo lo reseñado hasta aquí bien debería acompañarse de una modificación ideológica de proporciones considerables, esto es, la transformación de los parámetros de consumo energético. No nos referimos simplemente a aumentar los niveles de eficiencia o de disminuir la intensidad energética sino a la transformación estructural de un modelo de vida que está orientado al incremento del consumo de manera interminable (un *Shopping* suele consumir en igual medida que un pueblo de 10.000 habitantes). Sin esta mutación del patrón de consumo la energía mermará rápidamente. Hay incluso “límites de las renovables” si se continúa con el actual umbral de necesidades, dado que requieren la extracción de múltiples recursos para su montaje. En otros términos, el énfasis en el incremento

de la oferta desestima el tipo de demandas que impulsan nuestras economías: modificar los hábitos de consumo, rediseñar las cadenas productivas, utilizar el abanico de instrumentos regulatorios para orientar el diseño de las matrices energéticas (por caso, favorecer el transporte público, ferroviario o fluvial en detrimento del privado y por carreteras, que es uno de los principales consumidores de energía, el 33% en América Latina –37% industria y 15% residencial–). En suma, preparar la institucionalidad y la tecnología capaces de administrar con eficacia y equidad el flujo de energía que se reproduce naturalmente en la biosfera (Honty, 2013, 2014).

Finalmente, en términos técnicos, hay posibilidades de inundar la matriz energética de generación renovable sin modificar un ápice sus estructuras de propiedad y esta es la principal dirección actual, de modo que no sólo se trata de mutar la composición de la matriz sino de transformar la disposición integral del sistema. Las energías alternativas son dúctiles para favorecer la descentralización y democratización de la producción. Nadie puede generar petróleo o gas en su hábitat pero casi todos podríamos generar energía solar. El sistema fósil requiere estructuras de escala y centralizadas, mientras que las energías alternativas pueden ser autónomas y adoptar múltiples dimensiones, por ejemplo, un pequeño pueblo puede abastecerse de manera independiente y cooperativa, y volcar su sobrante al sistema. Y sin embargo, lejos de instrumentarse una política capaz de orientar el sistema energético hacia su desconcentración, descentralización y democratización en el medio y largo plazo, los países de Sudamérica tienden a consolidar la continuidad del patrón fósil, de la gestión privada y concentrada de la energía, así como de las industrias de base que las soportan. En otras palabras, es cierto que en la región tiende a prevalecer la preocupación por el autoabastecimiento, la seguridad energética y la generación de divisas –y para esta variables cómo afecta el precio internacional del crudo–, pero aquí afirmamos que la transición energética no es un problema vinculado solamente al cambio climático sino que posee un potencial económico y político muy significativo que se acrecentará con el tiempo.

La crisis energética que transitamos tanto a nivel global como local es propicia para el desarrollo de un plan de largo plazo que limite, salve del coyunturalismo, reduzca los altos índices de incertidumbre, y genere una política de Estado y social continuada. En este sentido, es preciso asumir los límites del crecimiento, tanto por el carácter finito de los recursos como por la capacidad limitada de la tierra de absorber los impactos. Pero incluso la crisis energética actual conllevará a la modificación total del paradigma energético, de modo que es una oportunidad abierta para encarar una transición en sentido fuerte. Así, el objetivo final de las transiciones debe ser alcanzar una generación cien por cien renovable y sustentable, pero a su vez es preciso encarar la transformación del conjunto del sistema energético para iluminar nuevas vías de posdesarrollo, acrecentar las esferas de igualdad y contribuir a un regionalismo autónomo.

Geopolítica(s) sudamericanas (1944-2016)

La mirada geopolítica posee una holgada tradición en Sudamérica. Las elaboraciones primeras, organicistas y naturalistas, buscaban dilucidar la solución de los problemas que deparaban territorios no “aprovechados”, estados de débil ramificación, países con fronteras “evaporadas”, a la luz de un entrado siglo XX que no tardaría en convulsionarse. Ya en el año 1919, el español Carlos Badía Malagrida publica en Madrid *El factor geográfico en la política Sudamericana*; embebido en la novísima teoría ratzeliana, proponía la conformación de una Confederación Hispanoamericana –con la Subconferedación Brasileña incluida–, mereciendo suma atención de este lado del Atlántico. Simultáneamente, la revista *A defensa nacional*, principal órgano difusor del Ministerio de Guerra de Brasil desde el año 1912, no tardaría en hacerse eco constante de la nueva reflexión del espacio (Fávaro, 2011). En sus inicios, la geopolítica no era ajena a ese militarismo nacional que se emparentaba con el crecimiento y el reformismo, el cual alumbró experiencias de lo más heterogéneas (el “socialismo militar” en Chile o en Bolivia, el movimiento Tenentista en Brasil, entre otros); de las cuales la restauración conservadora y corporativista de tinte fascista en la Argentina de Uriburu fue la excepción antes que la regla. A partir de la lenta pero tenaz presencia de las Fuerzas Armadas en la política subcontinental que se perfila desde 1930, la geopolítica logró resonancia

pública, fue dejando atrás sus larvadas formulaciones y comenzó a permear el pensamiento de las elites políticas y económicas.

Ahora bien, la geopolítica –corriente de ideas que, genéricamente, interrelaciona intereses políticos y espacios geográficos vislumbrando la dinámica del poder– es un campo equivoco, extraño, dentro del universo de las ciencias sociales y humanas. Históricamente, no ha tenido buena prensa. De contornos difusos, tradicionalmente se la asocia a un militarismo expansionista (graciosa o locamente atado a un juego de guerra); pero lo cierto es que la institución militar se la ha tomado bien en serio. Sucede que los escritos que la reivindicaron para sí –y su *corpus* original más fuerte proviene de la Escuela geopolítica de Munich–, estuvieron en la base del expansionismo alemán durante la segunda guerra mundial –la famosa tesis del “espacio vital” (*Lebensraum*)–; así que existió un intento decidido por borrar sus huellas una vez culminada la contienda. Empero, no ha dejado de practicarse desde entonces bajo eufemismos más amigables, de hecho buena parte de la política exterior estadounidense en la época de la “guerra fría” no poco debió a las premisas geopolíticas de Spykman, que llamaban a impedir la emergencia de un poder terrestre que controle la “isla mundial”, Eurasia (y no hay dudas de que aún hoy se sigue pensando con él). Los escritos de Henry Kissinger o Zbigniew Brzezinski y la política exterior estadounidense que ellos pergeñaron para un país que se decidía a pensarse global, hablan claro de ello, por ejemplo en la insistencia por aislar a la URSS de la China maoísta. Paradójicamente, cuando el hemisferio norte conminaba a eclipsar la geopolítica –incluso la Unión Soviética triunfante la caratulaba de “ciencia burguesa”– en América del Sur crecía todavía más de lo que ya lo había hecho.

Seguidamente, otra de sus particularidades radica en que la geopolítica nunca se estabiliza como discurso, bien parecería una sub-disciplina sin fronteras claras. Claro está que no cuenta con un armazón categorial propio y delimitado, sino que anida entre muchas otras corrientes de ideas, tomando prestado conceptos de disciplinas tradicionalmente más

consolidadas: la ciencia política, la historia, la geografía, la economía, las relaciones internacionales, entre las principales. A veces se recuesta en la ciencia política y opera como una “conciencia geográfica del Estado”, a veces linda con las relaciones internacionales y le transfiere su sabida agresividad, a veces se liga a una de las disciplinas madre, la geografía, y pasa a encarar una “analítica” del espacio. Al respecto, valdría decir que es algo más que “híbrida”: la pregunta acerca de qué es la geopolítica constituye un parámetro de autorreflexión que la acompaña incansablemente desde que nació, tornando evidente que la pregunta no va a encontrar respuesta y que más vale seguir el hilo de sus efectos reales. A la geopolítica, en este sentido, le sucede lo mismo que en esencia le pasa cualquier rama del pensamiento no matemático, pero de un modo más drástico: sus consecuencias parecen mucho más significativas que sus credenciales teóricas. En efecto, suele mostrar sin mediatintas lo que la retórica vincular entre estados, el perfil cientificista de las relaciones internacionales, o los protocolos de cancillería suelen esforzarse por mediatizar u ocultar: vendría a ser una suerte de inconsciente reprimido del engrandecimiento del Estado; al que es preferible no citar a las luz del día. Quizás por ese espíritu agonal y descontrolado el general alemán Karl Haushofer advertía de la “belleza demoníaca de la geopolítica”¹.

Por último, los soportes institucionales que solieron alojarla fueron muy variados, a veces linda el rigor académico –aunque no sea su *métier*–, y de hecho escasean las casas de estudio que la tienen como protagonista en cualquiera de sus niveles; por momentos es parte intrínseca de la planificación estatal; y también se alimenta de un sinfín de elaboraciones individuales, carentes de otro respaldo que no sea el interés personal. Errante, la geopolítica amaga con no tener una “casa” estable donde residir. Aunque hay que aceptar que tampoco es tan así, el ala castrense sudamericana nunca dejó de evocar su nombre y casi parecía que la geopolítica encontraba allí un refugio propio. Las figuras más destacadas

1 Haushofer, citado en Trias (1967: 20).

en el campo de la disciplina provienen en su gran parte de intelectuales abocados a pensar la vida estatal, particularmente dentro del *establishment* militar: independiente, celoso de su autonomía, podía allí desplegarse sin freno ni adversarios. Pero esta ubicación, como veremos, responde a lo que suele llamarse “geopolítica clásica”². Al día de hoy, las evocaciones fatídicas quedaron atrás (la idea anglosajona de una “ciencia nazi”, por ejemplo) y la denominación “geopolítica” parece haber adquirido una nueva carta de ciudadanía que está a la moda citar; de hecho, suele utilizarse más por lo que evoca “de interesante” que como una categoría precisa.

Si las cosas son así, ¿por qué, entonces, prestar tanta atención a la geopolítica? Lo que resulta especialmente atrayente es la incidencia que ha sabido tener en algunas decisiones inherentes a la orientación política medular de los Estados sudamericanos contemporáneos. La geopolítica, tradicionalmente prescriptiva, jugó un papel clave en las políticas de muchos gobiernos, desde la segunda guerra mundial en adelante, y aún antes. En este sentido, afirmamos que si bien el prisma geopolítico no ha tenido, quizás, la influencia que por ejemplo supo desplegar la “teoría de la dependencia”, su alcance ha sido realmente vasto (incluso hasta postulamos que esa misma teoría no está exenta de una “imaginación teórica” soportada en dinámicas espaciales, geopolíticas y geoeconómicas). Ya dijimos, entonces, que la geopolítica es una *rara avis* en el universo de las ciencias sociales y humanas, pero aquí sugeriremos que esa especie menor, como si fuese el ornitorrinco que escapa a la taxonomía del ciclo evolutivo, y que muy apenas ha merecido atención alguna es, sin embargo, central para comprender dinámicas histórico-sociales recientes de Sudamérica, siempre desde su particular prisma. Por otra parte, la extensión del

2 Cairo Carou brinda una rápida pero interesante distinción de líneas en las que puede desglosarse la “geopolítica clásica”: “los practicantes de la *Geopolitik*, sus críticos, los que entienden que la geopolítica es una Ciencia Política, los que la consideran una ciencia dinámica, los que la aplican a todas las escalas geográficas y aquellos que la circunscriben a determinado tipo de relaciones externas” (Cairo Carou, 1993: 200).

lenguaje especializado, neutro, profesional y técnico de las relaciones internacionales obedece a una mutación reciente, propia de la relativa distensión que advino tras la caída del muro de Berlín y del *elam* democrático generalizado también nuevo. A nivel global, es indiscutible que la geopolítica “pura y dura” ha vuelto.

Pese a que esta materia posee una intensa tradición al mismo tiempo que renueva sus ideas, no ha sido correlativamente analizada en América del Sur. Siendo así, nos adentraremos en los pormenores que nos deparan las formulaciones de la geopolítica, en sus trazos gruesos y de manera exploratoria e iniciática. El recorte se basa en prestar atención a los estudios que reclaman para sí el nombre de la geopolítica (y quizás algunos otros que, sin hacerlo, son estrechos vecinos a su problemática, a la luz de ciertos contextos históricos generalmente conocidos). Fundamentalmente, nos convoca el hecho de consignar los orígenes, proyectos y efectos de la disciplina, bajo el modo especial en que considera dilemas históricos y actuales de los países de la región. Aunque soportamos nuestra investigación en un amplio *corpus*, prácticamente inexplorado hasta aquí, no ansiamos más que ensayar algunas impresiones en un lapso que supera el medio siglo, a sabiendas que nos aguarda una argumentación pormenorizada en marcha³. Indagar sobre el derrotero de esta disciplina es, asimismo, un problema de recepción de ideas, de usos. Los países imperiales le confirieron parte de sus premisas a la geopolítica local, puede rastrearse sin inconvenientes la inspiración que proveía la “escuela” alemana, inglesa, estadounidense o francesa, pero sus usos siempre guardaron el irreductible color del hemisferio sur. No será aquí, precisamente, donde asumamos el lugar de “periferia”, muy por el contrario nos interesa la singularidad de lo que sucede en nuestros países. En un punto, historizar la idea geopolítica quizás permita contribuir a su densidad disciplinar, hacerse de esa tradición y discernir sus mejores rumbos.

³ Este escrito es una condensación primera de una investigación en curso más amplia sobre la historia de la geopolítica en Sudamérica.

I. Estadocentrismo, formulaciones iniciales e incidencia militar

La geopolítica ingresa de manera decidida a nuestra costa en medio de la Segunda Guerra Mundial. Concretamente, el primer libro que contiene esta nominación en Sudamérica fue *La República Argentina en el panorama geopolítico del mundo*, de 1944 (Labougle, 1944). Cuatro años después, el jefe del Ejército de Chile, el general Ramón Cañas Montalva, principal impulsor de la disciplina en Chile y conocedor de primera mano del sueco creador del término –Rudolf Kjellen–, lanza la revista *Tierra australis*, institucionalizando la geopolítica desde las entrañas del Estado (Caviedes, 1990). También en 1948, el general colombiano Julio Lodoño publica *Sudamérica o la geografía como destino* (Lodoño, 1948). La idea de “destino manifiesto” tiene su origen en la pretensión estadounidense decimonónica de expandirse hacia el oeste, en nombre de la civilización y amparada por la providencia, un impulso tan natural como irrefrenable (antecedente directo de la visión alemana de “espacio vital”). Inmersos en un *pathos* organicista basado en un biológico crecimiento del Estado como “síntesis” de la nación, casi todos los países subcontinentales vendrán a postular sus “destinos manifiestos”. Por entonces, cuando en la Europa de posguerra la geopolítica quedaba enterrada junto al expansionismo alemán, aquí prosperaba y se expandía sin freno. Igualmente, los textos originales “llegaron sin la violencia experimentada en el hemisferio norte”, “amortiguados”, puesto que se habían desgastado en una batalla que, además, ya concluía (Atencio, 1965: 120). En Brasil, la alineación con el bando vencedor en un contexto bélico mundial había acercado al ala castrense a los escritos geopolíticos, mientras en Chile y la Argentina había sido cultivada por la presencia “prusiana” en la modernización de los ejércitos de principios de siglo. En la geopolítica del Cono Sur la variable geográfica hará pareja con la política de Estado en función de blindar los “intereses nacionales”, adquiriendo un perfil estado-céntrico, militarista y expansionista que perdurará durante largo tiempo. Repasemos, pues, sus inicios en estos países.

Originalmente, en Brasil encontramos una serie de destacadas figuras que serán vistos a posteriori como una suerte de “*founding father*” de la disciplina. En la década del 20, Everardo

Backheuser –profesor de geopolítica en la Escuela Politécnica de Rio de Janeiro– llamaba a valorizar el espacio interior de Brasil y postulaba el traslado de la capital –la futura Brasilia–, hacia la ruralidad del *hinterland* (área de influencia de un asentamiento, “tierra posterior” en alemán literal), lo que también ayudaría a consolidar las regiones de frontera (Tosta, 1958). Es que el collar de ciudades costeras de Brasil miró siempre al Atlántico imaginando un interior no explorado, corazón de América del Sur y vecino amenazado de todos los países. Ya en 1933, el capitán Mario Travassos, juzgado inspirador de la proclamada “Marcha hacia el oeste” de Getulio Vargas, publica *Proyección Continental del Brasil*. Allí, sistematiza un *corpus* anterior y luego permanente de la geopolítica local: la conexión de los vastos espacios, trazando líneas bidireccionales entre el Atlántico y el Pacífico (antagonismo vertical) y desde la cuenca amazónica a la del Plata (antagonismo horizontal). Contrarrestar el predominio de Buenos Aires en el sur requería incidir en el potencial estratégico del triángulo central de Bolivia (Santa Cruz, Cochabamba, Sucre) desde el Mato Grosso brasileño, para así horadar la hegemonía argentina sobre los “estados tapones”; a saber: Uruguay, Bolivia y Paraguay (Travassos, 1978). Tal ha sido la significación de Travassos en el pensamiento estratégico carioca que Carlos de Meira Mattos –otro destacado y posterior geopolítico local– ha subrayado que su premisa básica era “ofrecer una solución geopolítica para vertebrar la masa continental sudamericana” (ver Mapa 3) (Meira Mattos, 1975: 52). En suma, se prefiguraba un expansionismo que suele remontarse a la “geofagia” exploratoria de los *bandeirantes* paulistas, y que en no poca medida respondía a la tensión latente y añeja con Argentina en los ríos del Plata. De este modo, si la geopolítica *verde-amarela* celebrará luego un crecimiento profundo, para tornarla la más nutrida, compleja e inventiva de la región, ello se debe a que sus bases venían asentándose desde tiempo atrás.

Mapa 3: expansionismo brasileño

América del Sur según los geopolíticos brasileños Mário Travassos y Golbery do Couto e Silva: un Brasil ampliado



Fuente: Schilling, Paulo (1978) *El expansionismo brasileño*, El Cid, México

A diferencia, la geopolítica de Chile vivirá en su ambiente castrense siempre en tensión entre una “geografía loca”, enclaustrada en un puro “balcón al Pacífico” y la intensidad de un núcleo cohesivo fuerte en torno al centro del país; juzgado por Pinochet como el mejor articulado de Sudamérica. Vivirá, a su vez, entre el temor de no controlar sus extremidades del norte y el sur frente al acoso de todos los vecinos que le eran declaradamente hostiles –Argentina, Bolivia y Perú–, y la añoranza de constituirse en una “gran nación” (hasta llegó a querer ser tricontinental: Isla de Pascua, Chile y Antártida) (S/A, 1982 y Pinochet, 2000). Así, la disciplina chilena pivoteó en torno a una serie de núcleos temáticos, todos arrojados hacia el mar: la protección del territorio obtenido en la Guerra del Pacífico (1879-1883), las vías para convertirse en una potencia marítima del Pacífico sur –“el lago chileno”–, el control sobre el estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, y su interés en la Antártica (Child, 1979). En cierto punto, los geopolíticos chilenos diagnosticaron tempranamente al Pacífico como un pivote central del globo sobre el cual la nación debía expandirse, hecho patentizado en la difundida obra literaria de Benjamin Subercaseaux de 1946, *Tierra de océano*. Dicho en los términos de las fuerzas armadas, ya por el año 1954 Cañas Montalba escribe: “El Pacífico, epicentro geopolítico de un nuevo mundo en estructuración” (Cañas, 2000). Las visiones geopolíticas chilenas retornarán una y otra vez sobre estos tópicos; aunque creará otros.

Muy prolífica pero menos adosada a las instituciones, la geopolítica Argentina despunta bajo una doble condición: la turbulencia de la Segunda Guerra y la rápida percepción en el ejército de lo que se elaboraba en Brasil. Ciertamente, en 1941 ya se encontraba traducido y difundido en los círculos militares argentinos *Proyección continental de Brasil* de Travassos, que “despertó inquietudes por conocer los fundamentos y la teoría” que lo sustentaba (Atencio, 1965: 122). En este mismo año, en Argentina se publicaba el primer libro estrictamente sobre la temática: *Introducción a la Geopolítica*, de R. Hennig y L. Körholz, cuya quinta edición de 1938 fue traducida del alemán, editado por la Escuela de Guerra Naval y distribuido

al “personal militar” (luego la editorial Labor la difundiría en el “ámbito civil”). Diseminándose rápidamente, en 1948 el radical Atilio Cattáneo dicta la conferencia “Geopolítica imperialista y la nueva Argentina”, donde rechaza el “estatismo totalitario” de Perón, muy especialmente los ribetes imperialistas ejemplificados en una frase del canciller Quintana, que abogaba por recuperar las tierras virreinales (Cattáneo, 1948). Es que frente a la “insularidad” que Brasil padecerá hasta el 64, la experiencia peronista intentó liderar el Cono Sur, en parte bajo la doctrina de la “tercera posición” enunciada por Perón, donde su Argentina sería el eje articulador del ABC, ligando al vecino país del noreste y del oeste. Más aún, la política exterior peronista resaltaba la singular “latinidad” regional frente al “protestantismo” individualista y materialista de cuño estadounidense (Zanatta, 2013). Ya desde la Primera Guerra Mundial la Argentina se verá como punta de lanza subcontinental, no solo a través del ABC, sino también por sentirse desposeída del espacio virreinal que suponía propio. Desde este comienzo temprano la disciplina irá creciendo lentamente hasta abarcar múltiples temáticas y complejos desarrollos, ahondando en una serie de puntos: el control de la cuenca del plata (bajo la postulación de que cualquier objeto arrojado en esa vastísima superficie fluvial tarde o temprano pasa por la vista de Buenos Aires); la amenaza siempre latente de Brasil; los modos de integrar el territorio nacional y las proyecciones posibles hacia la Antártida y las islas del Atlántico Sur. Como importante centro editorial, Argentina ha sido la principal propagadora del pensamiento geopolítico clásico y latinoamericano (Child, 1979).

La geopolítica vive un esplendor cuando Brasil se alinea decididamente bajo el ala “occidental” durante el golpe de Castelo Branco del año 1964, encarando la fusión entre la burguesía industrial en ascenso, los sectores militares y la élite tecnocrático-militar. La revolución del 64 fue un “golpe para el Estado” llevado adelante por el ala “atlantista” de los militares (frente al ala “nacionalista”), que instauró una “hegemonía duradera” durante cerca de 20 años (Rouquie y Suffern, 1997: 296). Este sector de las Fuerzas Armadas había

participado junto a Estados Unidos en la liberación de Italia y desempeñado un papel determinante en la Escuela Superior de Guerra (ESG). La *sorbonne* –nombre popular de la academia–, creada en 1949, fue un espacio de socialización de toda una generación de militares, que ira formando una doctrina cada vez más sólida y compartida resumida en los axiomas de “seguridad y desarrollo”, versión moderna de la consigna “orden y progreso”. El pensamiento geopolítico fue la doctrina oficial de ESG y se aplicará sin fisuras dado el autoritarismo ejecutivo del novel régimen. Obviamente, el expansionismo desarrollista brasileiro de entonces no se explica por la pregnancia de ciertas ideas, que con un impulso menor aunque similar también acompañaron a la fracasada “Revolución Argentina” de Onganía en el año 66, pero nada se comprende sin ellas. Tal ha sido la importancia de esas visiones en Brasil que un artículo académico entero presenta un problema que, en verdad, deja poco margen de duda: si la influencia de las ideas geopolíticas brasileñas en la política exterior había sido directamente “monopólica” o “compleja”, es decir, no absoluta (Rotulo, 1994). El país entabla por entonces una “cooperación antagónica” con EEUU, aceptando el papel de gendarme derivado o “satélite privilegiado”, dispuesto a exterminar el comunismo exótico y defender los valores occidentales y cristianos, pero encarando el desarrollo endógeno. A cambio, Estados Unidos debía reconocer “la real estatura de Brasil en esta parte del Atlántico”, en palabras del influyente Couto e Silva, hecho que irritaba en no menor medida a los colegas sudamericanos (Couto e Silva, 1967: 51-52).

En las sucesivas presidencias de la “república pretoriana” brasileña, las fuerzas armadas tendieron a “invadir” el Estado, guardando un peso superlativo las instituciones burocrático-militares en las que se tomaban las decisiones, por caso, el *Consejo Nacional de Seguridad* o el *Serviço Nacional de Informações*. En medio de este armazón estatal, sobresale indudablemente la figura del general Golbery do Couto e Silva, jefe de la Casa Civil en tres de las cinco presidencias entre el 64 y el 81, y quien ha sido –se afirma– “el verdadero poder detrás de los 17 largos años de administración militar” (Moniz

Bandeira, 2009; Levine, 1982: 54). Entre las muchas fuentes acerca de su singular papel, citamos: “El pensamiento de Golbery do Couto e Silva, expresado en una serie de ensayos escritos a partir de 1952 y compilados en el libro *Geopolítica de Brasil*, es la base de la doctrina que domina de manera abrumadora la ofensiva expansionista del Brasil sobre África y América Latina” (Castro, 1980: 108). ¿Cuál era, brevemente, su concepción? El Estado era, claro, la nación organizada, un superorganismo que debían timonear los militares, encarnación del “espíritu nacional”. Ellos tenían la obligación de expandirlo, dada la posición geográfica y la extensión de Brasil, generando una política integral de poder y desarrollo tanto interna como externa. En términos estratégicos, Golbery consideraba que el *heartland* o “corazón” brasileño, situado en torno al distrito federal, “tiene inscripto en sí mismo un destino imperial”, proyectando una geopolítica de “fronteras vivas” (Couto e Silva, 1967: 53). Ese área de maniobra central, núcleo irradiador de progreso, debía extenderse, ser el impulso decisivo a la política de “continentalidad” (véase Mapa 3). El papel de gendarme sudamericano, trazando líneas hacia la Antártida y el oeste africano, son otras tantas premisas en la búsqueda continua del estatus de “gran potencia” y de “proyección internacional” conceptualizados por entonces.

Estas prescripciones geopolíticas –el “alma del régimen”, en palabras de Zavaleta Mercado– estuvieron pegadas a los hechos (Zavaleta, 2015 [1976]: 746). Por ejemplo, la geopolítica brasileña de la época juzgaba a Paraguay y Bolivia “estados prisioneros” de Buenos Aires, enclavados en el “área de soldadura” que también componía el Matto Grosso; y la política de ocupación de tierras en Paraguay, la construcción allí de la entonces mayor represa del mundo, Itaipú, sumado al apoyo directo al golpe de estado de Banzer en la Bolivia de 1971, dieron pie a la conformación de un área de influencia de la cancillería de Itamaraty. Asimismo, el crecimiento económico endógeno era la condición básica para la concreción del destino de “potencia”. En efecto, el desarrollo de la economía también se materializó: para 1971 el PBI creía a un ritmo de 11% anual, a 18% lo hacía el PBI industrial y para ese mismo

año 43 de las 100 empresas más grandes eran propiedad del gobierno o estaban controladas por él (Castro, 1980). Quitando las ideas ultraliberales que se expresaban en los asuntos económicos, se expandía el sector público mientras se consolidaba un “capitalismo de Estado”. Pese a que la participación estatal en la economía se remontaba a momentos previos, la impronta del 64’ le confirió una “preponderancia abrumadora”: de las cerca de 600 empresas que el gobierno nacional controlaba en 1980, aproximadamente doscientas se habían fundado después de 1964 (Rouquie y Suffern, 1997: 299). Hechos singulares que motivaron a algunos liberales a caratular de “socialista” a la administración del general Ernesto Geisel (1974-1979). En definitiva, no son pocos los que advierten esta imbricación entre la doctrina geopolítica y los 20 años del gobierno militar. Entre otros, apunta Raúl Zibechi: “La idea de que Brasil debe ‘engrandecerse o perecer’, que nació en la Escuela Superior de Guerra, fue ampliándose hacia la burguesía brasileña y amplios sectores de la sociedad” (Zibechi, 2012: 90). Las pretensiones de status que Brasil se ufana hoy por realizar son inseparables de los escritos que las inspiraron bajo la pluma de la geopolítica. Y, en cierta medida, esta fuerte imbricación entre geopolítica y desarrollo distingue a las formulaciones de América del Sur de las europeas o estadounidenses, concentradas primero en la política exterior.

La Argentina no estuvo exenta de una visión similar a la de Brasil, más bien lo contrario. La particularidad es que aquí las elaboraciones parecieron ser más acotadas, venir por ejemplo del general Enrique Guglielmelli antes que de una escuela “orgánica” capaz de perdurar en el tiempo y con peso en el Estado. Sin embargo, su presencia no fue inocua, Guglielmelli fue cabeza de la Escuela Superior de Guerra y del Centro de Altos Estudios (formación militar avanzada), comandante del 5to cuerpo de la Armada y secretario del Consejo Nacional de Desarrollo durante el gobierno de Onganía (1966-1971). Sus escritos llamaban a articular el nacionalismo económico, el desarrollo nacional y la integración del país, como modo de resolver el estancamiento regional y el cerco

de los oponentes internacionales, particularmente el acoso de Brasil, Chile e Inglaterra (Kelly, 1997). Siempre bajo una concepción política conservadora, la compleja elaboración de sus planteos sobre la “península” Argentina se plasmaron en la *Revista Estrategia* (1969 y 1984) –que Jack Child caratuló “claramente de Latinoamérica (y posiblemente del mundo) más sofisticada y penetrante revista de geopolítica”– pero no llegaron a conocer la efectividad que impactó en Brasil (Child, 1979: 95). En este sentido, un factor explicativo de ello es el contraste entre la perdurable política militar brasileña y la más errática Argentina; más faccionalista y, finalmente, de claro signo desindustrializador y neoliberal.

Ahora bien, para concluir este apartado, permítasenos realizar una mención al vínculo estrecho entre geopolítica y teoría social crítica latinoamericana⁴. Indudablemente, este magma de ideas que caracterizó, reflexionó y debatió hondamente acerca de las dificultades que tendría que sortear la región para encontrar un lugar propio en la escena de la segunda posguerra, estaba transido por una imaginación teórica plagada de dimensiones especiales, de orden geopolítico. En términos simples, su problema estribaba en cómo resolver la “querrela del excedente”; esto es, la externalización de la fuerza humana y material sudamericana o, en otras y bellas palabras, el “excedente infecundo” (Zavaleta, 1986). Así fuese la necesidad de oponer una modernización frente al tradicionalismo –y más consistentemente un desarrollo ante la situación de subdesarrollo–, o una liberación final frente a la opresiva dependencia, siempre aparecía como trasfondo, con diferentes grados e intensidad, no sólo un lastre histórico sino también geográfico, en la omnipresente tensión entre centro y periferia por caso (Joseph, 2005). El paradigma estructural-desarrollista de la usina central que fue la CEPAL, traía a colación una división internacional del trabajo en la que se deterioraban los términos del intercambio para la región (la baja tendencial del precio de las materias primas), de la que sólo podía salirse mediante la industrialización sustitutiva, el

4 Para una historización integral de la teoría social latinoamericana véase Svampa, 2016.

reforzamiento del Estado y el crecimiento endógeno. Casi en simultáneo, el campo dependientista –en diálogo fuerte con el desarrollismo y en el marco de sus dilemas–, postulaba un “bloqueo estructural” dado que el subdesarrollo no podía ser evitado porque era el producto permanente e impuesto de la expansión del capital central. La dependencia, la “heteorgeniedad estructural”, el “colonialismo interno”, se saldarian entonces bajo alguna delicada estrategia que la mayoría de las veces convocaba a la radicalidad política. Incluso más, la influyente cuestión social que analizó esta última corriente se desplegó en base a los conceptos de “masa marginal” o “polo marginal”, también linderos a una imaginación teórica referida al espacio. Y más geográfico aún, esta vetas centrales del pensamiento latinoamericano del siglo XX se estrechaban con la variedad de elaboraciones teórico-políticas dispuestas para ubicar el lugar de la región entremedio de las relaciones internacionales: tercermundismo, imperialismo, subimperialismo o neocolonialismo (bajo está última denominación, por ejemplo, en su *Historia de América Latina* de 1967, Tulio Halperin Donghi definía al lapso continuo de la etapa regional que se abre a mediados del siglo XIX) (Halperin Donghi, 1999 [1967]). En suma, la geopolítica no era solamente el eje articulador del desarrollismo militar brasileño, sino que la influyente teoría desarrollista adoptada por más de un gobierno civil, junto a la muy extendida teoría de la dependencia que venía a dialogar y debatir con ella, estuvieron preñadas de un influjo geoeconómico y geopolítico.

II. Del anti (y sub) imperialismo al terrorismo de Estado

El clima revolucionario abierto por la experiencia cubana se palpa en el libro *Imperialismo y geopolítica en América Latina* de Vivian Trias, editado en Montevideo en 1967 con una portada diseñada por Eduardo Galeano. Allí, luego de analizar meticulosamente desde un armazón teórico marxista el papel imperialista de EEUU y subimperialista de Brasil, acomete un llamado a encarar una “integración latinoamericana para

la liberación” o resignarse a la más cruenta dependencia. Desde Uruguay, el dirigente del partido socialista aseguraba que era preciso escapar del destino de “estado tapón” para constituirse en un “nexo de la liberación”, porque solo así vislumbraba que la propia revolución uruguaya fuese posible (Trias, 1967). Tal apreciación era justa. El mejor libro de análisis del “corazón geopolítico” de la dictadura del 64’, *El expansionismo brasileiro* de Paulo Schiling, primero fue publicado por partes en el semanario montevideano *Marcha* durante el año 1971, bajo el título “¿Irás Brasil a la guerra?”. Denunciaba entonces el plan “30 horas” para ocupar Uruguay en caso de que triunfase el “comunismo”, así como el apoyo directo de Brasilia al golpe de Banzer en Bolivia (Schilling, 1978). Aquel tinte liberacionista no estaba aislado. En 1968 triunfó el golpe de Velasco Alvarado en Perú, el “nacionalismo revolucionario” expulsó a la Standar oil y encaraba la reforma agraria, entre las múltiples causas de esta singular experiencia se suele indicar la influencia que ejerció en los oficiales el Centro de Altos Estudios Militares, plagado de cursos innovadores que alumbraron la doctrina de “seguridad integral”, cuyo basamento rezaba la necesidad de eliminar la pobreza y desarrollar Perú, el famoso “socialismo humanista” de cuño local. Es que los márgenes de maniobra se habían dilatado mínimamente entre 1968 y 1973 a causa de la prescindencia cubana luego de la derrota del Che y la insistencia Soviética porque abrace la doctrina del “socialismo en un solo país”, sumado a que menguaron las presiones norteamericanas debido a su dedicación a Vietnam y al eternamente incontrolable Medio Oriente (Rouquie, 1984).

En paralelo, el Cono Sur conocerá textos que denunciaban la faz imperialista protagonizada por EEUU, pero desde un prisma cercano a la “izquierda nacional”. En Argentina, una serie de escritos que abrevaban en el pensamiento geopolítico venían a resaltar las virtudes de la integración y de los destinos nacional-populares. En 1972, Ceresole publicaba una *Geopolítica de la liberación nacional* en donde diagnosticaba una crisis argentina que la conduciría a perder su liderazgo hispanoamericano, clave para la concreción

de un socialismo-nacional, doblemente amenazado por el imperialismo y el subimperialismo. Ante esta realidad, frente a la capital conservadora, Brasilia, la derrota de EEUU en Vietnam, y a la espera del advenimiento de Perón, proponía dirigirse hacia el Pacífico hispanoamericano, área de influencia natural argentina que atemperaría el expansionismo carioca (Ceresole, 1972). Inspirado en el mismo ambiente político, en *La argentina triangular. Geopolítica y proyecto nacional* de 1975, Gustavo Cirigliano vivaba al peronismo en el poder afirmando la necesidad de afianzar la línea “interior o andina” frente a la ya desarrollada “línea del litoral o del plata” y a la reservada para el futuro: la “línea antártica” (Cirigliano, 1975). Ninguna de estas producciones de matriz nacional-popular tendría chance de concretarse.

Pero la existencia de Cuba, su continuo amparo a convertir la columna vertebral andina en la sierra maestra regional y, fundamentalmente, el auge de la política de masas y el acompañamiento de las variantes militaristas, llevaron a la administración estadounidense a remplazar su “Alianza para el Progreso” por la cruenta “Doctrina de Seguridad Nacional” (DSN). La “seguridad nacional” sustituyó a la “defensa nacional” y, tal como si fuese un calco de la geopolítica clásica, el Estado seguiría siendo un organismo vivo que debería desembarazarse de la subversión, su “enemigo interno”, valiéndose de las “fronteras ideológicas” que delimitaban el “cáncer” comunista a extirpar. Los instrumentos utilizados por Estados Unidos para poner en práctica esta doctrina han sido disímiles: tratados, agregados militares, misiones especiales, cursos en escuelas especializadas y demás. Igualmente, uno de los más renombrados ha sido la Escuela Militar de las Américas en Ford Gullick, zona del Canal de Panamá. Hacia 1973, diez años después de su creación, 170 graduados eran jefes de gobierno, ministros, comandantes, generales o directores de los departamentos de inteligencia de sus respectivos países (en 1975 se habían graduado 33.147 alumnos) (Velazquez, 1992). Por caso, para 1965 “prácticamente todos los oficiales chilenos pasaron algún tiempo en escuelas militares norteamericanas” (Rouquie y Suffern, 1997: 301).

Los golpes de Estado de Perú, Panamá, Bolivia y Chile fueron directamente ejecutados por alumnos salientes. Y nuevamente, tal como sostiene Werz: “la geopolítica fue precursora de la Doctrina de Seguridad Nacional (...) y los generales, adiestrados geopolíticamente, intentaron justificar de esta manera su dominio discrecional y los procedimientos represivos de la oposición interna”⁵. Otro de los dominios de la geopolítica, quizás cuando más le cuajó el epíteto de “disciplina maldita”, reside en la redacción de los postulados axiales de la doctrina que ensombreció América del Sur durante muchos años. Fueron ideas que encarnaron en las dependencias militares de todo el subcontinente, desatando una verdadera oleada de dictaduras represivas. Pero esa “redacción” estadounidense surtiría pleno efecto porque su “gramática” venía siendo largamente aprendida y practicada por mentores autóctonos. Asimismo, se ponía en marcha una versión aglutinante de carácter conservador: el Plan Cóndor estipulaba la cooperación y respaldo mutuo en las tareas represivas encaradas por las cúpulas dictatoriales del Cono Sur.

Bajo este camino, la trayectoria chilena de la geopolítica es particularmente intensa. Ya mencionamos al general Cañas Montalva, designado director del Instituto Geográfico Militar (IGM) en 1946, quien un año después se convierte en Comandante en Jefe del Ejército (al instante crea la primer base castrense en la Antártida). Antes y después, Montalva anima fuertemente la expansión de la disciplina. Palpablemente, en Chile “el Ejército ha sido un actor destacado en la divulgación del pensamiento geopolítico y específicamente la Academia de Guerra ha constituido un permanente polo de desarrollo y difusión” (Meirelles Müller, 2000: 8). La influencia de la escuela alemana es aquí notoria, no por la corriente inmigratoria germana que proporcionó bastante personal militar, sino por el fuerte y tradicional contacto trabado con el ejército prusiano. A la hora de trazar sus precursores geopolíticos no dudan en remitirse a la figura fundante de O’Higgins, y desde allí en adelante avizoran una continuidad poblada de escritos

5 Werz, citado en Gonzales, 2002: 128.

que glorifican la nación: en Chile la geopolítica se adosa a las academias militares y ellas se adosan al Estado, anidando allí incasablemente, al compás de la perduración ideológica y política del *establishment* militar en tiempos de democracia. En sus inicios se desarrolla primeramente en la Academia de Guerra y en el Instituto Geográfico Militar (IGM), y se ramifica en décadas posteriores en la actual Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPyE) dependiente del Ministerio de Defensa, tal como lo confiesan los escritos de los mismos militares chilenos (Contreras, 2008)⁶.

Institucionalmente robusta, no existen dudas de quién ha sido el animador central en el último cuarto del siglo pasado: Pinochet publicó en 1968 su libro titulado, precisamente, *Geopolítica*, donde la aplica a la realidad de su país (Pinochet, 1974). Él mismo supo consignar en una entrevista realizada por Howard Pittman, que algunas de sus acciones de gobierno habían sido “pura geopolítica” (Pittman, 1990). Entre ellas, el reconocimiento de la naturaleza tricontinental de Chile –andes, Pacífico y proyecciones antárticas–, el trazado de carreteras y la reforma administrativa, así como el intento de descentralizar el “corazón” del valle central, integrando las zonas más periféricas y menos desarrolladas. Además de establecer el Instituto Chileno del Océano Pacífico, Pinochet incluso talló en la educación elemental, que enseñaba geografía en términos “geopolíticos”⁷. Indiscutiblemente, la

6 Una serie de revistas también delatan la pluma geopolítica como impuso central: el *Memorial del Ejército de Chile*, la *Revista Geográfica de Chile Terra Australis* del IGM, y la *Revista Política y Estrategia* de la ANEPyE. Desde 1981 y durante 10 años existió, además, el Instituto Geopolítico de Chile, entidad privada sin fines de lucro, que publicó la *Revista Geopolítica de Chile*.

7 Más tarde, dirá Pinochet en la exposición de cierre de las I Jornadas Internacionales de Geopolítica en Chile: “la acción geopolítica puede verse también reflejada en importantes documentos suscritos en el periodo que ocupé la Presidencia de la República (...) Así pueden observarse en documentos tales como la ‘Declaración de Principios de Gobierno de Chile’, de 1974; el ‘Objetivo Nacional’, de 1975; el ‘Objetivo Nacional y políticas Generales del Gobierno de Chile’, de 1981; o, entre muchos otros, ‘Estrategia Nacional de Desarrollo Económico y Social: Políticas de Largo Plazo’, del año 1977” (Pinochet, 2000: 93).

necesidad de extirpar la disidencia se acoplaba sin obstáculos a su visión del Estado. El planteo central del dictador giraba en torno a la idea ratzeliana del Estado como organismo viviente y cuatro eran sus componentes: el *heartland* o núcleo vital, el *hinterland* sobre el cual avanza el núcleo, las comunicaciones que son las nervaduras de conexión, y la expansión-contracción de las fronteras (“congeladas” en Chile, por falta de “irrigación”). De este modo, las ideas de Pinochet y la Doctrina de Seguridad Nacional se complementan e integran muy fluidamente. No es extraño, por tanto, que sus elaboraciones recibiesen la acusación de embeber teorías del régimen alemán nazi (Montaño Pardo, s/d; Vergara, 1985).

Empero, no solo de ánimo castrense ha vivido la geopolítica. Bolivia –siempre especial–, no tuvo al ala militar como su organizadora primera, pero sin embargo ha sido muy prolífica en textos sobre la temática. Sucede que la geografía impacta en Bolivia: falaz integración territorial de su “Estado aparente”, balcanización regional, robustez del poder local, el territorio parece una verdad más esencial que la violencia (lo perdió a manos de todos sus vecinos, quedando la mitad del legado por la Audiencia de Charcas). La geopolítica boliviana tematiza recurrentemente la pérdida de la función “respiratoria” de la salida al Pacífico mientras asegura que su mediterraneidad la convierte en el centro del subcontinente, un “Estado pivot”, obligado paso de cualquier enlace que se pretenda Sudamericano (Valencia, 1974). Bolivia ha desarrollado una “geopolítica interna” que piensa el modo de activar el desarrollo local, así se palpa en *Antología geopolítica de Bolivia* de 1978, primera de Sudamérica (Baptista y Saavedra, 1978). Aquí, no pocas elaboraciones apostaban a hacer pareja con estados tapón o “*buffer states*” como Paraguay y Uruguay, para ganar peso frente a sus vecinos más poderosos. Este último país gestó una de las publicaciones periódicas de más largo aliento, la *Revista Geopolítica*, luego *GEOSUR*, que ha editado en Montevideo más de 250 números entre 1976 y 2002. Dicho de manera esquemática, la propia condición uruguaya de nación atenzada por sus vecinas contribuyó a que el pensamiento geopolítico proliferase con originalidad.

La definitiva consolidación durante 1973 del militarismo conservador y represivo (luego de esos epifenómenos que entre el '68 y el '72 hicieron sonar las campanas de “revolución por parte del Estado mayor”), representa también el auge de la geopolítica de cuño nacional y militarista. Surge, en primer lugar, una avalancha de Institutos que se convierten en espacios de edición: en 1975 se edita la *Revista Geopolítica. Hacia una doctrina nacional* de Argentina, por parte del Instituto de Estudios Geopolíticos; un año después sale de imprenta la *Revista Geopolítica*, de Uruguay, siendo el “Órgano oficial del Instituto Uruguayo de Estudios Geopolíticos”; en ese mismo año se crea el Instituto de Estudios Geopolíticos de Bolivia en la ciudad de La Paz; y, en 1979 surge la *Revista de Estudios Geopolíticos y Estratégicos*, de Perú. Paralelamente, la existencia de los institutos representa un soporte que permite sobrepasar la publicación de obras: se realizan charlas y conferencias, se editan libros y textos múltiples. Es un momento de intensa circularidad y de lectura cruzadas de los escritos de la geopolítica en medio de la férrea “seguridad nacional” y las “tensiones” de Estado. Claro está, se había creado el ambiente político propicio para que la geopolítica siga en la palestra, esta vez bajo una impronta nacional-conservadora. Quizás nada certifique este espíritu como las sonadas advertencias del marino argentino Isaac Rojas –primerísimo impulsor de la “Revolución Libertadora” que derroca a Perón en 1955–, convocando a contrarrestar agresivamente el avance brasileño a través de las represas del alto Paraná, las centrales de Corpus Christi e Itaipú, símbolo de la idea de Itamaraty de “fronteras vivas” (Rojas, 1979 y 1980). No pasará mucho tiempo para que el intento desarrollista brasileiro reforzado en el 64 empiece a dar sus frutos, mientras que la Argentina lo abandonaba, de modo que una “política de cercanía” terminó siendo posible en parte –y solo en parte– a causa de la asimetría que se tornó visible cuando los regímenes militares emprendían la retirada.

Durante este primer bloque temporal, la historicidad de la idea geopolítica da muestra de una vitalidad inesperada desde que el final de la Segunda Guerra vino a tenerla como

participe de grandes movimientos socio-históricos del subcontinente, sea insuflando al espíritu desarrollista, entremezclándose con el impulso antidependentista o alimentando al terrorismo de Estado. Así, hemos podido sugerir que acompañó momentos claves de la dinámica del siglo XX en Sudamérica, denotando en cada país distintas trayectorias y temporalidades. Evidentemente, sucede que si la ideología militar debe bastante al tríptico “guerra, nación y territorio”, la geopolítica crece entre ellos por simbiosis natural y en nada extraña que el Estado sea un organismo vivo obligado a expandirse y proyectarse como modo de ser viable. Esta tesis inalterable está en el centro de la obra seminal de Kjellen de 1916⁸. Tal como reporta Cairo Cairou, obedece a un esquema filosófico-teórico que orienta un tipo de práctica política: existe una “fetichización” del Estado, el cual debe “aumentar su poder”, haciendo que la función y el rol de la geopolítica no pueda ser otro que la de informar y prescribir caminos a los “conductores del Estado” (Cairo Carou, 2011). De este modo, la geopolítica servía de caja de herramientas a líderes que pensaban en sus términos, proveyendo una explicación consistente sobre los esquemas de desarrollo nacional, integración territorial, las relaciones con sus vecinos y el mundo; y aquí era mínima la distinción entre profesionales y hombres de acción. Es interesante notar qué poca atención se pone sobre el espíritu militar-nacionalista que también guió al desarrollismo, a veces esencialmente, como en el país que de manera más fidedigna lo ha aplicado: Brasil. Pero a su vez es importante subrayar que la teoría social crítica latinoamericana también estuvo plagada de una reflexión profunda que articulaba economía, espacio y poder. Así como a futuro no habría que descartar la permanencia del *pathos* militarista y estadocéntrico, en el camino descrito durante el siglo XX tampoco habría que desechar una corriente subterránea de una geopolítica integracionista y antiimperialista que apuntó al despliegue de las fuerzas interiores, coloreadas de fuerzas populares. Hemos visto que es falso que la “geopolítica clásica-

8 Kjellen (1916). Véase: AAVV (1975).

ca” haya sido simplemente “clásica”; aunque con la figura del Leviatán adquiriese una fuerza estrechada a las armas, no escasean quienes la han pensado para alimentar las miradas americanistas, tercermundistas y liberacionistas.

III. Geopolítica crítica: integración, proyección nacional y socioambientalismo

La geopolítica irá trocando su perfil militarista y estadocéntrico por otros que rivalizan con él pero también lo matizan, esto no sucederá sino por etapas y en un tiempo prolongado. En términos macro, una primera causa de esta inflexión reside en que durante la década de los años 80 se produjo una retirada militar general del poder, opacando la tradicional centralidad del monopolio de las armas. Igualmente, un empuje central provino de mutaciones “sumergidas” que agitaron la propia disciplina. Otra vez, Brasil es un caso estimulante. Suele fecharse en 1974 la emergencia de una geografía crítica brasileña, que de allí en más crecerá de manera sostenida en medio de la relativa apertura y democratización cultural que acompañó el final de la dictadura (Talledos, 2010). La renovación se inspiró en contribuciones europeas, donde sobresalen Yves Lacoste y Henry Lefebvre, o la obra *Marxismo e geografia* de Massimo Quaini, pero sobre todo de la mano de una interminable producción local. Milton Santos –que publicó *Por uma geografia nova* en 1978– y Armando Correa da Silva, fueron las caras más visibles de un movimiento generalizado, uno de cuyos vectores consistió en la adopción decidida del marxismo en el análisis del espacio⁹. Sobre esta base, sostenían una crítica política “a geografía do Estado”, practicada por los organismos militares y el gran capital, y “a geografia oficial”, publicitada por los departamentos universitarios y los organismos de planificación estatal, por

9 La bastedad de la ruptura puede colegirse de la batería de revistas que le dan cabida a los nuevos aires: *Boletim Paulista de Geografia*, *Territorio Livre*, *Contexto*, *Temas de Ciências humanas*, *Econtros com a Civilização*, *Voces*, reflejan el nuevo “imaginario geográfico” que desplazaba las visiones “neo-positivistas”, “funcionalista”, “teorético-cuantitativa” o “pragmática” (Diniz, 2003).

ello la obra de Lacoste *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre* impactó en los ámbitos académicos brasileños (Moreira, 2000). Esta “geografía crítica”, “renovada”, “libertaria” no siempre utilizó la denominación “geopolítica”, que quedó atada a las variantes conservadoras sostenidas por el Estado, pero su importancia es mayor puesto que constituye la más robusta escuela crítica del subcontinente. A la hora de realizar un balance, para 1988 podía afirmarse haber transitado “un decenio que, al final, revolucionará con sus ideas la geografía de Brasil” (Moreira, 2000: 27).

Con el relajamiento de la guerra fría y en plena posdictadura cedieron las antiguas rivalidades nacionales, centralmente la que oponía a la Argentina y Brasil, habilitando las tentativas de integración bajo un pulso fundamentalmente económico. Se gestó, al interior de este marco más dialoguista, lo que Child y Kelly llamaron una “geopolítica de la cooperación” (Kelly y Child, 1990). Por ejemplo, el militar José Felipe Marini daba cuenta de una bisagra de época al proyectar en la integración regional el camino más deseable, que identificaba posible gracias a la irradiación que debía producir la cuenca del Plata sobre sí y sobre el resto del magma continental (Marini, 1987). Las fronteras, las vías fluviales, las cuencas hidrográficas, los recursos, antes que mojones claves de una contienda, comenzaron a ser considerados base de la cooperación e integración a favor del “desarrollo” (Gonzales, 2002). Sobrevendrían desde entonces miles de contribuciones que analizarán la integración desde múltiples aspectos y puntos de vista, por “derecha”, por “izquierda”, “desde abajo” y “desde arriba”¹⁰. La creación del MERCOSUR en 1991 tornó más palpable aquellas ilusiones aunque a tono con el perfil “comercialista” de la época, que de hecho horadó las fronteras nacionales a causa del impulso transnacional que gestaba el mercado. A su vez, la hegemonía neoliberal y un alineamiento casi automático con la política exterior de Washington, que favorecía una idea de “globalización” en la que se disolvían las identidades nacionales y regionales,

10 Para un estado de la cuestión de los escritos sobre integración en Sudamérica, véase: Kan (2015).

empujó a que los escritos geopolíticos perdieran peso en Sudamérica y terminaran aislados, divulgados a menor escala, reducidos a ámbitos profesionales o versando sobre temáticas ya instaladas (por ejemplo, el diálogo antagónico entre Chile y Perú por la soberanía en el Pacífico o entre Perú y Ecuador debido al histórico diferendo fronterizo) (Lores, 1998; Martínez Busch, 1989 y Chávez, 1998). Con todo, lentamente se iría estructurando un marco de tensiones crecientes entre la globalización ascéptica que propiciaba el liberalismo internacionalista y la persistencia en el subsuelo político de las históricas corrientes antiimperialistas e integracionistas.

Paralelamente, durante los años 90 pero con particular intensidad en la década siguiente, la geopolítica comienza a resonar en nuevas temáticas que hasta entonces para nada se le asociaban, a caballo del crecimiento y profesionalización de las instituciones de educación superior, donde entra casi por primera vez. Distendidas sus aristas más agresivas, la geopolítica prolifera sobre diversas y nuevas dimensiones: el análisis literario, por ejemplo, encontrará una “geopolítica” en la obra de Roberto Arlt; la importancia de las nuevas tecnologías de la información en el diseño de una singular geopolítica “sin territorio”; el análisis cultural, en las derivas geopolíticas del posmodernismo; la historia, una caracterización de la “geopolítica del control social” en los suburbios paulistas de mediados del siglo pasado; en suma, la geopolítica se expande en términos multidisciplinares y abarca objetos heterogéneos (Slater, 1996; MacKenna, 2001; Romero, 2001 y Miranda, 2003). Con aires renovados, la figura omnipresente del Estado y su inserción en el contexto mundial fue habilitando una multiescala que iba de lo global a lo local; y la preponderancia de la “política exterior” se disolvió en favor de análisis multidimensionales. En su momento, la obra de Raffestin, *Pour une Géographie du pouvoir*, venía a traducir en la geografía el “efecto Foucault” en el vasto campo de las ciencias sociales y humanas: su apelación a descentrar la omnipresencia del poder en la cúspide estatal no coincidía en lo más mínimo con una geopolítica “clásica” para la cual ella era “la mayor obra del hombre sobre la

tierra”; en palabras de Ratzel¹¹. Correlativamente, los niveles culturales, identitarios, discursivos de la geopolítica, que antes apenas recibían consideración porque ella era “primero y ante todo *práctica*”, comenzaron a ganar un espacio significativo (O’Tuathail y Agnew, 1992: 191).

Así y todo, este panorama variado no significó que se haya cortado el hilo tradicional de la disciplina, fundamentalmente debido a las especificidades de cada caso nacional. Resulta necesario subrayar que una de las principales usinas para pensar la relación entre geografía y política continuaron siendo las instituciones estatales, particularmente las dedicadas a la planificación estratégica, las relaciones exteriores y la defensa, perviviendo los contornos típicos de la geopolítica “clásica”. En 1997 –durante el “mes del ejército”– se realizaron en Chile las “I Jornadas Internacionales de Geopolítica” en la Academia de Guerra, como una de las actividades centrales promovidas directamente por Augusto Pinochet, quién brindó el discurso de cierre titulado: “Visión geopolítica de Chile: pensamiento y acción”. Historizando el derrotero local, situaba en O’Higgins una directriz de cuño “americanista” y otra “nacionalista” y llamaba a equilibrarlas, mientras convocó a terminar de conquistar las fronteras interiores, tarea irrenunciable de las Fuerzas Armadas. A su vez, destilando nostalgia por su pasado profesoral y militar pero augurando entusiasta un destacado porvenir, reclamaba ver a Chile “insertarse en un sistema difuso, multirrelacionado y sin atarse a pactos ni alianzas estrechas, como ha sido su *lei motivu*” (Pinochet, 2002: 88). En este sentido, tanto en Chile como en Brasil la tonalidad propia de la geopolítica tradicional que tanto había calado –ligando Estado, desarrollo y espacio–, pervivió.

Ahora bien, la renovación fuerte de la geopolítica responde al empuje de dos vertientes que tendieron a confluir a principios del siglo XXI. Una primera está asociada a la mutación del marco socio-histórico general: la lenta y problemática conformación de un modo de acumulación que volvía a colocar a los recursos naturales y el territorio en el

11 Ratzel, [1897] 1987, citado en Cairo Carou (1993).

centro de la escena, la existencia de una serie de gobiernos progresistas –que además trajeron consigo una cierta recreación de los marcos ideológicos del Estado–, el inaudito empuje de la integración regional y la fuerte apelación a la independencia sudamericana en el mundo multicéntrico. A su vez, este “cambio de época” confluyó con otra vertiente que arrastraba a la propia geopolítica al interactuar fluido con teorías contemporáneas de primer orden: la ecología política, la economía política, la geografía crítica, la teoría del “sistema-mundo”, entre las principales. A contracorriente del clasicismo y en espejo al impacto ineludible que producían los historiadores marxistas británicos, David Harvey manifestaba que el objeto *par excellence* de la geografía eran “las consecuencias geopolíticas de vivir bajo un modo de producción capitalista” (Harvey, 1985). Junto con la creciente influencia de los análisis del “sistema mundo” –que también embebió de la “teoría de la dependencia” latinoamericana–, contribuyeron a cimentar ideas-fuerza sobre las cuales sostener la derivas de una “geopolítica crítica”. Empero, lo más significativo es que la geopolítica se inmiscuyó en medio de nuevos actores apuntando al accionar de las clases subalternas, al tiempo que dejó de estar inspirada de manera predominante por posiciones conservadoras para empezar a ser parte de “narrativas populares”, sean enunciadas desde el Estado o desde los propios movimientos sociales.

En este paisaje nuevo la “geopolítica crítica” se expresó en América del Sur en una serie de corrientes de ideas, cuyas diferencias entre sí no siempre son tajantes. En primer lugar, los aires progresistas que parecieron instalarse supusieron la búsqueda de un papel activo en los procesos de integración regional. Bajo este influjo, una de las corrientes que abordó la geopolítica se vinculó con las relaciones de índole imperial encaradas por Estados Unidos como *hegemón* tradicional. De modo que un cúmulo de reflexiones advirtieron sobre la articulación entre militarización, dominancia y voracidad de recursos naturales, a lo cual opusieron una política de Estado con tintes regionales y antiimperiales que prestara especial atención a los problemas de “seguridad”. Tal es el

caso del escrito *Geopolítica del imperio*, de Atilio Boron, en el que dio cuenta de la abusiva injerencia estadounidense en el subcontinente una vez entrado el nuevo siglo; o del recientemente editado *Diccionario Latinoamericano de seguridad y geopolítica*, dirigido por Miguel Ángel Barrios, donde el énfasis aparece en los problemas de “defensa” del continente (Boron, 2014 y Barrios, 2009). También en esta campo pueden incluirse los análisis originales del Observatorio Latinoamericano de Geopolítica¹², dirigido por Ana Ester Ceceña en México, o de la prolífica obra del también mexicano Gian Carlo Delgado Ramos, ambos cada vez más inclinados a incorporar problemáticas ambientales (Delgado, 2003). Entre los análisis más destacados de esta línea sobresale el de Mónica Bruckmann, quien en su escrito *Recursos Naturales y geopolítica de la integración* analizó la dependencia de materias primas que posee EEUU respecto de la región y elaboró una serie de premisas destinadas a salvaguardar el creciente valor de esas riquezas (Bruckmann, 2011). Esta renovada “geopolítica antiimperialista e integracionista” tiene por proyecto potenciar las experiencias de los gobiernos progresistas –principalmente los más radicales– y su integración regional, apuntando a las relaciones de fuerza globales a la hora de diagnosticar la razón que pudiera empantanarlos¹³. En un punto, el perfil teórico-político que sostiene se ha instalado fuerte en la Unión de Naciones Suramericanas, que representó la voz de una organización regional que avanzó en el intento de brindar un marco para indagar una nueva dinámica para con los recursos naturales por ejemplo, temática que ciertamente excede con mucho el ámbito de “defensa”.

En segundo lugar, a medida que transcurrían las experiencias de los gobiernos progresistas en la conducción del

12 El grupo posee una página web: www.geopolitica.ws

13 Han visto luz nuevos espacios institucionales que abonan esta perspectiva, como el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica, radicado en el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador; o la Diplomatura en Geopolítica y Defensa Latinoamericanas, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA junto al Centro Cultural de la Cooperación en Argentina.

Estado, fue tornándose evidente que la axiomática del desarrollo era el faro orientador, persistiendo la “geopolítica de proyección nacional”. Aunque la preponderancia del ala castrense se encontró sobrepasada por intelectuales de alta formación vinculados al Estado, las instituciones regionales o los movimientos sociales, de evidente ideología renovadora, algunos de los tópicos clásicos pervivieron. Naturalmente, Brasil, foco articulador, se ha posicionado como un país que aspira a formar parte del reducido estamento de grandes potencias, haciendo de la plataforma regional una base desde la cual proyectarse y a la cual integrar bajo su hegemonía, en tanto árbitro político regional que ramifica su influjo económico general (mercado, inversiones, infraestructura -IIRSA-, etcétera). Al arribar Lula Da Silva a la presidencia creó el *Núcleo de Assuntos Estratégicos da Presidência da República*, que para el año 2007 adquirió rango de ministerio, la *Secretaría de Assuntos Estratégicos* (ocupada siempre por intelectuales de primerísima línea). Esta usina de pensamiento daba luz, a mediados de 2004, a la primera planificación estratégica de larga duración: *Proyecto Brasil en 3 tiempos* (plan para el cual se creó una “comisión ministerial” que reunía lo más encumbrado del Estado bajo el destino de convertir a Brasil, una vez más, en un jugador global)¹⁴. A esta institucionalidad ministerial naciente se le incorporó el *Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada* –principal centro estatal brasileño de investigaciones desde 1964, cuyo grupo asesor inalterado encarnó la continuidad de la planificación estatal por medio siglo–,

14 Para la elaboración de “Brasil 2022” se formaron 37 grupos de trabajo correspondiendo uno a cada ministerio, integrados por técnicos del SAE, del IPEA, de la Casa Civil y de cada ministerio. El texto se divide en cuatro partes: El Mundo en 2022, América del Sur en 2022, Brasil en 2022 y Metas del Centenario. En 2008 se aprueba el Programa Nacional de Actividades Espaciales y el Plan Amazonia Sustentable, se publica además la Estrategia Nacional de Defensa que reorganiza las Fuerzas Armadas, buscando consolidar una industria de defensa tecnológicamente autónoma. Asimismo, desde estas dependencias estatales se lanzaron un cúmulo de análisis estratégicos sobre nano y biotecnología, biocombustibles, cambio climático, que contribuyeron a tomar decisiones de largo plazo (Zibechi, 2012).

proceso que institucionalizó la proyección estratégica en todas las áreas del gobierno. En resumen, la especificidad inalterada de Brasil, por tanto, a diferencia de otros países del sur, es esa interrelación fluida entre planificación estatal, defensa y desarrollo, muy posiblemente porque el proyecto de Brasil potencia continuó su marcha.

Con todo, como contrapartida de las políticas sociales, cohesivas e inclusivas, América del Sur intensificó el crecimiento “hacia afuera” potenciando la exportación de *commodities*, la mayoría de las veces bajo control de corporaciones globales. Incluso los países con una base industrial se vieron favorecidos por el aumento de la demanda y precio de los recursos naturales. Lo que pasó a llamarse “acumulación por desposesión”, “extractivismo” o “consenso de los *commodities*”, apuntó a la expansión del capital a territorios antes considerados improductivos, el auge de los agronegocios –bajo un uso ultra-intensivo de la tierra–, la exportación de insumos energéticos, o la extracción minera indiscriminada, actividades cada vez más relevantes a la hora de medir el crecimiento en términos de PBI (Harvey, 2005; Gudynas, 2009; Svampa, 2013). Bajo este perfil, nuevas temáticas convocaron a la relación entre espacio, economía y política, en una suerte de “geopolítica socioambiental”. Esta tercera línea se sostiene en una profusa gama de investigaciones que se abocaron al tratamiento dado a los bienes comunes y los recursos naturales estratégicos. El diagnóstico partía de vislumbrar que estaríamos en presencia de un proceso de “recolonización”: si en los años 90 se trató de la apropiación de los “bienes comunes sociales”, la segunda generación de reforma neoliberal apuntaría a los “bienes comunes de la naturaleza”. Despuntaría así una disputa societal –“ecoterritorial”– sobre el uso de los minerales, el agua, los hidrocarburos, la biodiversidad, la tierra, la flora y fauna, centrales para la viabilidad humana y planetaria (Seoane, Taddei, Algranati, s/d). Una geopolítica de la “biodiversidad”, del “*fracking*”, de la “energía”, de la “soberanía alimentaria”, terminaron por enhebrar nuevas

problemáticas, siempre acompañadas por un movimiento societal de resistencia creciente en Sudamérica (Leff, 2005; Bachetta, 2013).

Para finalizar, la ubicación de la radicalidad popular sobre el área andina y el protagonismo principal que las comunidades originarias tuvieron en ella al despuntar el siglo XXI contribuyeron a la resonancia de una serie de escritos que fustigaron la pregnancia del colonialismo a lo largo de la historia. Si la “colonialidad interna” significó la continuidad de la dominación bajo formas republicanas una vez que el enemigo exterior había sido desalojado del gobierno hispanoamericano, si “colonialidad del poder” hizo hincapié en la existencia de Estados-nación que en nada se asemejaban a la “ley de la tierra” efectivamente existente en nuestro subcontinente, entonces era necesario rechazar la racionalidad moderna que la conquista trajo consigo, gracias a la cual Europa inventó una “periferia” para imaginarse “centro” (Lander, 2000). Esta vertiente venía a asumir toda una “geopolítica del saber”, denunciando una “violencia epistémica” que consistía en subsumir todo pensamiento “otro” al vector dominante del racionalismo moderno (Preciado y UC, 2010). Pero no se trató solo de esta variable epistémica, la aguda inscripción territorial de los sectores subalternos, que desde mediados de la década de los años 90 se ha tornado notoria, es un campo dialogante con la geopolítica. En tanto *locus* político primordial, la gran emergencia indígena-plebeya que signo el último ciclo político andino llamó a reflexionar acerca del “sentido del lugar”, a escudriñar qué implica “habitar” nuestros territorios, revalorizando el pensamiento situado y politizando el espacio.

IV. Nuevos desafíos: “Hambre de espacio”

Las elaboraciones de América del Sur, a diferencia de otras geopolíticas elaboradas alrededor del globo, continúan desplegando el rasgo que siempre las singularizó: antes que concepciones focalizadas en la política exterior poseen un perfil más integral, que también se vincula a la atención de las capacidades “internas”. En el último tiempo, la diferencia

específica de la “geopolítica crítica” respecto de la historicidad que la animó radica en que se desecharon las posiciones netamente conservadoras y de carácter preponderantemente nacional. Asimismo, hubo una marcada distensión de la mirada militar y estadocéntrica, aunque ésta no desapareció del todo. En cierta medida, la “geopolítica crítica” pluralizó, aumentó y renovó las temáticas, acrecentó y recreó las referencias teóricas, multiplicó los sujetos de enunciación (por fuera de la preeminencia militar) y los soportes institucionales (movimientos sociales, universidades, organismos regionales ahora la cobijan). Digamos entonces que estamos frente a una ampliación de la escala, los sujetos, los problemas y enfoques a los que se ceñía la geopolítica “clásica”. Más allá de ello, no quita que haya que desarrollar rigurosa y creativamente su sistema categorial, porque si previamente iba en búsqueda del herramental forjado en otras disciplinas, y ahora son ellas las que se vuelcan aquí para nutrirse, todavía no podemos decir que estemos ante una consolidada Geopolítica del Sur.

Habría que mencionar que al finalizar la primer década del siglo, comenzó a agudizarse un quiebre hasta la ruptura en el campo intelectual regional que poco tiempo antes se había aglutinado en la crítica al neoliberalismo y esperanzado con las nuevas experiencias de gobierno, muy especialmente las de Bolivia, Ecuador y Venezuela. Entremedio de tensiones, los análisis que evocaban a la geopolítica también se encontraron en uno de los debates más intensos que conoció las ciencias sociales críticas en los últimos años, aquel que contrapuso a quienes denunciaban el despojo socioambiental de los gobiernos corrientes frente a quienes los ampararon alegando su inevitabilidad a la hora de acrecentar la igualdad. El caso de Bolivia es ilustrativo; allí, un grupo de reconocidos intelectuales lanzó a mediados de 2011 un manifiesto titulado “Por la recuperación del proceso de cambio para el pueblo y con el pueblo”. Se decía que la matriz económica no había abandonado la tradicional sangría de recursos naturales sino que consolidaba el extractivismo; se advertía fuertemente acerca de la

inexistencia de una política que tenga por premisa “Vivir bien”. La respuesta oficial provino del propio vicepresidente, Álvaro García Linera, quien entre diversas respuestas virulentas publicó *Geopolítica de la Amazonia* (García Linera, 2011a). Su intervención aseguraba que el proceso de cambio no estaba sumido en “contradicciones” sino que vivía las tensiones creativas propias de todo proceso revolucionario, que representan incluso sus “fuerzas productivas”, que sin desarrollo, sin crecimiento económico, no habría políticas sociales y por tanto sobrevendría la plena restauración derechista. De un lado, extractivismo, reprimarización económica, neocolonialismo, despojo del capital transnacional; del otro, reducción de la pobreza, imposibilidad de instaurar un modelo de “vivir bien” en un solo país, necesidad de hacer frente a la oposición interna, condicionamiento de la geopolítica global, ausencia de un programa alternativo. Todavía más, de un lado se acusaba de posibilismo, “racionalismo pragmático”, “productivismo consumista”, y del otro, se arguyó “realismo” frente al utopismo, la impaciencia, la dogmática intransigencia (García Linera, 2011b, Prada, 2014). La geopolítica crítica, al tiempo que se mostró prolífica como nunca se resquebrajó internamente.

En este escenario, los desafíos que la geopolítica crítica posee por delante son sustanciales. Nos atrevemos a dar cuenta de posibles interrogantes futuros, fundamentalmente en el nudo integracionista y en la senda del posdesarrollo. Evidentemente, algunos campos se muestran prometedores y hasta necesarios. Es preciso acometer la caracterización de América del Sur en su relación con los otros bloques de poder global, desde áreas económicas hasta de defensa, porque además de regiones y estados estamos hablando de capital transnacional y de relaciones de fuerzas globales. Peter Taylor habla de “código geopolítico” (local-nacional-regional-global) ligado a una cierta percepción de la relación entre política y espacio, y es preciso articularlos todos al mismo tiempo; así lo realizan los países dominantes, tanto como poseen un “modelo geopolítico”, suerte de doctrina proyectiva.

No abunda un pensamiento geopolítico sudamericano autónomo, más allá de las inestables ideas nacional-regionales o del “integrismo” brasileño, pese a la relevancia de las alternativas cooperativas de la UNASUR, el ALBA o el MERCOSUR. Bajo este cuadro: ¿no precisamos de una geopolítica con perfil propio y diferenciado para calibrar las chances y las vías de una Sudamérica unida? ¿Cabe alguna duda que es imperioso analizar hasta el detalle el modo de ligarse al área del Pacífico, a China en primer lugar, en este siglo que se abre; y ello en relación una disputa interimperial de escala planetaria? ¿No deberíamos proyectar un horizonte consistente y liberador en el marco del “Sur global”? Las elaboraciones de la geopolítica sudamericana no han sido únicamente “internistas”, han concebido variadas categorías para situarse frente al concierto de la naciones bajo impulsos propios, alimentando la solidez de las corrientes tercermundistas, dependentistas, antiimperialistas, solidarias a las apelaciones actuales a la autonomía regional, la desconexión selectiva de la mundialización y el llamado al “Sur global”.

El cambio climático y la crisis civilizatoria que atravesamos demanda nuevas contribuciones para las que ya no es posible desentenderse de la segunda contradicción del capital, es decir, entre él y la naturaleza (O’Connor, 2001). Habría que atender al despliegue de una “geopolítica interior” en la que pululen los análisis de la relación entre política, espacio y economía, desde una nueva perspectiva que no sólo atiende al Estado, el desarrollo y el territorio, sino que fundamentalmente abreve en el tríptico sociedad civil-posdesarrollo-naturaleza (Brasil es el país más biodiverso del mundo, y 5 de los 17 países “megadiversos” están en Sudamérica –Colombia, Ecuador, Perú, Venezuela–). Una geopolítica a-territorial o ligada al *general intellect* también se muestra, por tanto, como un campo promisorio: tecnología e innovación, ciberespacio, comunicación, geoeconomía, entre otras. ¿No precisamos una política científico-tecnológica destinada a generar los conocimientos propios y necesarios para un aprovechamiento autodeterminado y sustentable de los

potenciales ecológicos (Leff, 2005)? ¿Sería posible coordinar una agenda de investigación sobre la capacidad de Sudamérica en relación a sus recursos naturales y sus vías de agregación de valor en el marco de un proyecto sustentable e igualitario? Más aún: ¿Cualquier intento de plasmar el “Buen vivir” no requiere de una geoeconomía que vislumbre las mejores opciones en un mundo altamente interrelacionado? Creemos que no son preguntas intrascendentes, el mundo multipolar instala una “nueva geografía” para la cual el hemisferio sur es un codiciado “espacio vital”, y renace el “hambre de espacio”.

Epílogo

Caos sistémico, geopolítica del sur y buen vivir

Desde su nacimiento a fines del siglo XVIII, el capitalismo extrae el nervio de su fuerza de vivir en crisis, impulsar el caos, incitar a la tan mentada “destrucción creativa”. En una competencia sin límites, cada empresa capitalista busca perfeccionarse y así mutan constantemente los medios de producción, la consecuencia es el desarrollo de las fuerzas productivas en una temporalidad que permanentemente está dejando de ser. Del mismo modo que el capital no puede parar de innovar, tampoco puede evitar satisfacerse del “trabajo vivo”. Obviamente, precisa del factor humano para lanzar incontables mercancías al mundo, de aquí que siempre vaya en búsqueda de lo que China ofreció: un ejército infinito de trabajadores a precio módico. Pero incluso nuestras sociedades se organizan de un modo tal que aprovechan al máximo sus condiciones externas o naturales de producción, formando una espiral con el ambiente que se utiliza y deteriora, por lo cual crece su valor y aumenta el riesgo de su destrucción. Un especialista en ofrecer los consumos más conspicuos del planeta aseguraba que el verdadero lujo consistirá en tomar agua realmente pura.

Tenemos, pues, tres tensiones irresolubles: entre el capital y las fuerzas productivas, entre el capital y la fuerza de trabajo, entre el capital y la naturaleza; y sobre cada una de ellas se desprenden diferentes tendencias a futuro. Quienes

vaticinaron el fin supusieron que felizmente el capitalismo perecería por un desarrollo tan descomunal que llevaría a socializar los medios de producción o lo haría por acción de quienes sufren la opresión, es decir, caería por su propio peso o por la acción colectiva de la mayoría que lo padece. Lo que tiempo atrás no era posible vislumbrar es que el caos sistémico que acompaña el andar del capital se dirigiese a destruir sus condiciones de existencia, poniendo en riesgo el conjunto de la biosfera. Ciertamente, su lógica íntima no deja de impulsar el desarrollo de las “fuerzas destructivas” –en palabras de André Gorz–, que obliga a toparnos tanto con un límite de los *inputs* (agotamiento de recursos) como de los *outputs* (saturación y alteración de los sumideros planetarios) (Gorz, 2008). En el juego de estas tensiones, donde la separación naturaleza-cultura que está en la base de la modernidad parece tocar su techo, restará ver si la destrucción creativa puede alumbrar nuevas tecnologías que eviten el colapso ambiental, si el “estado global” hace las veces de garante de las condiciones de producción y le evita al capital la muerte que por sí mismo no deja de buscar, o si los movimientos sociales conquistan la reapropiación social de la naturaleza. Por lo pronto, nada parece indicar que alguno de estos derroteros cuente con la fuerza suficiente. Hay quienes confían que el tránsito benéfico hacia un posdesarrollo deberá llegar tarde o temprano, pero no falta quien asegure que el capitalismo no va a fenecer cuando la pasión por el crecimiento se vuelva absolutamente insustentable, sino que va a derivar los costos a los más débiles, obtener ganancias en su circuito financiero (bonos catástrofe, mercados de carbono, derivados de la naturaleza, hipotecas ambientales) y a militarizar todo lo que sea preciso –lo cual, dicho sea de paso, tampoco está tan lejos del fin– (Keucheyan, 2016).

La expansión del capital se efectiviza en una serie de macro tendencias palpables. En principio, sobresalen las consecuencias que depara el cambio ambiental global. La cantidad total de la actividad humana es una “nueva fuerza geológica” en el planeta, hecho denominado “era del antropoceno” por el premio Nobel de Química de 1995, Paul

Crutzen. Es precisamente esta inédita capacidad del ser humano de dominar y modificar radicalmente la naturaleza lo que lleva a socavar las mismas condiciones de existencia de los seres vivos, absolutamente interdependientes en términos ecológicos. Según la Red Huella Global, el planeta ya no se reproduce puesto que no basta con él para reponer lo que se extrae, y a este paso para 2050 requeriremos algo más de dos planetas¹. Durante millones de años la emisión de CO² se mantuvo en 280ppm y en 1958, cuando se empezó a medir, estaba en 316ppm. En 1998 se superó el límite de los 350 ppm y a principios de 2016 la barrera de los 400ppm. Existe un consenso acerca de la absoluta necesidad de que la emisión de CO² no supere los 450ppm porque sería el máximo tolerable; de ahí en más la temperatura global sobrepasaría el aumento de 2 grados y gestaría un futuro dislocado. La quema de combustible fósil –principal responsable de las emisiones–, debería haber comenzado a descender a partir del año 2015, pero eso no ocurrió y nadie proyecta que aminore. Para la Agencia Internacional de Energía, en el año 2030 el consumo aumentará cerca del 50% y en este lapso menor ya habremos lanzado las 1.400 gigatoneladas de dióxido de carbono que habría que emanar durante todo el siglo XXI. De ahí que Gerardo Honty apunte que el tipo de crecimiento que persigue el planeta no resulta insustentable, sino que es directamente imposible (Honty, 2013). Por ello se afirma que la cuarta generación que transita la época de la “gran aceleración” del cambio ambiental global deberá lidiar de aquí al año 2030 con la decisión sobre qué es lo que finalmente puede suceder (Dalby, 2010). Por supuesto, no nos motiva desplegar la narrativa de tono apocalíptico que acompaña casi toda mención al cambio climático, pero permitasenos preguntar: ¿puede alguien calcular las consecuencias del derretimiento de los glaciares de la meseta tibetana en la que se origina la mitad del agua potable del 40% de la población mundial? Más cerca: ilustremos que el hermoso y segundo lago de Bolivia –el Poopó–, en tres años se ha desvanecido en el aire a causa de

1 Véase: www.footprintnetwork.org

la utilización de agua para la agricultura intensiva, la minería y la radiación solar, entre otros tantos ejemplos que es ocioso enumerar.

Sin embargo, las dificultades no culminan aquí. El Consejo Mundial de Energía (CME) en el año 2013 estimó que las reservas totales de petróleo son de 223.000 millones de toneladas y 209 billones de metros cúbicos de gas, de modo que se agotarán en 53 años a la tasa de consumo actual (CME, 2013). Con todo, se necesitarán 6 Arabia Saudita para el año 2030, lo cual abre las “faucetas del petróleo” entre la curvatura ascendente del demandado y la descendente del efectivamente explotable (desde la crisis energética de los años 70 a la actualidad el consumo global aumentó en torno al 70%). La totalidad del planeta se ha sumido en un desarrollo interminable asentado sobre un flujo energético fósil al que le queda aproximadamente medio siglo de vida. Hay que mencionar, sí, que las energías no convencionales podrían estirar algunas décadas este límite físico. Sin embargo, la savia que hace viable la sociedad industrial ha comenzado a regirse por la simple ley de rendimientos decrecientes: hay menos petróleo, de peor calidad, de más difícil acceso, con mayores peligros ambientales de extracción, una menor tasa de retorno energético, más caro, etcétera. Pero existe otro inconveniente, el petróleo no tiene fácil sustituto, por su alta densidad energética, de fácil manejo y transporte, posee una multiplicidad de usos potenciales, y no tiene parangón en la agricultura industrializada y la movilidad motorizada global (por carretera, mar y aire). Se estima que restan cerca de 100 años de carbón, que actualmente es la principal fuente de producción de electricidad, pero es poco dúctil, la energía primaria más contaminante y apenas provee un tercio de la densidad energética del “oro negro”, es decir, no posee la “calidad” necesaria para reemplazarlo (Kerschner *et al*, 2010). En este sentido, vale mencionar que en los últimos treinta años de expansión del capitalismo global puede haberse perdido la capacidad de respuesta de una transición posfósil no traumática (entre otras cosas, los hidrocarburos son un importante subsidio energético para conseguir otras fuentes

de energía, sumado a que sirven para extraer y transportar todos los productos). No olvidemos que, en rigor, la transferencia del valor a las mercancías por la vía del capital constante debe mucho a la energía fósil dado que “facilita” el trabajo humano. Acotemos que el 99% de la existencia humana estuvo próxima al estado estacionario, pero en 300 años la población mundial se ha sextuplicado y la población urbana se ha multiplicado por más de 50. Para el 2030 se proyecta que estaremos en un mundo de 8000 millones de personas –más de 1000 millones que en la actualidad–, en un espacio que ya está “lleno” (y no debería esperarse una baja generalizada en la tasa de natalidad, China eliminó la política del hijo único porque no tendrá quien sostenga el aumento de la esperanza de vida y debido a que la cantidad de habitantes es un índice de su fuerza). El corolario es nítido: de no agotarse la energía fósil, el modo de vida contemporáneo encontrará un límite a causa de la “destrucción destructiva” que propicia, pero de agotarse llegamos a un límite similar. Si se quisiera señalar un escenario en que aminoren las derivas lineales de esta situación que es por lo demás clara, casi matemática, no podría dejar de esperarse el advenimiento de tensiones crecientes.

Este paisaje es una consecuencia directa del tipo de desarrollo ilimitado que impulsan nuestras sociedades. La Unión Soviética compartía con occidente la suposición de un camino al bienestar sobre la base del crecimiento económico y material, aunque opusiese una fundamentación ideológico-política diferente. Hoy, el gigante asiático no deja de asumir el “sueño chino” de la modernización, sin escatimar esfuerzos por apropiarse vorazmente de los recursos que soporten su status de gran potencia, para así retomar la armónica centralidad que le pertenecería por derecho. La relación entre búsqueda de poder global, seguridad nacional y política exterior de los países centrales lleva a reforzar los patrones dependentistas, agudizar los escenarios reseñados y profundizar las incertidumbres. La multipolarización del planeta rediseña el marco de alianzas globales, al tiempo que promete un porvenir de potencial inestabilidad en la medida en que no

existe un *hegemon* garante de x tipo de orden, y las múltiples rispideces militares –en nada menores– del último tiempo no hacen más que confirmarlo. Sobre estas derivas, la necesidad intrínseca de crecimiento y acumulación constante impone una suerte de huida hacia adelante. El cuadro de situación presentado –en el que los organismos internacionales de gobernanza tienen cada vez menos relevancia–, desemboca en que los propios países dominantes vislumbran un escenario de “inseguridad ambiental”, de “escasez de recursos”, de alcance del “pico del petróleo” (*peak oil*) y, por tanto, encaran una política exterior agresiva destinada a protegerse, tanto a nivel de estados nacionales como de bloques regionales; tal como hemos visto de manera prístina en relación a los recursos naturales estratégicos. Esta penetración imperial no es nueva, pero sí lo es la forma en cómo se realiza, porque lo hace en un contexto renovado. En cierta medida, se avizora un futuro del capitalismo marcado por la ramificación de las corporaciones globales, pero también vinculado al accionar de bloques regionales, estados fuertes sumidos en una competencia, y rivalidad directa por mercados y recursos. En este sentido, hay que aceptar que nada funciona de un modo que no debería hacerlo, la valorización del capital requiere de una ideología que asocie el goce al mando, el deseo al consumo. Son estas las variables generales que trazan un límite de estructura que ha sido llamado de diverso modo: “crisis civilizacional”, “crisis global multidimensional”, “crisis energética”, “colapso ecológico”, “quiebra del capitalismo global”, “ecocidio”, “caos sistémico”, “colapso de las sociedades complejas”, “largo declive de la civilización industrial”².

Sudamérica está compelida a brindar una respuesta a esta problemática de escala global. Las condiciones generales combinadas auguran serios peligros al tiempo que ahogan las estrategias de futuro autónomas de nuestras sociedades. El subcontinente posee reservas cuantiosas de minerales, agua dulce, tierras fértiles, biodiversidad, bosques y selvas, pero

2 Véase: AAVV, 2006; Bartra, 2009; Bilbao, 2013; Fernández Durán, s/d; Lander, 2009; Leff, 2004; O'Connor, 2001 y Tainter, 1988.

adolece de una división internacional del trabajo que lo sitúa en los inicios de las cadenas productivas, mientras recibe mercancías terminadas. La situación es paradójica: cuenta con una plataforma natural propicia para enfrentar los cambios que se avecinan y así responder al buen vivir de su población, pero los países centrales fuerzan a la reprimarización y el extractivismo, amén de su externalización de los costos ambientales, condenando así a una neodependencia cuya contracara es la transferencia de las consecuencias negativas del cambio ambiental global a los países con mayores desventajas estructurales. De hecho, no habrá que esperar para recibir las viejas industrias intensivas en energía, trabajo y costos ambientales. Es una dificultad obviamente arrastrada por políticas públicas y condiciones locales, incluso el ciclo expansivo basado en la venta de *commodities* que transitó la región hasta el año 2008 no logró alimentar una plataforma que evite a la pujanza productiva del “Gran Dragón”, por ejemplo, socavar los perfiles industriales y la tan ansiada articulación de las cadenas productivas regionales. De este modo, el “Sur global” se topa con los extremos críticos del circuito productivo: provisión de recursos al inicio y sumidero de residuos al final, tal como acontece en la recolonizada África.

En esta fluidez los senderos no son evidentes, los resultados no son lineales, las variables mutan, por tanto es imprescindible diseñar las coordenadas de lo que será el futuro para luego orientarse por otra imagen acerca de lo que se quiere en él. Los bloques regionales, los grandes estados y el capital transnacional ya están abocados a esta tarea mientras planifican las condiciones para moldearlo. La visión China –y la de los países centrales, en general–, apunta a controlar los mercados de futuro situándose en la vanguardia de la articulación entre desarrollo, ecología e innovación, y allí se dirigen cuando promueven una industria de la energía eólica o solar que los lleve a liderar la transición energética. En este marco, donde el capital fuerza a la pura virtualidad del presente, sin una estrategia política estrictamente actual hacia el futuro no hay manera de arribar a sociedades más

autónomas e igualitarias. Esta necesidad de anticipar lo que vendrá se soporta también en datos constantes: el ascenso y modernización de China es irrefutable, así como el escenario de confrontación que le sobreviene; el entrelazamiento entre energía y cambio climático es indiscutible; los recursos naturales poseen un carácter estratégico en estas condiciones y todo ello requiere un pensamiento geopolítico renovado. Nuestra intención, ante este paisaje, ha sido acercar una serie de “horizontes de posibilidad”, conceptos-futuro o bifurcaciones posibles.

Ahora bien, toquemos tres dimensiones que consideramos claves y hacen al cuadro final, a la capacidad de respuesta y a la posibilidad de gestar un perfil de desarrollo autónomo: integración, distribución y posdesarrollo. Pese al impulso inicial que tuvieron las iniciativas integradoras, es indudable que el subcontinente se encuentra fragmentado. Una mirada histórica ofrece por resultado un relajamiento ostensible de la capacidad de injerencia norteamericana, faceta imperial dominante durante el entero siglo XX; hecho que ha quedado plasmado en la constitución de la Unión de Naciones del Sur, organización de naturaleza fundamentalmente política. Empero, de un lado de la cordillera de los Andes se despliegan las economías que bajo el influjo estadounidense miran hacia el nuevo núcleo de poder mundial, el área del Pacífico (Chile, Perú, Colombia): la “Alianza del Transpacífico” representa la reconstrucción posible del ALCA bajo la égida estadounidense. Del otro lado se yergue el Mercado Común del Sur en procura de niveles de autonomía mayores que sus vecinos, aunque desmembrado y dependiente del mercado global; hasta tal punto que la Argentina macrista se inclina hacia la “Alianza”. No son menores los vaivenes de los que adolece el MERCOSUR en su proyecto de integración, mientras que los países del Pacífico además de mirar hacia Estados Unidos dirigen también sus lazos hacia China (tornando los límites entre los distintos proyectos de integración por lo demás difusos). Incluso, puede hasta darse la “inesperada” situación de que los países que miran al Pacífico se sumen al área de libre comercio

propiciada por el “gigante asiático”, el Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico, desestimando el peso que Estados Unidos quisiera ejercer sobre ellos. En suma, Sudamérica se presenta inusualmente unida, pero también parcelada y sumida a dinámicas externas. Desde el empuje inicial a la integración, atemperado por un Brasil que prefirió verse parte de las “ligas globales”, se ha abierto una nueva etapa en la cual la mayor independencia regional se trastoca por una subordinación atomizada a las dinámicas que promueven las economías centrales. Por el contrario, gran parte de los dilemas aquí presentados hallan una vía de solución en un entorno sudamericano como forma de ubicarse en las turbulencias ajenas y, antes que nada, como base primera para diseñar el abanico de necesidades comunes a entrelazar localmente. De algún modo, intentamos subrayar la necesidad de una suerte de Geopolítica del Sur que tendrá que avizorar una fusión orgánica y estratégica entre las esferas del ambiente, la política emancipatoria y el posdesarrollo, con vistas a desplegar un regionalismo autónomo.

Es indudable que el desarrollismo en América Latina ha sido un paradigma que ha intentado reflexionar acerca del modo en cómo la región podía insertarse positivamente en una economía global que le deparaba un lugar menor, pero también que fue parte de ese mundo que hoy habría que abandonar. Así como tampoco es preciso apelar rápidamente a la dependencia como clave para pensar los obstáculos reales al desarrollo porque sería como volver al inicio del problema, amén de que ha sido recurrente remitir a los “condicionantes externos” en vez de cimentar las potencialidades locales. En el extremo, no sería ocioso realizar una genealogía de la idea de desarrollo, donde la geopolítica tendría mucho que decir ante un imaginario que, incluso, bastante inspirado estuvo en las premisas biologicistas de la Escuela de Munich (y en la filología de la palabra desarrollo se halla la biología). Habría que pensar si el paradigma del desarrollo no se funda además en una secreta, menos declarada y extrañamente interpretada “voluntad de poder”. ¿No deberíamos hacer, quizás, una genealogía de la idea de la pasión por el crecimiento? Quien desde 1964 estuvo 17 años

en la cumbre del poder brasileño, Golbery do Couto e Silva, no dudaba en sentir que el Estado, a la manera de Kjellén, exuda “intereses, instintos, sobre todo el instinto de conservación, la voluntad de crecer, la voluntad de vivir y la voluntad de poder” (Couto e Silva, 1967: 17). Es claro que mencionando esta rareza no postulamos que haya que negar todo rasgo moderno de nuestras sociedades, empresa además impracticable, pero sí es preciso trastocar el fin que lo guía.

No cabe duda de que en un futuro cercano determinados recursos naturales tendrán un carácter cada vez más estratégico, sea el agua, los bosques, las tierras fértiles o el litio. Sin embargo, lo cierto es que aprovechar su valor dependerá, en un rango variable, del perfil científico-técnico-industrial que se adose a ellos. En este sentido, se trata de discernir si se apuesta por un modelo de desarrollo ilimitado que los convierta en puro *commodity* y de este modo atente contra su propia reproducción, o se articulen a un modelo que privilegie el bienestar y la igualdad colectiva, la incorporación tecnológica y la sustentabilidad fuerte. Lejos estamos del tiempo en que la “sustitución de importaciones” se abocaba a consolidar la industria pesada (siderurgia, petróleo, química) para entonces ir ascendiendo en la cadena de valor. No se trata de estrechar las brechas tecnológicas, pensar en el crecimiento y en la inserción en el mercado externo (un regionalismo “abierto”), de burlar la restricción externa de divisas, maximizar las inversiones loables, progresar materialmente, paliar los costos sociales y ambientales, conformar una burguesía nacional que, como atiende Zavaleta, finalmente “es como creer en ella” (e incluso, el fantasma del “abigarramiento societal” que supo diagnosticar para Bolivia, donde se superponen distintos modos de producción, bajo temporalidades y lógicas disímiles, que segrega estados débiles, incapaces de resolver la cuestión nacional, aún se yergue sobre América del Sur –Zavaleta, 1986: 224–). Y, evidentemente, la visión contemporánea de un “capitalismo verde” o de un “desarrollo sustentable” son falsos paliativos dispuestos para continuar reproduciendo la dominación, los riesgos y sus causas.

Asumimos que el desarrollo, tal como se ha concebido hasta hoy, requiere reinventarse. De aquí que la ecología política

postule que es necesario apuntar menos a los desarrollos alternativos –ajustes, paliativos parciales, ideas débiles de sustentabilidad– que a las “alternativas al desarrollo”, un cambio radical (GPTAD, 2011). A causa de ello, sería un falso dilema suponer que transformar nuestro perfil primario reniega del crecimiento económico; por el contrario, impone otro tipo de crecimiento, que en los hechos garantiza el bienestar de las nuevas generaciones, no condena a la extracción –que más temprano que tarde será también un obstáculo económico–, genera nuevas fuerzas vivas ligadas a trabajos intensivos en conocimiento, mano de obra, derrames virtuosos, opta por la accesibilidad y el uso de los bienes –no por su propiedad y medida de consumo–. En este sentido, el caso del litio es elocuente, una estrategia diseñada de manera absolutamente fina permitiría contar con un insumo que pueda llegar a ser nuclear en la sociedad por venir. Sin duda, se trata de incorporarse selectivamente en cadenas de valor globales tras el propósito de ampliar los márgenes de desarrollo endógeno y autocentrado, trazando “fronteras tecnológicas locales”, pero fundamentalmente realizarlo a partir de la pregunta por las necesidades reales de nuestras sociedades; de aquí que Aldo Ferrer haya mencionado que era necesario encarar la “sustitución de futuro” (Ferrer, 2015). Llegados a este punto, es obvio que las dificultades, obstáculos y limitaciones son muchas y de muy diversa índole, y justamente por ello es la política en sentido fuerte la que tendrá la última respuesta.

Sudamérica inventó una nueva narrativa emancipatoria como producto del ciclo político originario, andino y plebeyo, que ha quedado plasmada en las constituciones de Bolivia y Ecuador y donde se trataría de apostar por un buen vivir, a distancia de la modernidad consumista. Las vías que aquí tratamos bien quisieran ser solidarias al despliegue de esta nueva gramática política. Es preciso –tal como sostiene Koldo Unceta– desechar los axiomas del “crecimiento” soportados en el aumento del PBI para adoptar un enfoque de poscrecimiento que valore las actividades humanas en relación a su contribución al bienestar (Unceta, 2014). Una lógica de poscrecimiento comporta una estrategia de desmercantilización

(reducir la esfera del mercado), desmaterialización (menor flujo de energía y materiales) y de descentralización (disminución y descentralización de la escala productiva); en el marco de una “ecologización de las relaciones sociales” (Leff, 2004). La axiomática que postula la transición al buen vivir, imagen proyectiva de cuño andino y matriz comunitaria, convoca a trazar una nueva relación entre la naturaleza y la sociedad, apela a la autonomía y la igualdad, apuesta por un posdesarrollo endógeno y biocentrado, llama a mixturar lo mejor de la izquierda anticapitalista y el indianismo, es decir, diseña un marco para pensar a futuro. El debate, en un punto, es tan profundo como sencillo: ¿Qué tipo de posdesarrollo tenemos la capacidad de crear?

Es preciso subrayar que uno de los principales obstáculos para reorientar los modelos de desarrollo regionales, pero también una palanca clave de su chance, estriba en el alcance de las políticas distributivas y en el destino que asume la riqueza colectiva. La situación en la que nos encontramos tiende a ser delicada, puesto que los gobiernos progresistas de la región no ha alcanzado a superar dilemas históricos: debilidad de la integración y autonomía regional; paupérrima distribución de la riqueza; carencia de un entramado productivo robusto; rezagos en innovación, ciencia y tecnología; debilidad en los servicios sociales; amplios índices de pobreza; ausencia de modelos de desarrollo claros y al compás de nuestro tiempo; entre otros perfiles generales que llaman a su transformación. Y, nuevamente, la restauración conservadora en ciernes agrava la situación. Hemos tratado de sostener que el problema no es el crecimiento sino el tipo de desarrollo y que esta orientación es un problema político. Porque en definitiva, lo que arrecia es la cosmovisión que asocia felicidad, poder y bienestar al aumento del consumo de bienes materiales. Ya se sabe, pero vale repetirlo: el drama de América del Sur no es el crecimiento sino la redistribución, puesto que existe riqueza para poder diseñar de manera inteligente el porvenir que queremos. Es falso que haya que crecer para que los pobres salgan de la pobreza; hay que, cuando menos, redistribuir la misma riqueza que

los pobres han generado. América Latina y el Caribe siguen siendo la región más desigual del mundo, palmo a palmo con África subsahariana. Datos del Banco Mundial actualizados en diciembre de 2015 ofrecen un ranking claro: entre los 14 países más desiguales a nivel mundial figuran Honduras (6), Colombia (7), Brasil (8), Guatemala (9), Panamá (10) y Chile (14)³. Entre los años 2010 y 2014, por cada 100 unidades monetarias que percibió el 40% más pobre de la población latinoamericana, el 10% más rico contó con 1.400 unidades monetarias. En este último año, pese a la mejora de los indicadores, seguían existiendo 167 millones de personas en situación de pobreza (28% de la población) y 71 millones en indigencia (12%). Brasil, el mayor motor económico regional y 7^{mo} PBI mundial, al tiempo que logró que 40 millones de brasileños dejaran la pobreza, aumentó la desigualdad: en 2006, el 5% más rico retenía el 40% de los ingresos totales y en el año 2012 obtenía el 44%, y estos números alcanzarían niveles abismales si se contara toda la riqueza no declarada en un país con una evasión fiscal que tiende a rondar el 14% bajo estimaciones optimistas (Panorama social de América Latina, CEPAL, 2016). Debido a este panorama es que nuestros planteos no se tocan con ninguna esfera utópica, entendemos que en todo caso reclaman un elemental compromiso de decencia. En definitiva, los países de América del Sur aún lidian con la “querrela del excedente”: no falta riqueza, sucede que está mal distribuida, mal utilizada, externalizada, extranjerizada, concentrada, corrompida y no elegimos colectivamente para qué usarla.

En este marco, no habrá más que observar la constitución de aquello que Gramsci interpreta como estado ético-político, definido por su sustancia ética, expresión de la totalidad orgánica de un pueblo, atado a la voluntad colectiva subalterna, en contraposición a la mentalidad mercantilista, contractualista e individualista que separa la economía de la política, lo público de lo privado, la sociedad civil del Estado. Indudablemente, en el diagrama problemático que hemos delineado, la dimensión nacional-estatal y el contorno regional cumplen

3 Banco Mundial (Estadísticas).

un papel saliente, pero ello carece de espesor si no es el correlato de una sociedad en movimiento. Las temáticas reseñadas conciernen tanto a la instauración de un estado nuevo como a la acción colectiva de los movimientos sociales. Sin un estado ético, sin una integración fuerte, será difícil trazar una geopolítica propia frente a los bloques y países dominantes –China incluido–, generar un plan energético de escala o producir nuevos caminos de desarrollo robustos. Pero sin la movilización de la sociedad esos estados no surgirán, no tendrán sentido ni valor, no habrá pulso político real. Resulta obvio que si aquí nos inclinamos a mirar con cuidado algunas aristas de la tensión entre el capital y la naturaleza no minusvaloramos la primera contradicción de capital, antes bien lo contrario: afirmamos que hoy están íntimamente entrelazadas, también para liberarse. Al fin y al cabo, nada de esto vale si no circula en la vida colectiva subalterna.

No conocemos, todavía, la capacidad de adaptación de la especie ante condiciones de colapso –tal como advierte Fernández Durán–, quizás la inventiva social y el compromiso ante la visibilidad del fin de pie a salidas necesariamente creativas (Fernández Durán, s/d). Bueno sería invertir las preocupaciones y en el centro de la escena situar a la igualdad social y al bienestar en un sentido amplio. Hay muchos nombres que convocan a la invención política y aguardan el despliegue de sus fuerzas: ecosocialismo, biocentrismo, posdesarrollo, reapropiación social de la naturaleza, transiciones al buen vivir, una nueva idea de vida, es decir, un horizonte político emancipatorio soportado en una renovada sinergia entre movilización social y estado. Al tiempo que nuestras condiciones asoman a un porvenir sombrío, también representan una oportunidad. La multipolarización planetaria, la crisis energética y el cambio ambiental global pueden servir para encarar una transición energética radical, generar una política singular –y no imitativa– hacia los recursos naturales estratégicos, incitar a una Sudamérica autónoma y alumbrar modelos creativos de posdesarrollo. En los hechos, el futuro no deja de abrir una fisura para anticipar las vías menos felices y apostar por el bien común.

Bibliografía

- AAVV (1975) *Antología geopolítica*, Pleamar, Buenos Aires.
- AAVV (2006) *La gran transición: La promesa y la atracción del futuro*, CEPAL-SIE-GSG, Chile.
- AAVV (2014) *20 mitos y realidades del Fracking*, El Colectivo-Fundación Rosa Luxemburgo, Buenos Aires.
- AAVV (2015) *Plataforma escenarios energéticos. Argentina 2035*, Fundación AVINA, CEARE, FARN, ITBA, Buenos Aires.
- Abreu, Sergio (2010) “El agua, un recurso estratégico” en *Análisis*, N° 3/10, Consejo Uruguayo para las Relaciones Internacionales, Uruguay.
- AIE (2006) *World Energy Outlook 2006*. Disponible en: www.worldenergyoutlook.org
- AIE (2011) *Green growth studies: Energy*, OECD.
- Araújo, João y Oliveira, Adilson (S/D) “Política energética brasileira: mudança de rumbo”. Disponible en: www.cpdoc.fgv.br
- Arrigui, Giovanni (2007) *Adam Smith en Pekín*, Akal, Madrid.
- Atencio, Jorge (1965) *Qué es la geopolítica*, Pleamar, Argentina.
- Bachetta, Víctor (2013) “Geopolítica del Fracking” en *Nueva Sociedad*, N° 244, Friedrich Ebert Stiftung, Buenos Aires.

Banco Mundial (2006) *Protecting and Improving the Global Commons 15 Years of the World Bank Group Global Environment Facility Program*, Banco Mundial, Washington, EEUU.

Baptista Gumucio, Mariano y Saavedra Weise, Agustin (1978) *Antología Geopolítica de Bolivia*, Amigos del Libro, La Paz.

Barrios, Miguel Ángel (dir.) (2009) *Diccionario latinoamericano de seguridad y geopolítica*, Biblos, Buenos Aires.

Bartra, Armando (2009) “La gran crisis” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, V. 15, N° 2, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Bercovich, Alejandro y Rebossio Alejandro (2015) *Vaca Muerta*, Planeta, Buenos Aires.

Bertinat, Pablo (2013) “Un nuevo modelo energético para la construcción del Buen Vivir” en *Grupo permanente de trabajo sobre alternativas de desarrollo, Alternativas del capitalismo/ colonialismo del siglo XXI*, Abya Yala/ Fundación Rosa Luxemburgo, Ecuador.

Bilbao, Pedro Alberto (2013) “Geopolítica, Peak Oil, Recursos Finitos y Colapso Global” en *Contexto & educação*, Año 28, N° 89, Unijuí, Brasil.

Bleischwitz, Raimund; Bahn-Walkowiak, Bettina; Ekardt, Felix; Feldt, Heidi y Lili Fuhr (2012) *International Resource Politics. New challenges demanding new governance approaches for a green economy*, Serie Ecología, V.26, Heinrich Boll Stiftung, Alemania.

Bolinaga, Luciano (2013) *China y el epicentro económico del Pacífico Norte*, Teseo, Argentina.

Bonialian, Mariano (2011) “México, epicentro semi-informal del comercio hispanoamericano (1680 - 1740)” en *América Latina en la Historia Económica*, N° 35, Instituto Mora, México.

Boron, Atilio (2014) *América Latina en la geopolítica del imperio*, Luxemburg, Buenos Aires.

Bosch, Juan (1985) *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Sarpe, Madrid.

Bruckmann, Mónica (2011) *O inventamos o erramos: La nueva coyuntura latinoamericana y el pensamiento crítico*, Tesis de Doctorado, UFF, Brasil. Disponible en: www.uff.br

Cattáneo, Atilio (1948) “Geopolítica imperialista y la nueva Argentina”, conferencia, Buenos Aires.

Cairo Carou, Heriberto (1993) “Elementos para una geopolítica crítica: tradición y cambio en una disciplina maldita” en *Eria*, N° 32, España.

Cairo Carou, Heriberto (2011) “La Geopolítica como ‘ciencia del Estado’: el mundo del general Haushofer” en *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, Vol. 3, N° 2, España.

Canseco, Mercedes (2010) *Energías renovables en América Latina*, Fundación ciudadanía y valores, Madrid.

Cañas Montalba, Ramón (2000) [1954] “El pacífico, epicentro geopolítico de un nuevo mundo en estructuración” en Meirelles Müller, Carlos (comp.) *Antología geopolítica de autores militares chilenos*, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Santiago de Chile.

Castro Martínez, Pedro (1980) *Fronteras abiertas: expansionismo y geopolítica en el Brasil contemporáneo*, Siglo XXI, México.

Caviedes, Cesar (1990) “Aparición y desarrollo de doctrinas geopolíticas en los países del cono sur” en Kelly, Philip y Child, Jack, *Geopolítica del cono sur y la antártida*, Pleamar, Buenos Aires.

Centro de Estudios Estratégicos de Defensa (s/d) “Borrador sobre los términos de referencia para el estudio de recursos estratégicos. Suramérica 2025”, Centro de Estudios Estratégicos de Defensa. Consejo de Defensa Suramericano, UNASUR. Disponible en: www.ceedcds.org.ar

CEPAL (2010) “Informe: La República Popular China y América Latina y el Caribe: hacia una relación estratégica”, Santiago de Chile. Disponible en: www.repositorio.cepal.org

Ceresole, Norberto (1972) *Geopolítica de liberación: Argentina, el grupo andino y las naciones del Plata*, Corregidor, Buenos Aires.

Cesarín, Sergio (2014) “China-ASEAN: presente promisorio, futuro incierto. Interdependencia económica y tensiones políticas” en Moneta, Carlos y Cesarín, Sergio *Escenarios de integración. Sudeste asiático – América del Sur*, EDUNTREF, Buenos Aires.

Chávez Valenzuela, Armando (1998) *Geopolítica: tensiones territoriales y guerra con Ecuador*, Epigrama, Lima.

Child, John (1979) “Geopolitical Thinking in Latin America” en *Latin American Research Review*, V. 14, N° 2, EEUU.

China’s Military Strategy (2015) *The State Council Information Office of the People’s Republic of China*, Beijing. Disponible en www.cryptome.org

Cirigliano, Gustavo (1975) *La Argentina triangular: geopolítica y proyecto nacional*, Herramienta, Buenos Aires.

Clinton, Hillary (2011) “America’s Pacific Century” en Foreign Policy. Disponible en: www.foreignpolicy.com

Comisión de Integración Energética Regional (2014) *Síntesis informativa energética de los países de la CIER*, Uruguay.

Comisión Nacional del Litio (2015) *Litio: Una fuente de Energía. Una oportunidad para Chile. Informe Final*, Ministerio de Minería, Chile. Disponible en: www.minmineria.cl

Connelly, Marisela y Cornejo Bustamante, Romer (1992) *China-América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones*, Colegio de México, México.

Consejo Mundial de Energía (2013) *Recursos-Energeticos Globales*. Disponible en: www.worldenergy.org

Contreras Polgati, Arturo (2008) “Análisis crítico de la Geopolítica Contemporánea” en *Política y Estrategia*, N° 108, ANEPyE, Santiago de Chile.

Couto e Silva, Golbery (1967) *Geopolítica do Brasil*, Olympio, Rio de Janeiro.

Dalby, Simon (2010) “Geopolitical trends in the near future: welcome to the anthropocene!”, en la actividad *The World in 2030: Geopolitics & Global Climate Change*, United Nations University y el UCSB Global Climate Change Project, California. Disponible en: www.carleton.ca

De Dicco, Ricardo (2013) “Avances en el plan energético nacional 2004-2019”, CLICeT, Argentina. Disponible en: www.cienciayenergia.com

De Martino Jannuzzi, Gilberto *et al* (2010) *Energías renovables para la generación de electricidad en América Latina: mercado, tecnología y perspectivas*, International Copper Association, Chile.

Delgado Ramos, Gian Carlo (2003) “Geopolítica imperial y recursos naturales” en *Revista Memoria*, N° 171, México.

Delgado Ramos, Gian Carlo (2010) “Recursos naturales, seguridad y los *Lily pods* del pentágono: el caso de América Latina” en *Periferias*, N° 19, FISyP, Buenos Aires.

Diaz Loza, Florentino (1982) *Geopolítica de la patria grande*, Temática, Buenos Aires.

Diniz Filho, Luis Lopes (2003) “A geografia crítica brasileira: reflexões sobre um debate recente” en *Rio Claro*, V. 28, N° 3, San Pablo.

Duffey, Annie (2011) “Estudio regional sobre economía de los biocombustibles 2010: temas clave para los países de América Latina y el Caribe”, CEPAL, Chile.

EEUU-CHINA Economic and security review commission (2014), “Report to Congress”, EEUU.

Elliott, David (2003) “A sustainable future? the limits of renewables”. Disponible en: www.feasta.org

Energy consulting service (2014) “Datos sobre instalaciones de energía renovable y potencial de los recursos de energía en argentina”, Argentina.

Engdahl, William (2012) “China en la mira del pentágono” Disponible en: www.voltairenet.org

Fávaro Martins, Marcos (2011) *Mario Travassos e Carlos Badia Malagrida: dois modelos geopolíticos sobre a América do Sul*, Tesis de Maestría, USP, Brasil.

Federal Ministry of Economics and Technology (2010) *The German government's raw materials strategy*, Alemania.

Fernández Durán, Ramón (s/d) *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*. Disponible en: www.ecologistasenaccion.org

Ferrer, Aldo (2015) *La economía argentina en el siglo XXI*, Capital intelectual, Argentina.

Fornillo, Bruno (coord) (2015a) *Geopolítica del litio. Industria, ciencia y energía en Argentina*, El Colectivo-CLACSO, Buenos Aires. Disponible en: www.clacso.org.ar

Fornillo, Bruno (2015b) “El Mito del litio y el Modelo de Desarrollo” en *Realidad Económica*, N° 295, IADE, Buenos Aires.

Franco Peña, Samantha (2011) “China en África: ¿modelo de cooperación Sur - Sur?” en Navarrete, Jorge (coord.) *La huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial*, UNAM, México.

Ganem, Javier; Peinado, Guillermo; Piccolo, Paula; Valerio, Antonella (2015) “Los recursos naturales en Argentina y Brasil. Inserción internacional intensiva en recursos naturales en el siglo XXI” en *Revista Estado y Políticas Públicas*, N° 4, FLACSO, Argentina.

Garcés, Pablo (2013) “Energía Sostenible – Perspectiva Regional: Centroamérica – América Latina y El Caribe”, Seminario Regional de Capacitación para América Central (SICA-OLADE), Costa Rica.

García Linera, Álvaro (2011a) *Geopolítica de la amazonía*, Vicepresidencia, Bolivia.

García Linera, Álvaro (2011b) *Las Tensiones creativas de la Revolución. La quinta fase del proceso de cambio*, Vicepresidencia, Bolivia.

Garrett Nicholas y Piccinni Anna (2012) “Natural resources and conflict. A new security Challenge for the European Union”

en SIPRI by Resource Consylting Services, Inglaterra. Disponible en: www.sipri.org

Gomez de Ágreda, Angel (2011) “Las fuerzas armadas Chinas y su acción sobre los global commons” en *I Simposio Electrónico de Política China*. Disponible en: www.asiared.com

Gonzales Gomez, Roberto (2002) “El pensamiento Geopolítico Latinoamericano en los 90” en *Temas*, N° 29, Cuba.

Gorz, André (2008) *Crítica de la razón productivista*, La Catarata, España.

Greenpeace, e Conselho Europeu de Energia Renovável EREC (2007) *[R]evolução energética – Perspectivas para uma energia global sustentável*, Brasil.

Greenpeace (2011) *(R)evolución energética. Un futuro sustentable en Argentina*, Argentina.

Grupo de Trabajo ad-hoc, sub-grupo del grupo Suministro de materias primas de la Comisión Europea (2010) *Materias primas críticas para la Unión Europea*. Disponible en: www.ec.europa.eu

Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo (GPTAD) (2011) *Más allá del desarrollo*, Fundación Rosa Luxemburg, Ecuador. Disponible en: www.rosalux.org.ec

Gudynas, Eduardo (2009) “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo” en AAVV, *Extractivismo, política y sociedad*, CLAES-CAAP, Ecuador.

Guevara Javier y Vanesa Morales Tremolada (2010) *Estudio Mapeo de la energía y clima en América Latina*, Friedrich Ebert Stiftung, Ecuador.

Guzman, Oscar (2008) “El factor energético en la integración de la Unión de Naciones Suramericanas”, en Peter Schütt, Kurt y Carucci, Flavio (coord.) *El factor energético y las perspectivas de integración en América del Sur*, Friedrich Ebert Stiftung-ILDIS, Venezuela.

Hardy, Alfredo (2014) “Estados Unidos: ¿Podrá con China y Rusia?” en *Observatorio de la política China*. Disponible en: www.politica-china.org

Haro, Francisco y Cornejo, Romer (2011) “China-India: tensión, equilibrio y competencia” en Navarrete, Jorge (coord.) *La huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial*, UNAM, México.

Harvey, David (1985) “The geopolitics of capitalism” en Gregory, Dereck y Urry, John (eds.) *Social relations and spatial structures*, Macmillan, Londres.

Harvey, David (2005) “El ‘nuevo’ imperialismo: acumulación por desposesión” en *Socialist register*, CLACSO, Buenos Aires.

Hernández Mario (comp.) (2016) *¿A dónde va China?*, Metrópolis, Buenos Aires.

Honty, Gerardo (2013) “Energía en las transiciones” en Hidalgo Maria Eugenia y Elbers Joerg (ed.) *Ecuador: ¿Estamos en transición hacia un país pospetrolero?*, CEDA, Ecuador. Disponible en: www.energiasur.com

Honty, Gerardo (2014) “Limites de las energías renovables” en *Debate*, N° 92, Quito.

Honty, Gerardo y Gudynas Eduardo (2014) *Cambio climático y transiciones al buen vivir. Alternativas al desarrollo para un clima seguro*, CLAES-RedGE, Lima.

IAEA (2006), *Brazil: A Country Profile on Sustainable Energy Development*, Instituto Alberto Luiz Coimbra de Pós-graduação e Pesquisa de Engenharia (COPPE) -Universidade Federal do Rio de Janeiro UFRJ, Centro Nacional de Referência em Biomassa CENBIO, e United States Department of Economic and Social Affairs USDESA, Brasil.

Joseph, Gilbert (2005) “Encuentros cercanos: hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina” en Salvatore Ricardo (comp.) *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África*, Beatriz Viterbo, Rosario.

Kan, Julián (2015) *Desde arriba. Corporaciones empresarias, MERCOSUR y ALCA*, Imago Mundi, Buenos Aires.

Kelly, Philip y Child, Jack (1990) “Geopolítica, integración y conflicto en el cono sur y la Antártida” en Kelly, Philip y Child,

Jack (ed.) *Geopolítica del cono sur y la antártida*, Pleamar, Buenos Aires.

Kelly, Philip (1997) *Checkerboards and Shatterbelts The geopolitics of South America*, University of Texas Press, Austin.

Kerschner, Christian; Bermejo, Roberto y Iñaki Arto Olaizola (2010) “Petróleo y carbón: del cenit del petróleo al cenit del carbón” en *Ecología Política*, N° 39, Icaria, España.

Keucheyan, Razming (2016) *La naturaleza es un campo de batalla*, Capital intelectual, Argentina.

Khalid, Malik (dir.) (2013) Informe sobre el desarrollo humano. El ascenso del sur: Progreso humano en un mundo diverso, PNUD. Disponible en: www.undp.org

Kissinger, Henry (2012) *China*, Debate, Argentina.

Kjellen, Rudolf (1916) *Staten som Lifform* (El Estado como organismo viviente), Hugo Gebers Förlag, Estocolmo.

Klare, Michael (2003) *La guerra por los recursos*, Uranio-titania, Barcelona.

Klare, Michael (2008) *Rising powers. Shrinking planet. The new geopolitics of energy*, Metropolitan books, EEUU.

Klare, Michael (2015) “The renewable revolution. Four reasons why the transition from fossil fuels to a green energy era is gaining traction” en *Le monde diplomatique* (17/4/2015, edición inglesa)

Klas, Sol; Lemos, Nelson y Julieta Straschnoy (2010) “Energía, Estado y sociedad. Situación energética Argentina” en *Revista Científica de UCES*, Vol. XIV, N° 2, Argentina.

Koselleck, Reinhart (1993) *Futuro Pasado*, Paidós, Barcelona.

Kwan Lee, Ching (2014) “El espectro de una China global” en *New Left Review*, N° 89, Ecuador.

Labougle, Ricardo (1944) *La República Argentina en el panorama geopolítico del mundo: la tierra y el mar argentinos*, UNP, Cátedra de la Defensa Nacional, Argentina.

Lander, Edgardo (ed.) (2000) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, FCEyS-CLACSO, Caracas.

Lander, Edgardo (2009) “Estamos viviendo una profunda crisis civilizatoria” en *Aportes*, BUAP, Año XIV, N° 41, México.

Laufer, Ruben (2016) “¿A dónde va China? (y a qué viene) La nueva potencia ascendente y los rumbos de América Latina” en Hernadez, Mario (comp.) *¿Adonde va China?* Metrópolis, Buenos Aires.

Leff Enrique (2004) *Racionalidad ambiental*, Siglo XXI, México.

Leff, Enrique (2005) “La Geopolítica de la Biodiversidad y el Desarrollo Sustentable: economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza” en *Seminário Internacional REG GEN: Alternativas Globalização*, Rio de Janeiro, Brasil.

Levine, Robert (1982) *Brazil: the dimension of democratization*, Current History, EEUU.

Lodoño, Julio (1948) *Sudamérica o la geografía como destino*, Ministerio de Guerra, Colombia.

Lores, Fernán (1998) *El Perú y la oceanopolítica*, s/d, Lima.

Luzzani, Telma (2012) *Territorios vigilados. Como opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*, Debate, Buenos Aires

MacKenna, Maureen Spillane (2001) “Entre el Tango y Hollywood: hacia una geopolítica argentina en la obra de Roberto Arlt” en *Romance Quarterly*, V. 49, N° 4, EEUU.

Marini, José Felipe (1987) *Geopolítica latinoamericana de integración*, Humanitas, Buenos Aires.

Margulis, Diego; Rajzman, Nadab y Andrés Tavošnanska (2011) “El regreso del Estado a la planificación energética. Desafíos para la nueva década”, AEDA/Friedrich Ebert Stiftung, Argentina.

Martinez Alier, Joan (2008) “Conflictos ecológicos y justicia ambiental” en *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, N° 103, España.

Martínez Alier, Joan; Klare, Michael T; Pastor, Jaime y Josep Maria Royo (2011) “¿Abogados a una guerra permanente por los recursos naturales?” en *Boletín ecos*, N° 15, CIP-Ecosocial, España Disponible en: www.fuhem.es

Martínez Busch, Jorge (1989) *La geopolítica y la oceaopolítica*, Dirección de Instrucción de la Armada, Valparaíso.

Martínez Cortés, José Ignacio (2015) “China 2050: Base 2030” en *VI Simposio Electrónico Internacional de Política China*, Observatorio de Política China. Disponible en: www.politica-china.org

Meira Mattos, Carlos (1975) *Brasil. Geopolítica e destino*, Olympio, Rio de Janeiro.

Meirelles Müller, Carlos (2000) “Introducción” en Meirelles Müller, Carlos (comp.) *Antología geopolítica de autores militares chilenos*, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Santiago de Chile.

Mignolo, Walter (2013) “Re-Emerger: El Retorno Del Este Global Y Del Sur Global, entrevista con Norma Giarracca” en *Causa Sur*. Disponible en: www.waltermignolo.com

Miguez Pablo y Sztulwark, Sebastián (2012) “Conocimiento y valorización en el nuevo capitalismo”, en *Realidad Económica*, N° 270, IADE, Buenos Aires.

Miranda Brusantin, Beatriz (2003) *Na boca do sertão: o perigo político no interior do estado de sao paulo (1930-1945)*, Arquivo do Estado, Sao Paulo.

Moniz Bandeira, Luiz (2009) *Geopolítica e política exterior: Estados Unidos, Brasil e América do Sul*, Fundação Alexandre de Gusmão, Brasília.

Montaño Pardo, Edgar (S/D) “Refutación a la ‘Geopolítica’ de Augusto Pinochet, actual Presidente de Chile” en *Estudios Internacionales*, N° 1, Bolivia.

Moreira, Ruy (2000) “Assim se passaram dez anos (A renovação da geografia no Brasil no período 1978-1988)” en *GEOgraphia*, Año 2, N° 3, Brasil.

Müller, Tadzio (S/D) “El cambio energético, su dinámica y su resiliencia”, mimeo.

Nievas, Fabián (2006) “De la guerra nítida a la guerra difusa” en Nievas, Fabián (ed.) *Aportes para una sociología de la guerra*, Proyecto, Buenos Aires.

Observatorio Petrolero Sur (2015) *Alto valle perforado*, Jinete Insomne-OPS-HBS, Argentina

O'Connor, James (2001) *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, Siglo XXI, México.

OMC (2010) “El comercio de recursos naturales”, Informe sobre el comercio mundial 2010, Organización Mundial de Comercio.

O'Tuathail, Gearóid Y Agnew, John (1992) “Geopolitics and discourse Practical geopolitical reasoning in American foreign policy” en *Political Geography*, Vol. 11, N° 2, EEUU.

Oviedo, Eduardo (2005) *China en expansión*, Universidad Católica de Córdoba, Argentina.

Oviedo, Eduardo (2014) “América Latina: entre la hegemonía estadounidense y la influencia China”, Joint Internacional Conference, Buenos Aires. Disponible en: web.isanet.org

Peña Gonzales, María Alejandra (2015) “El poder blando de China y sus expresiones en América Latina” en *V Simposio Electrónico Internacional de Política China*, Observatorio de Política China. Disponible en: www.politica-china.org

Perez, Carlota; Marín, Anabel y Lizbeth Navas-Alemán (2013) “El posible rol dinámico de las redes basadas en recursos naturales para las estrategias de desarrollo en América Latina” en Dutrénit, Gabriela y Judith Sutz (eds.) *Sistemas de innovación para el desarrollo inclusivo. La experiencia de América Latina*, Foro Consultivo Científico y Tecnológico, México. Disponible en: www.lalics.org

Pinochet, Augusto (1974) [1968] *Geopolítica*, Andrés Bello, Santiago de Chile.

Pinochet, Augusto (2000) “Visión geopolítica de Chile: pensamiento y acción” en Meirelles Müller, Carlos (comp.)

Antología geopolítica de autores militares chilenos, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Santiago de Chile.

Pittman, Howard (1990) “De O’ Higgins a Pinochet: Geopolítica aplicada en Chile” en Kelly, Philip y Child, Jack, *Geopolítica del cono sur y la antártida*, Pleamar, Buenos Aires.

Prada Alcoreza, Raúl (2014) “Geografía emancipadora vs geopolítica”, mimeo

Preciado Coronado, Jaime y UC, Pablo (2010) “La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional” en *Geopolítica(s)*, UCM, V. 1, N° 1, Madrid.

Ramos, Joseph (1998) “Una estrategia de desarrollo a partir de complejos productivos en torno a los recursos naturales” en *Revista de la CEPAL*, N° 66, Chile. Disponible en: www.eclac.org

Ratzel Friedrich (1897) *Politische Geographie*, Oldenbourg, München.

REDLAT (2010) “Las relaciones económicas y geopolíticas entre China y América Latina ¿Alianza estratégica o interdependencia asimétrica?”, Ecuador.

Ricoveri, Giovanna (2011) “*Commons vs Commodities*” en 13th Biennial Conference of the International Association for the Study of the Commons (IASC), Sustaining Commons: Sustaining our Future, India.

Rios, Xulio (2014) “La ofensiva asiática de China” en *Observatorio político de China*. Disponible en: www.politica-china.org

Rios, Xulio (2015) “El proyecto de Xi Jinping” en *Diario El País*, (7/2/2015), España. Disponible en: www.elpais.com

Roborgh, Sophie (2011) “Geopolitics, innovation and China. The strategic nature of innovation” en *The Hague Centre for Strategic Studies and TNO*, Holanda. Disponible en: www.hcss.nl

Roch, Eugenio (2011) “China en su entorno regional: Asia central y el litoral del pacífico” en Navarrete, Jorge (coord.) *La*

huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial, UNAM, México.

Rockström, Johann (2011) “Los límites del crecimiento” en *Planeta. Revista del programa de naciones unidas para el medio ambiente*, PNUMA, Kenya.

Rojas, Isaac (1979) *La ofensiva geopolítica brasileña en la Cuenca del Plata*, Nemont, Buenos Aires.

Rojas, Isaac (1980) *Una geopolítica nacional desintegrante*, Nemont, Buenos Aires.

Romero, Francisco y Araya, Rodrigo (2001) “Geopolítica sin territorio: una mirada estratégica a los flujos de información” en *Fasoc*, Año 16, N° 2, Chile.

Rosales, Osvaldo (2010) “China y América Latina: impactos, desafíos y opciones estratégicas” en *Boletín Informativo Techint*, N° 333, Buenos Aires.

Rosales, Osvaldo (2011) “Pensando el vínculo económico con América Latina” en *Todavía. Pensamiento y cultura en América Latina*, Fundación OSDE, Buenos Aires.

Rosales, Osvaldo y Kuwayama, Mikio (2012) *China y América Latina. Hacia una relación económica estratégica*, CEPAL, Santiago de Chile. Disponible en: www.cepal.org

Rossell Arce, Pablo (2013) “China y América Latina: Perspectivas globales en el uso de recursos geoestratégicos” en Carlos Eduardo Martins. Consuelo Silva Flores. [Coord.] *Nuevos escenarios para la integración de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.

Rotulo, Daniel (1994) “Pensamiento geopolítico y política exterior brasileña durante el régimen militar: una relación compleja” en *Revista Uruguay de Ciencias Políticas*, N° 7, Uruguay.

Rouquie, Alain (1984) *El estado militar en América Latina*, Emecé, Buenos Aires.

Rouquie, Alain y Suffern, Stephen (1997) “Los militares en la política latinoamericana desde 1930” en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina*, V. 12, Crítica, Barcelona.

Salama, Pierre (2012) “China-Brasil: Industrialización y “desindustrialización temprana” en *Revista Cuadernos de Economía*, Vol. 31, N° 56, Bogotá. Disponible en: www.perso.wanadoo.fr/pierre.salama

Samaniego, Pablo; Vallejo, María y Martínez-Alier, Joan (2014) “Déficit comercial y déficit físico en Sudamérica” Documento de trabajo, Proyectos CSO2010-21979 Y ENGOV, Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals (ICTA), Universidad Autónoma de Barcelona, FLACSO, Ecuador.

Schilling, Paulo (1978) *El expansionismo brasileño*, El Cid, México.

Servín, Sergio (2012) *Argentina y los desafíos del escenario energético global*, ISEN, Argentina.

Seoane, José; Taddei, Emilio; Algranati, Clara (s/d) “Recolonización, bienes comunes de la naturaleza y alternativas” en *Dialogo de los Pueblos y Grupo de Estudios sobre América Latina y el Caribe (GEAL)-IBASE*, Brasil. Disponible en: www.ibase.br

Slater, David (1996) “Geopolítica y posmodernismo” en *Nueva Sociedad*, N° 144, Friedrich Ebert Stiftung, Buenos Aires.

Slipak, Ariel (2013) “Las relaciones entre China y América Latina en la discusión sobre el modelo de desarrollo de la región: hacia economías reprimarizadas” en *Iberoamérica global*, Vol 5, N° 1, The Hebrew University of Jerusalem, Israel.

Slipak, Ariel (2014) “La expansión de China en América Latina: incidencia en los vínculos comerciales argentino-brasileros”, mimeo.

Soares, Mauro; Kind Sebastián y Omar Humberto Fernández (2009) “Estado de la industria eólica en Argentina. 2009”, Cámara Argentina de Energías Renovables, Argentina.

Southerland, Matthew; Koch-Weser, Jacob y Zhang, Angela (2014) “China-India Relations: Tensions Persist Despite Growing Cooperation”, Staff report, U.S.-China Economic and Security Review Commission, EEUU.

Southern Command (2015) “Posture statement of General John Kelly, United States Southern Command, before the 114th Congress Senate Armed Services Committee”, Estados Unidos. Disponible en: www.southcom.mil

Svampa, Maristella (2013) “Consenso de los *commodities*’ y lenguajes de valoración en América Latina” en *Nueva Sociedad*, N° 244, Friedrich Ebert Stiftung, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2016) *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Edhasa, Argentina.

Svampa, Maristella y Slipak, Ariel (2015) “China en América Latina: del consenso de los *commodities* al consenso de Bieijing”, Mimeo

Tainter, Joseph (1988) *The collapse of complex societies*, Cambridge University Press, Inglaterra.

Talledos Sanchez, Edgar (2010) “Pensar e ser em Geografia. Ensayos de história, epistemología e ontología do espaço geográfico” (Reseña) en *Investigaciones geográficas*, Boletín 73, México.

Tobon García, Carlos (2012) “China y el giro estratégico de EEUU en Asia-Pacífico. América Latina: ¿A dónde va?” en *Primer Seminario Internacional China, América Latina y el Caribe: Condiciones y retos para el siglo XXI*. Disponible en: www.china-files.com

Tokatlian, Juan Gabriel (2011) “Una nueva estrategia hacia China” en *Diario La Nación*, (29/8/2011). Disponible en: www.lanacion.com.ar

Tosta, Octavio (1958) “Everardo Backheuser o precursor da geopolítica no Brasil” en *A defesa nacional*, N° 532, Ministerio de Guerra, Rio de Janeiro.

Trápaga Delfín, Yolanda (coord.) (2013) *América Latina y el Caribe-China. Medio ambiente y recursos naturales*, Red ALC-China, México.

Travassos, Mario (1978) [1933] *Proyección continental del Brasil*, El Cid, México.

Trias, Vivian (1967) *Imperialismo y geopolítica en América Latina*, El Sol, Montevideo.

UNASUR (2015) *Estudio Prospectivo Sudamérica 2025*, Tomo 1, CEED-UNASUR, Buenos Aires.

Unceta Koldo (2014) “Poscrecimiento, desmercantilización y ‘buen vivir’” en *Nueva Sociedad*, N° 252, Friedrich Ebert Stiftung, Buenos Aires.

Urteaga, Luis (1999) “Sobre la definición de Recurso Natural” en *Professor Joan Vilà Valentí. El seu mestratge en la Geografia universitària*, Publicacions Universitat de Barcelona, Barcelona.

Valencia Vega, Alipio (1974) *Geopolítica en Bolivia*, La Paz, Juventud.

Van Ham, Peter (2013) “The geopolitics of TTIP”, Policy Brief, Clingendael Institute, Holanda.

Velázquez Rivera, Édgar (1992) “Historia de la Doctrina de la Seguridad Nacional” en *Convergencia*, N° 27, México.

Vergara Egaña, Romulo (1985) “La “Geopolítica” de Pinochet: un tratado nazi” en *CUT. Boletín informativo*, Comité exterior, París.

Waldau, Arnulf Jäger (2013) *PV Status Report 2013*, DG Joint Research Centre, European Commission, Italia. Disponible en: www.publications.jrc.ec.europa.eu

Winer, Sonia y Melfi, Sebastián (2014) “Intervención estadounidense en África: de ‘huella reducida’ a ‘ofensiva combinada’” en *La Rivada*, UNAM, México.

Winer, Sonia (2015) *Doctrina de inSeguridad Mundial. Paraguay como laboratorio de Estados Unidos en la región*, Prometeo, Buenos Aires.

WIPO. World Intellectual Property Organization (2015) *World Intellectual Property Indicators 2014*. Disponible en: www.wipo.int

Wu, Lei (2007) “La quête chinoise d’énergie en Amérique latine et ses implications géopolitiques”, en *Outre Terre*, N° 1, érès, Francia.

Xinhua (2012) “V Cumbre Trilateral de Líderes de China, Japón y la República de Corea”. Disponible en: www.spanish.china.org.cn

Zanatta, Loris (2013) *La Internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*, Sudamericana, Buenos Aires.

Zavaleta Mercado, René (1986) *Lo nacional-popular en Bolivia*, Siglo XXI, México.

Zavaleta Mercado, René (2015) [1976] “Couto e Silva-Kissinger: el satélite privilegiado”, *Obras Completas*, Tomo III, Volumen I, Plural, Bolivia

Zeolla, Nicolás Hernán (2012) “La teoría clásica de la renta diferencial. Una aproximación al papel de la renta del cultivo de soja en el periodo post-convertibilidad” en *La Revista del CCC*, N° 16. Disponible en: www.centrocultural.coop/revista

Zibechi, Raúl (2012) *Brasil potencia. Entre la integración regional y el nuevo imperialismo*, Desde abajo, Colombia.

Zubieta, Carlos Heredia (2011) “China-Japón: saldos históricos, oportunidades futuras” en Navarrete, Jorge (coord.) *La huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial*, UNAM, México.

S/A (1982) “Bibliografía de libros y artículos sobre geopolítica” en *Revista Seguridad Nacional*, N° 25 (Separata, Santiago de Chile).

Estadísticas

Agencia Internacional de Energía (www.iea.org)

Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (www.asean.org)

Associação Brasileira de Energia Eólica (www.portalabeeolica.org.br)

Banco Mundial (www.databank.bancomundial.org)

China-Latin America Finance Database. Diálogo Interamericano (www.thedialogue.org)

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (www.cepal.org)

Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (www.indec.mecon.ar)

Ministerio de Comercio de la República Popular China (www.spanish.mofcom.gov.cn)

Ministério do Desenvolvimento, Indústria e Comércio Exterior (www.desenvolvimento.gov.br)

Oficina Nacional de Estadísticas de China (www.stats.gov.cn)

Organización Latinoamericana de Energía (www.olade.org)

Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) (www.sipri.org)

Trademap (www.trademap.org)

Documentos oficiales utilizados vinculados a la problemática energética

Balanço Energético Nacional, resultados preliminares, Empresa de Pesquisa Energética, Brasil, 2010.

China National Energy Strategy and Policy 2020, Centro de Investigaciones para el Desarrollo del Consejo de Estado, China, 2003.

Estrategia Nacional de Energía 2012-2030. Energía para el futuro, Ministerio de Energía, Chile, 2012.

Energía 2050. Política energética de Chile, Ministerio de Energía, Chile, 2015.

Estrategia Nacional para la Transición Energética y el aprovechamiento sustentable de la Energía, Secretaría de Energía, México, 2011.

Modificaciones a la Ley 26.190, "Régimen de Fomento Nacional para el Uso de Fuentes Renovables de Energía Destinada a la Producción de Energía Eléctrica", Argentina, 2015.

Plan energético Nacional 2006-2025. Contextos y estrategias, Ministerio de Minas y Energía, Colombia, 2007.

Plan estratégico Institucional, 2011 – 2015 “Energía con soberanía”, Ministerio de Hidrocarburos y Energía, Bolivia, s/d.

Plano Decenal de Expansão de Energia 2008-2017, Empresa de Pesquisa Energética, Brasil, 2009.

Plano Nacional de Energia 2030- Geração Termelétrica – Biomassa, Empresa de Pesquisa Energética, Brasil, 2007.

Política Energética 2005-2030, Secretaría de Energía, Ministerio de Industria, Minería y Energía, Uruguay, s/d.

Programa de Energía Eólica, Ministerio de Industria, Energía y Minería de Uruguay, Uruguay, s/d.

Propuesta de política energética de Estado 2010-2040, Ministerio de Energía y Minas, Perú, 2010.

Proyectos de Generación Eléctrica, Ministerio de Electricidad y Energía Renovable de Ecuador, Ecuador, s/d.

Entrevistas

Integrantes de la Secretaría de Energía de la República Argentina, mayo 2014

Agradecimientos

Este libro se originó en el proyecto de investigación que en el año 2011 elaboré para el posdoctorado del CONICET, y luego para la carrera del Consejo, que ha financiado el trabajo. Por entonces, comencé a adentrarme en temáticas sin duda apasionantes pero también complejas. Naturalmente, con la ayuda de amigos y colegas el trabajo ha sido más fácil pero, por suerte, tanto más agradable. La dificultad “técnica” de algunos capítulos me lleva a agradecer particularmente a especialistas en diferentes campos: Maristella Svampa y Ariel Slipak leyeron detenidamente el capítulo dedicado a China, Pablo Bertinat e Ignacio Sabbatella me brindaron sus comentarios en la temática energética. En Berlín, las conversaciones con la directora del Instituto Iberoamericano, Barbara Göbel, me orientaron en más de una línea de análisis. En diferentes momentos conté con indicaciones e ideas que me permitieron mejorar los capítulos: mis compañeros de la Cátedra de Historia Contemporánea de América Latina, y también Ezequiel Gatto, Violeta Guitart, Marina Mendoza, Juan Pablo Scarfi, Pablo Stefanoni, fueron generosos lectores. Agradezco haber podido encarar la etapa final de la publicación junto a Julieta Santos y Alejandra Andreone de la editorial El Colectivo, en ellas soltura y rigurosidad van de la mano. María Victoria de la Cal me facilitó gentilmente el diseño de los mapas.

Quiero agradecer muy especialmente a mis compañeros del Grupo de Estudios en Geopolítica y Bienes Naturales del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la UBA: Melisa Argento, Florencia Puente, Ariel Slipak y Julian Zicari, quien además leyó la versión final. La referencia que aquí realizo a la dinámica del litio es fruto de una investigación conjunta, pero sucede fundamentalmente que hemos conformado un colectivo de trabajo del cual me agrada mucho participar. En el vital discurrir cotidiano, Alejandro Lezama escuchó varias veces sobre lo que implica la potencia China o de los dilemas en el campo de la energía, bien sabe lo valioso que es para mí hablar con él. Le agradezco a mi compañera, Mariana Canavese, por la alegría del tiempo juntos.

Diez años de Editorial El Colectivo

Los aniversarios suelen ser buenos momentos para hacer balances, recordar orígenes, revisar caminos trazados.

Por eso, cumplir diez años de trabajo incesante nos llevan a desandar el camino y mirar aquel 2006 en el que empezamos a forjar una Editorial con fines claros: “No tenemos hoja de ruta predefinida, apenas un objetivo: sumar nuestro aporte, en el ámbito de la producción editorial, a la lucha por el cambio social”. Así dimos nuestros primeros pasos con Reflexiones sobre el poder popular, una compilación pensada desde y para las organizaciones populares de Argentina, que abrió el debate –desde una multiplicidad de miradas– sobre las formas de construir resistencias y emancipaciones que veníamos forjando. En continuidad con ello, nuestro libro Ensayos Políticos. Debates en torno al poder, la organización y la etapa del 2015, renueva nuestra apuesta por la polifonía de voces, desde las luchas sociales, acerca del escenario político reciente en Argentina y América Latina.

No es azaroso que la disputa de sentidos haya sido el inicio y siga estando en el horizonte de nuestro trabajo: hoy reflexionamos críticamente sobre el auge y consolidación del actual modelo de desarrollo extractivo a través de la explotación del fracking, el monocultivo de soja; pero también sobre las expresiones artísticas populares y las disputas políticas actuales. La creación de las más recientes colecciones, “Chico Mendes” o “Pensamiento Latinoamericano”, expresa nuestro compromiso, siempre desde la mirada de las organizaciones populares, de quienes nos sentimos parte.

Mientras el mercado editorial genera contrapartidas crueles, donde quienes producen las ideas y generan los contenidos deben sortear obstáculos para llegar a una publicación, desde El Colectivo tratamos de generar condiciones justas de trabajo y de comercialización; de modo que la batalla de ideas se dé en todos los niveles de producción y distribución.

El viaje que iniciamos desde El Colectivo sigue su recorrido que no siempre es línea recta, pero que suma más de setenta títulos publicados en la Argentina y en Nuestra América, con ediciones también en Chile y Venezuela.

Así, este balance alegre y memorioso nos proyecta hacia la celebración de estos diez años de hacer y pensar libros. Libros como armas en forma de letras. Libros para expresar luchas de los de abajo. Libros para encontrarnos y para alimentar los sueños. Y queremos más; mientras enfrentamos desafíos de diverso tipo, elegimos aportar un “granito de libro” a la lucha cotidiana por la transformación social.

Colección Chico Mendes

Al principio pensaba que estaba luchando para salvar a los árboles de caucho. Luego pensé que estaba luchando para salvar a la selva amazónica. Ahora me doy cuenta de que estoy luchando por la humanidad

Chico Mendes

En los últimos años, desde la Editorial El Colectivo acompañamos diferentes proyectos que buscan dar cuenta del nuevo escenario de despojo que signa la realidad latinoamericana, visibilizar las resistencias populares y las alternativas que se ponen en práctica desde diferentes espacios territoriales, y cuestionar el sistema científico y sus complicidades con el modelo de desarrollo vigente. Así, libros como “15 mitos y realidades de la minería transnacional en la Argentina” o “Extractivismo, despojo y crisis climática. Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de Nuestra América” se constituyen en los antecedentes que nos provocaron a impulsar la Colección Chico Mendes, inspirados en difundir estas experiencias que atraviesan a Nuestramérica y dar cuenta de la necesidad de una articulación urgente de los muchos y diversos proyectos emancipatorios que se multiplican en nuestros territorios.

Francisco Alves Mendes Filho, conocido como Chico Mendes, vivió y luchó en el Estado de Acre, en la frondosa y aislada

Amazonia occidental brasilera que linda con Bolivia y Perú. Allí donde los bosques milenarios eran reemplazados por haciendas y fincas ganaderas, y los títulos de propiedad se obtenían por amenaza o compra forzada a los pequeños productores, Chico Mendes impulsó la organización y la resistencia a las políticas de ocupación que anudaban los conflictos por la tierra y la destrucción del bosque tropical amazónico. Desde muy joven, y junto a otros recolectores de caucho (o seringueiros), participó de una infatigable defensa de los pueblos de la floresta en contra de la colonización, la deforestación y los incendios provocados por los grandes latifundistas y buscadores de oro. También formó parte de la resistencia a las políticas desarrollistas que promovieron la construcción de represas hidroeléctricas y megacarreteras financiadas por el Banco Mundial, denunciando el aniquilamiento de pueblos indígenas, la devastación de la selva, la extinción de especies, la erosión de los suelos, y el desastre ambiental, sanitario y social que ello produciría. Un año antes de su asesinato a sangre fría y a manos de dos latifundistas, el gobierno federal decretó en respuesta a los reclamos del sindicato de seringueiros, que cuatro seringales se convirtieran en las primeras reservas extractivas de Brasil, prohibiendo allí la tala y la colonización agrícola.

Como Chico Mendes, muchos otros y otras luchadores y luchadoras forman parte de las resistencias a las renovadas formas de sobreexplotación y acumulación por despojo o desposesión capitalista en los diferentes territorios de América Latina: a la deforestación, la sojización e imposición de otros (mono)cultivos transgénicos, la expropiación del agua, de hidrocarburos y de tierras y territorios, a la megaminería. Esta contraofensiva que comporta la renovada expansión del modelo extractivo en nuestra región, ha renovado también los contenidos de los horizontes emancipatorios en torno a los conflictos por los bienes comunes, la crisis climática y las disputas socioambientales, poniendo en una encrucijada a las experiencias recientes de gobiernos progresistas en Nuestra América. En este contexto, se fueron sumando a esta Colección libros como “La Patria Sojera. El modelo agrosojero en el

cono sur”, “Geopolítica del Litio. Industria, Ciencia y Energía en Argentina” y “20 mitos y realidades del fracking”, a manera de análisis y de denuncia.

Sudamérica Futuro. China global, transición energética y posdesarrollo nos acerca nuevas aristas de una misma problemática, a partir de un abordaje geopolítico centrado en los desafíos que supone pensar las transiciones, en un escenario de cambio ambiental que evidencia los límites de la dinámica actual de acumulación capitalista. Así, este nuevo título de la Colección Chico Mendes, aporta a multiplicar reflexiones como impulso para proponer nuevas resistencias y alternativas.

Libros como denuncia, libros como proyecto y como herramienta de lucha, libros urgentes, piedras de papel que nos animan a pensar nuevos horizontes y nuevas articulaciones de resistencia.

Sudamérica Futuro. China global, transición energética y posdesarrollo aborda la situación que despunta en América del Sur a raíz del cambio ambiental global, el declive del patrón energético fósil y la descomunal reemergencia asiática. Al inicio, presenta el escenario abierto por la “confrontación del Pacífico”, que opone los intereses de la potencia estadounidense a la China en ascenso, originando una tensión interimperial global que impacta decisivamente sobre el hemisferio Sur. En este marco, discute el lugar reservado a nuestro subcontinente como exportador de naturaleza, energía y trabajo, para así pensar el modo en cómo considerar nuestra riqueza natural, la transición energética, las vías de articulación entre ciencia, industria y política, vislumbrando un nuevo sendero hacia el posdesarrollo. A la par, historiza la nutrida tradición del pensamiento geopolítico de la región, que ha sabido tener una influencia decisiva en la orientación de nuestros estados, y que hoy se alimenta de nuevas vertientes. *Sudamérica Futuro* trae a colación problemáticas actuales cuyas consecuencias se abren a un horizonte amplio de tiempo, en el que la subsunción de la naturaleza se mixtura con la irreducible tensión entre el capital y el trabajo vivo.

ISBN 978-987-1497-78-2



9 789871 497782